ELLY
Griffiths
LOS MISTERIOS DE
JUSTINA JONES
Secretos en el internado
MAEVA young

ELLY
Griffiths

LOS MISTERIOS DE JUSTINA JONES

Secretos en el internado

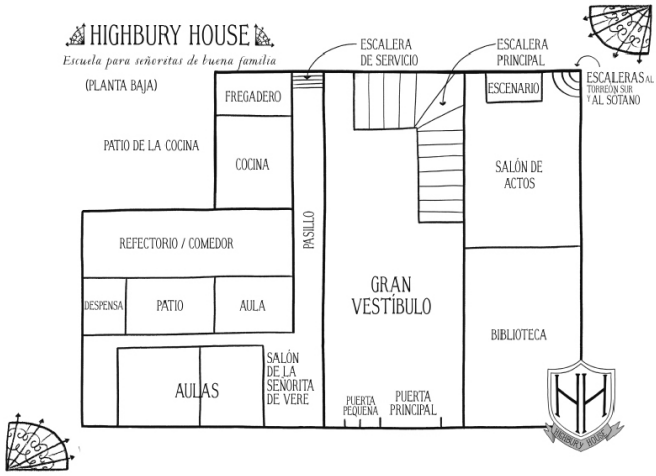
MAEVA young

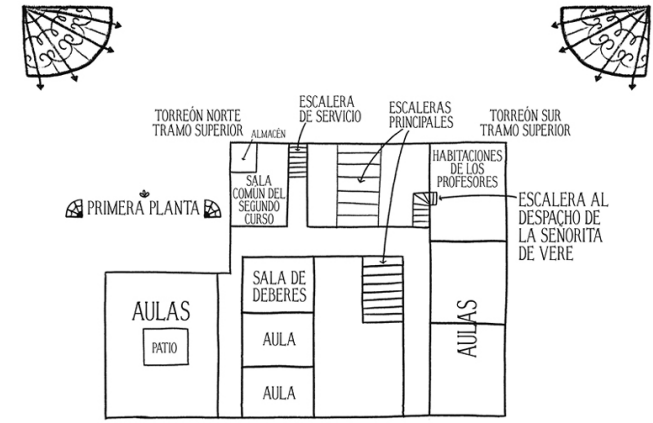
Índice

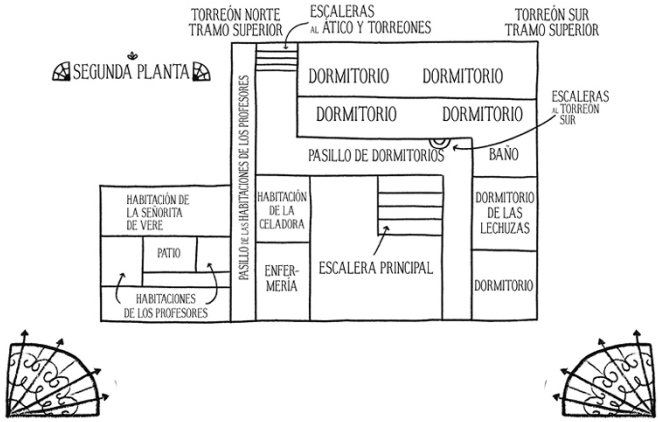
Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Créditos

Para Alex y Juliet


HIGHBURY HOUSE
Escuela para señoritas de buena familia
(PLANTA BAJA)
ESCALERA DE SERVICIO
ESCALERA PRINCIPAL
ESCALERAS AL TORREÓN SUR Y AL SÓTANO
FREGADERO
ESCENARIO
PATIO DE LA COCINA
COCINA
SALÓN DE ACTOS
REFECTORIO / COMEDOR
PASILLO
GRAN VESTÍBULO
DESPENSA
PATIO
AULA
BIBLIOTECA
AULAS
SALÓN DE LA SEÑORITA DE VERE
PUERTA PEQUEÑA
PUERTA PRINCIPAL


TORREÓN NORTE TRAMO SUPERIOR
ALMACÉN
ESCALERA DE SERVICIO
ESCALERAS PRINCIPALES
TORREÓN SUR TRAMO SUPERIOR
HABITACIONES DE LOS PROFESORES
SALA COMÚN DEL SEGUNDO CURSO
PRIMERA PLANTA
ESCALERA AL DESPACHO DE LA SEÑORITA DE VERE
SALA DE DEBERES
AULAS
PATIO
AULA
AULA
AULAS


TORREÓN NORTE
TRAMO SUPERIOR
ESCALERAS
AL ÁTICO Y TORREONES
TORREÓN SUR
TRAMO SUPERIOR
SEGUNDA PLANTA
DORMITORIO
DORMITORIO
DORMITORIO
DORMITORIO
ESCALERAS
AL TORREÓN
SUR
PASILLO DE DORMITORIOS
BAÑO
PASILLO DE LOS HABITACIONES DE LOS PROFESORES
HABITACIÓN DE
LA SEÑORITA
DE VERE
PATIO
HABITACIONES
DE LOS PROFESORES
HABITACIÓN
DE LA
CELADORA
ENFER-
MERÍA
ESCALERA PRINCIPAL
DORMITORIO
DE LAS
LECHUZAS
DORMITORIO

CAPÍTULO 1

9 de octubre de 1936

En cuanto vio la escuela, Justina Jones supo que el lugar tenía posibilidades de ser el escenario de un asesinato. Aunque se guardó aquella idea para sí misma, por supuesto. El taxista podía ser perfectamente un espía. Para ser justos, el hombre apenas había dicho nada, aparte de proferir una especie de gruñido cuando cargó el baúl de la muchacha en el maletero, pero ella no iba a aceptar el silencio como prueba de inocencia. Como decía la investigadora privada Leslie Light: «Lo que tu sospechoso no dice: eso es lo que tienes que escuchar».

Se podía ver la escuela desde varios kilómetros de distancia: era una silueta amenazante, con torreones en cada esquina. Parecía como si la hubiera construido alguien que quisiera dejar claro que «la escuela es un asunto serio», «la escuela no es diversión», «la escuela en realidad se parece mucho a una cárcel». Justina observó el edificio fijamente, desafiándolo a que se atreviera a intimidarla.

«El edificio solo parece tan grande —pensó— porque el terreno de alrededor es muy llano». Eran las marismas Romney, eso era lo que decían los mapas, pero lo único que podía ver era interminables campos grisáceos, sin nada que llamara la atención y casi sin color, fundiéndose casi con el

cielo. Supuestamente el mar andaba por allí, pero no podía verlo, aunque oía las gaviotas en la lejanía, graznando al viento con gritos destemplados. Se dijo a sí misma que, por fortuna, ella no era de las que se asustan fácilmente, porque si hubiera en el mundo un lugar que resultara de verdad aterrador, ese sería el Internado Escolar Hihgbury para señoritas de buena familia.

Tomó su diario y escribió:

PRIMERAS IMPRESIONES SOBRE HIGHBURY HOUSE

Parecidos: castillo de Drácula o una prisión.

Terrenos circundantes: totalmente planos. Como mi ánimo. Solo hay una empresa de taxis: Nye e Hijo. Supongo que me está llevando Nye, y no su hijo, porque debe de tener cien años. Y seguramente es un espía. Posibilidades de escapar del colegio sin ser vista: mínimas. Por otra parte, posibilidades de que aquí se perpetre un asesinato: altísimas.

—Ya casi estamos —dijo Nye de repente.

Justina miró el reloj. Solo eran las cinco de la tarde, pero ya era prácticamente de noche. Eso es lo que pasa cuando se empieza en un nuevo colegio en octubre, por supuesto.

—¿Cómo es Highbury House? —preguntó aprovechando la ocasión para obtener alguna información general de una valiosa fuente local—. Nunca he ido a un internado.

En realidad, no había ido a ningún tipo de escuela.

Nye permaneció en silencio durante unos segundos, mascullando bajo su enorme bigote gris. Y luego dijo:

—No suelo ver a la gente del colegio. Aunque mi hermano vino aquí la semana pasada.

—¿Ah, sí? —dijo Justina—. ¿Es también taxista?

—No —dijo Nye dando un volantazo para evitar una garza que volaba demasiado bajo—. Es el enterrador de por aquí.

—¿Enterrador? —preguntó—. ¿Es que ha muerto alguien?

Pero Nye no contestó y el resto del camino lo hicieron en silencio.

Observaba cómo aquellas torres sombrías se acercaban cada vez más y más. El cielo se iba oscureciendo y una luna siniestra se asomó tras unas nubes. Nye se detuvo y salió del coche para abrir una gran verja de hierro; había un monstruo

alado de piedra a cada lado de la cancela. Justina se dio cuenta de que Nye tenía llave. «¿Qué clase de colegio tiene a sus alumnos encerrados?»

El cartel de las puertas apenas era legible en la oscuridad.

HIGHBURY HOUSE
INTERNADO PARA SEÑORITAS DE BUENA FAMILIA

Pero ¿qué era eso de «buena familia»? Tuvo la premonición de que ninguna de las personas que vivían en aquella mansión de piedra gris sería «de buena familia» precisamente.

Nye cruzó la verja con el coche y enfiló el camino de la entrada. Parecía que no iban a llegar nunca. Creyó ver algo que parecían campos de juego (no tenía mucha idea de deportes), cobertizos y un invernadero. Luego se detuvieron ante un enorme portalón de roble. Nye se bajó rápido del vehículo —sorprendentemente rápido para ser alguien tan viejo—, sacó el baúl del maletero y farfulló lo que podría haber sido algo como «Adiós» o incluso «Buena suerte». Y un minuto después el vehículo se alejaba dejando a Justina allí plantada, delante de las puertas cerradas a cal y canto.

¿Se suponía que tenía que llamar o qué? Mientras esperaba, con el aliento convirtiéndose en niebla por el frío, vio que un pájaro negro —¿o era un murciélago?— daba vueltas alrededor de uno de los torreones. Quiso darse media vuelta y salir corriendo, pero Nye había desaparecido y, además, ¿adónde iba a ir? «Amarra tu valor a los escollos más aventurados.» Justina nunca había estado muy segura de qué significaba aquello, pero era una cita de *Macbeth* y le parecía recordar que aquella obra de teatro no acababa demasiado bien.

La muchacha seguía allí plantada, dubitativa, cuando se abrió entre chirridos un postigo más pequeño que había en el portalón grande. Una silueta, diminuta y sin embargo amenazadora, se recortó en el umbral.

—¿Eres Joan? —preguntó aquella figura.

—No —contestó.

La mujer, a la que por fin pudo ver y que llevaba un uniforme de celadora, consultó un listado:

—Aquí dice «Joan Justina». Nueva alumna.

—Me llamo Justina —dijo—. Justina Jones.

—Oh. —La mujer pareció enojarse—. Supongo que será un error. Te hemos apuntado como Joan.

—Puede que se confundieran con mi apellido: Jones. Pero mi nombre es Justina —dijo—. Mi padre es abogado.

—Eso ya lo sabemos —replicó la mujer—. Herbert Jones, abogado consejero de la reina. Es bastante famoso, ¿no?

—Ha defendido a muchos asesinos —dijo la niña.

La mujer le lanzó una mirada furiosa, como si le hubiera molestado la desfachatez de la joven.

—Soy la celadora —dijo sonriendo de repente y mostrando todo el sarro amarillento de los dientes—. Hutchins se ocupará de tu baúl.

Mientras lo decía, apareció un hombre por una esquina. Parecía que medía tres metros de alto y tenía unos hombros enormes y una cabeza pequeñísima, lo cual resultaba desconcertante. La mirada que le lanzó a Justina podría haber sido poco amistosa, o quizá solo sintiera lástima por ella: era difícil saberlo. Intentó esbozar una sonrisa que aquel hombre no le devolvió. Hutchins cogió el baúl con una mano y se alejó caminando torpemente con él.

—Entra, Justina —dijo la celadora intentando trasladar la impresión de que la muchacha había llegado tarde y ella había tenido que esperar—. Hutchins cerrará las puertas enseguida.

Y, cogiendo su equipaje de mano y su palo de *lacrosse*, la chiquilla cruzó el umbral de Highbury House.

Se encontró de pronto en un vestíbulo enorme, revestido de madera, en el que había eco. Una amplia escalinata conducía a la parte superior, junto a sombríos retratos de gente que miraba como si hubieran estado muertos desde siempre. Una armadura completa llamaba la atención junto a una gran chimenea de piedra en la que solo había un tronco ardiendo. A Justina le entró un escalofrío. Hacía tanto frío allí dentro como fuera.

—Le he pedido a Eva que se ocupe de ti —dijo la celadora —. Está en la sala común de las chicas de segundo.

Eso significaba que Eva era de su misma edad. Doce años. Puede que Eva tuviera ya trece. A Justina le habían dicho que estaría en segundo y había sentido cierto alivio al saber que,

al menos, no sería la más pequeña del colegio. Había ocho cursos en Highbury House, desde primero a sexto y sexto superior, a los que había que añadir otro curso que inexplicablemente se llamaba «la reválida».

—Estoy deseando conocerla —dijo.

La celadora pareció verdaderamente asombrada ante semejante idea. Era evidente que había sido un error abrir la boca.

—¿Tienes certificado de salud?

Justina lo buscó en su bolsa de mano y se lo entregó.

—Bien. Ven conmigo —dijo la celadora.

Justina intentó elaborar en su cabeza un mapa del camino que seguían, pero le fue imposible. Pasaron por varias puertas, cruzaron un pequeño patio (con unas cuantas plantas mustias y azotadas por el viento), atravesaron lo que evidentemente era un gran salón comedor o refectorio, subieron una escalinata de piedra, recorrieron un pasillo revestido de madera y, al final, llegaron a una pequeña sala con asientos en los alféizares y sofás descoloridos. Eva estaba sentada, expectante, en uno de los sillones.

—Eva, esta es Justina —dijo la celadora—. No Joan, sino Justina.

–¡Caramba! —dijo Eva con los ojos como platos.

Eva era una chica pequeña, con el pelo color rubio oscuro. Llevaba puesta una chaqueta marrón con ribetes dorados. Debajo, una blusa de rayas amarillas y blancas. También vestía una falda marrón y unos calcetines largos del mismo color. Aun así, no pensó que aquella chica estuviera loca: era el uniforme del colegio. Justina llevaba el suyo en el bolso de mano, pero no se había atrevido a ponérselo todavía.

—Eva te enseñará tu dormitorio —dijo la celadora—. La colación es a las seis. Adiós, chicas.

Esa sonrisa… otra vez.

—¿Qué es la colación? —dijo Justina cuando la celadora se marchó.

—Es la cena —dijo Eva—. Niños muertos, sobre todo.

—¿Niños muertos?

—Una especie de pudin —dijo Eva—. Por cierto, estás en mi dormitorio. El dormi de las Lechuzas. Somos todas superamigas. ¿Quieres que te lleve?

—Por favor —dijo cogiendo su bolsa de mano. Se sintió ligeramente desconcertada ante tantas expresiones extrañas a la vez. ¿Lechuzas? ¿Dormi? ¿Niños muertos? ¿Qué significaba todo aquello?

Por el camino, Eva le dijo que tenía doce años y que ya llevaba un año en Highbury House, y que había estado en la primaria privada antes. Su mejor amiga era Nora y ambas adoraban a Helena Bliss, la delegada del curso.

—¿Y qué hacen los tuyos? —preguntó Eva mientras subían otra escalinata de piedra más.

—¿Los míos?

—Tu *mater* y tu *pater*.

Justina parpadeó de incredulidad. Aquello era latín, ya lo sabía, pero hasta ese momento nunca había escuchado a nadie de su edad hablar latín en la vida normal. Aunque, para ser justos, ella no había oído antes hablar mucho de nada a nadie de su edad. Imaginó que así era como hablaba todo el mundo allí.

—Mi padre es abogado, mi madre murió.

—¿Murió? —Los ojos de Eva se abrieron como platos—. ¡Qué horror!

—Bueno, fue hace un tiempo… —dijo la muchacha. En realidad, había ocurrido hacía solo un mes, pero no le gustaba decirlo en voz alta. Para empezar, al decirlo, la muerte de su madre se hacía más real. Por otro lado, la gente que le mostraba su compasión la hacía llorar y, si había una cosa que no quería hacer en Highbury House, era llorar—. Mi madre me enseñaba en casa —dijo cambiando de asunto—. No he ido nunca a la escuela.

—Oh, pobrecita. —Eva le apretó el brazo, pero luego, gracias a Dios, la soltó—. Te encantará esto. Es genial.

Más pasillos, más escaleras pequeñas y raras. «Asegúrate de saber dónde está la salida más próxima.» Eso es lo que Leslie Light decía en *El caso del hotel embrujado*. Pero Justina estaba completamente perdida en aquel edificio extraño y laberíntico. De todos modos, tendría la posibilidad de resolver su propio misterio.

—Eva —dijo alcanzando a su guía—. El señor Nye, el taxista, dijo que alguien había muerto recientemente. ¿Sabes algo de eso?

Eva se volvió. Su rostro había cambiado de algún modo, pero Justina no podría decir en qué sentido exactamente.

—Fue Mary —susurró—. Era una criada. La señorita De Vere dijo que no habláramos de ello.

Eva se detuvo junto a una puerta medio disimulada por el revestimiento de madera.

—Aquí está nuestro dormitorio. ¿No es genial? —presentó abriendo la puerta.

Observó aquella habitación alargada. Había cinco camas separadas por tabiques pintados de blanco. Las ventanas eran muy pequeñas y estaban en la parte de arriba. La única luz de la sala era una bombilla que había en el extremo de la habitación.

Eva miraba a Justina y, evidentemente, estaba esperando una respuesta.

—Genial —dijo.

Cuando Eva fue al baño y dejó a Justina sola para que se cambiara de ropa, la nueva alumna actualizó su diario:

PRIMERAS IMPRESIONES DE HIGHBURY HOUSE

Parecidos: castillo de Drácula y una prisión

Terrenos circundantes: totalmente planos. Como mi ánimo. Solo hay una empresa de taxis: Nye e Hijo. Supongo que me está llevando Nye, y no su hijo, porque debe de tener cien años. Y seguramente es un espía. Posibilidades de escapar del colegio sin ser vista: mínimas. Por otra parte, posibilidades de que aquí se perpetre o haya perpetrado un asesinato: altísimas.

Nye: es el hermano del enterrador. ¿Sabe más de lo que cuenta?

Celadora: su mirada no cambia cuando sonríe. Sabe cosas de papá.

(¿Sospechoso?)

Hutchins: fuerte, conocerá los secretos de la casa.

Eva: pequeña, algo simple. Se asustó cuando mencioné a Mary.

Mary: la cuestión... ¿la asesinaron?

CAPÍTULO 2

La celadora le había dicho a Justina que se cambiara y se pusiera el uniforme del colegio, así que imaginó que lo mejor sería hacerle caso. La única manera de obligarse a ponerse aquellos calcetines marrones era fingir que era una yanqui en la guerra civil americana infiltrada como soldado confederado. Recordó lo que siempre decía su madre sobre los uniformes: «Viste a todo el mundo igual y empezarán a pensar igual: eso es peligroso».

«Pero ahora no estás aquí, mamá —pensó sin despegar los labios— y tengo que ser estudiante durante un tiempo.»

Eva regresó para llevarla a la colación y, claro, para comprobar que se había vestido adecuadamente.

—Ah, qué bien te sienta —la halagó—. Igual que una estudiante normal.

—¿Eh?, bueno, gracias… —respondió Justina.

—Me gusta tu pelo —observó Eva—. Es precioso.

—Gracias —repitió ligeramente sorprendida. Tenía el pelo oscuro y lo llevaba corto, remetido por detrás de las orejas. Nunca se había parado a pensar si tenía un pelo bonito o no. Su madre la había acostumbrado a no pensar mucho en su apariencia y tampoco había tenido amigas con las que compararse. Su mejor (y único amigo), Peter, se encontraba en esos momentos en una escuela de música en Londres, y,

aunque Peter y ella habían hablado siempre de lo humano y lo divino, nunca se habían detenido a discutir asuntos de peluquería.

Eva bajó con ella dos tramos de escalera y volvieron a cruzar el patio. Ya era completamente de noche y, mientras cruzaban el patio, Justina miró hacia arriba para ver unas siluetas negras —podían ser murciélagos— revoloteando alrededor de las torres. Recordaba haber visto las torres —*torreones*, los había llamado Eva— desde el camino de la entrada. «¿Será este el Torreón Norte?», pensó Justina intentando orientarse. Pensó que seguramente tendrían que cruzar por el gran vestíbulo de la entrada, pero Eva parecía aficionada a los pasillos de piedra con techos bajos (nada de revestimientos de madera ni armaduras). Al final llegaron a un rellano donde había una puerta de doble hoja. Eva la abrió con una florida reverencia:

—El comedor —dijo.

Lo primero que le sorprendió fue el ruido. Era ensordecedor. Las sillas chirriaban sobre el suelo de baldosas, los cuchillos y los tenedores armaban un ruido de mil demonios, las voces y los gritos aumentaban hasta tal punto que Justina pensó que los murciélagos debían de estar oyéndolo todo a la perfección. Había filas y filas y filas de chicas sentadas delante de larguísimas mesas corridas, y casi todas las cabezas se giraron, durante un instante, para ver a las recién llegadas… antes de volver a lo que estuvieran haciendo hasta ese momento. Eva cogió del brazo a Justina.

—Llegamos tarde. Tenemos que ir a buscar la comida. —Cogieron dos bandejas y se dirigieron a una ventanilla donde una mujer con delantal azul arrojó una pasta indescriptible en sus platos.

—Puedes coger todo el pan que quieras —dijo Eva colocando tres rebanadas blancas y gruesas en su bandeja.

—Así está bien, gracias —dijo Justina. Se había estado muriendo de hambre en el taxi, pero ahora, de repente, el apetito había desaparecido.

Eva la guio hasta el extremo de una de las mesas.

—Lechuzas —presentó imitando al maestro de ceremonias de un circo—, esta es Justina.

Tres pares de ojos —dos azules, uno castaño— se volvieron

hacia ella.

—Creía que se llamaba Joan —soltó una chica con una larga melena rubia recogida en trenzas.

—Sí, lo siento —dijo Eva. *¿Lo siento?*—. Se llama Justina Jones.

—¿Qué clase de nombre es ese? —espetó Trenzas Rubias.

—Mi padre es abogado —dijo la chica para recordarles que no era invisible—. ¿Y vosotras cómo os llamáis?

Como había ocurrido con la celadora, la expresión de la chica de las trenzas sugería que Justina no debería haber abierto el pico. Tras unos instantes de acicalamiento de trenzas, dijo:

—Me llamo Rose. Rose Trevellian-Hayes.

—Yo soy Nora —anunció animadamente una chica alta con gafas. Le ofreció una leve sonrisa que, como sus gafas, le salió ligeramente torcida.

—Yo me llamo Stella —se presentó la tercera chica. Los ojos castaños de Stella se encontraron con los de Justina y le ofreció una sonrisa bastante solemne.

—Tienes el pelo muy corto —observó Rose, y aquello sonó con un tonillo ligeramente acusador.

No daba la impresión de que pudiera haber respuesta a semejante opinión, así que Justina no dio ninguna. Sentada enfrente, intentó comer algo, pero volvió a dejar la cuchara en la mesa apresuradamente.

—No vas a poder llevarlo con una coleta atrás como nosotras —siguió Rose—. Yo tengo el pelo más largo de Highbury House —añadió.

Eva tenía el pelo bastante más largo, era evidente, pero nadie hizo ningún comentario.

—Rose tiene el pelo de un ángel —la aduló Eva.

—En realidad, los ángeles eran sobre todo hombres, creo —expuso Justina, y luego ya nadie dijo nada—. Ya sabéis, san Miguel y Gabriel y todos esos. Y Lucifer, por supuesto.

Las cuatro Lechuzas la miraron fijamente.

—¿Dónde has ido al colegio? —preguntó Rose achinando los ojos.

—Mi madre me daba clase en casa —explicó Justina—. Pero murió, así que mi padre me ha enviado aquí.

—¡Qué horror! —exclamó Nora—. ¿Cómo murió?

Se había blindado ante las preguntas sobre su madre y había decidido que las contestaría con una voz calmada y serena, pero ante aquellas caras curiosas y cordiales resultaba más difícil de lo que había pensado.

—De cáncer —dijo Justina.

—Lo siento —murmuró Stella. Y su voz sonó como si realmente lo sintiera. Se hizo un silencio y la chica decidió hablar de nuevo—: Debe de ser agradable estudiar en casa.

Agradeció que se cambiara de tema, pero tampoco quería hablar sobre lo bien que estaba en casa con mamá, y menos cuando estaba intentando con todas sus fuerzas no mostrar sus verdaderos sentimientos.

—Puede que todo esto te resulte un poco difícil, entonces —vaticinó Rose con una voz que pretendía ser comprensiva pero que fracasaba espectacularmente.

—Puede que no —dijo Nora—. A lo mejor es un genio.

—Nora es un cerebrito —aseveró Eva.

—Oh, no, no… —rechazó Nora subiéndose las gafas hasta lo alto de la nariz.

—¿Cuántas chicas hay en nuestro curso? —preguntó Justina.

—Quince —contestó Rose apartando su plato sin haberlo tocado—. Nosotras, las cinco Lechuzas, cinco Palomas y cinco Petirrojas.

—Nora quedó la tercera del curso pasado —dijo Eva—. Yo quedé en el puesto catorce.

—¿Quién fue la mejor?

—Stella.

«En ese caso, Stella es el cerebrito», pensó Justina. Pero enseguida se dio cuenta de que como Nora llevaba gafas, automáticamente la consideraban «un cerebrito», igual que se daba por hecho que Rose, por ser rubia y guapa, tenía el pelo más largo. No le sorprendió que Eva hubiera acabado siendo decimocuarta y habría apostado a que Rose se había quedado justo en el medio. Hizo anotaciones mentales de todo aquello para poder apuntarlo después.

—Alicia quedó segunda —dijo Rose—. Podría haber quedado primera si hubiera querido.

—Alicia es la mejor amiga de Rose —dijo Eva—. Está en las Palomas y como teníamos una plaza libre, Rose esperaba

que…

«Rose esperaba que se pasara a las Lechuzas —pensó Justina—. Y en vez de Alicia, he llegado yo.» No era un comienzo prometedor si la idea era convertirse en «superamigas».

Pareció que Eva quería decir algo más, pero justo cuando estaba a punto de hablar, se produjo una transformación absoluta en las chicas de la mesa. Todas ellas levantaron la mirada con idénticas expresiones de reverencia: con los labios ligeramente abiertos, los ojos resplandecientes. A Justina le costó unos segundos identificar la causa de aquella reacción en cadena. Una chica alta, con una melena rubia y ondulante, se había detenido junto a la mesa. Es más, la aparición daba la impresión de estar fijándose en ella, en Justina.

—Tú debes de ser la chica nueva —aventuró—. Bienvenida a Highbury House. Soy Helena Bliss, la delegada principal.

—Encantada de conocerla —dijo Justina.

Por alguna razón, Helena se echó a reír.

—Está bien… Puedes hablarme normal. Eres Joan, ¿no?

—Justina.

—Oh. —Helena le lanzó una mirada como si aquello hubiera sido una cierta insubordinación, pero evidentemente no quiso llevar el asunto más allá—. Bueno, estás en buenas manos con las Lechuzas. Cuidadla, chicas. Y recordad, cada vez que nos encontramos a un desconocido, podemos estar hablando con un ángel sin darnos cuenta.

—Así lo haremos, Helena.

—Puedes confiar en nosotras, Helena.

—Por supuesto, Helena.

—Gracias, Helena.

La visión se alejó y dejó a las Lechuzas atusándose nerviosas las plumas erizadas.

—¿No es maravillosa?

—Llevaba perfume… ¿no lo habéis notado?

—Y ha dicho que Justina estaba en buenas manos con nosotras.

—¿Por qué ella no tiene el pelo recogido? —preguntó Justina.

Las otras la miraron asombradas.

—¡Es la delegada principal!

—¡Es Helena Bliss!

—Su pelo es igualito que el tuyo, Rose —alabó Eva—. Cuando tú seas delegada principal podrás llevarlo suelto.

—No veo el momento —expuso Rose sin dudar ni por un instante que eso acabaría ocurriendo algún día.

—¿Has acabado, Justina? —preguntó Eva—. Si las monitoras se han ido, nosotras también podemos marcharnos.

—Y no te preocupes —la animó Stella mirando el plato de la nueva, aún lleno de comida sin tocar—, tenemos *contrabando* en el dormi.

Resultó que el contrabando era comida y la noche no acabó siendo tan espantosa como se había temido. Jugaron al tenis de mesa en la sala común y Justina conoció a Alicia, la mejor amiga de Rose, que tenía el pelo rubio platino y los ojos azul claro. Ambas se apartaron enseguida en un rincón y tuvieron una conversación apasionada llena de susurros. ¿Estarían hablando de ella? Puede, pero Justina estaba demasiado ocupada intentando devolver la pelota como para prestarles mucha atención.

A las ocho en punto se retiraron al dormitorio, donde Stella y Nora compartieron un pastel de fruta y unas galletas ligeramente rancias. Se sentaron en el suelo a comer porque «la celadora se vuelve loca si encuentra migas».

—Compartimos por turnos la comida de nuestras cajas de contrabando —explicó Eva—. ¿Tienes caja de contrabando, Justina?

—Creo que no. Le puedo decir a papá que me envíe algo, supongo.

Aquella idea recibió una respuesta entusiasta.

—¡Sí, hazlo! —rogó Nora.

—Pídele un buen pastel con mucha fruta, que no se estropea.

—Las cosas en lata también valen —añadió Stella—. Sardinas, piña en almíbar, ese tipo de cosas.

Justina intentó imaginar a su padre componiendo una caja con ese tipo de comida, pero le fue imposible. A lo mejor le pedía a su secretaria que lo hiciera.

Rose, la jefa de dormitorio, era la responsable de apagar las luces a las nueve. Primero había visita al baño, una estancia

increíblemente lúgubre y el lugar más frío que Justina había conocido en su vida. Luego Rose ordenó a Eva y a Nora que se metieran en la cama y les dijo a Justina y a Stella que corrieran las cortinas. Cuando Justina se acercó a la ventana que había al fondo, divisó algo a lo lejos, una silueta oscura que parecía estar desprendiendo una tenue luz en la oscuridad. ¿Qué sería?

—¿Qué estás mirando, Justina? —preguntó Rose—. Ya deberías estar en la cama.

—Hay algo ahí fuera. Una luz en esa parte del edificio.

—Ah, no es más que la torre embrujada —dijo Eva.

—¿La torre embrujada?

—¡Luces apagadas ya! —chilló Rose desde la puerta, con una mano en el interruptor.

—Pero puedes leer con una linterna debajo de las mantas —le propuso Stella a Justina cuando saltaron a sus respectivas camas—, siempre que la celadora no te pille.

—Puede que Justina no tenga linterna —objetó Rose.

Pero sí tenía. Su madre solía decir: «Hay tres cosas que siempre tienes que llevar encima: una linterna, una navaja y una brújula». Así que cuando supo que tenía que ir a un internado, se preparó su kit de supervivencia. Añadió también un diario y un bolígrafo, cosa que su madre también habría hecho, ya que era escritora. Escribió los libros de Leslie Light, sobre una profesora de lenguas clásicas que también era investigadora privada. Eran unas estupendas historias de misterio, porque una nunca estaba segura de quién había cometido el crimen hasta la última página. Y ahora sospechaba que se estaba internando en su propia novela de asesinatos. A la luz amarilla y cálida de su linterna de bolsillo, Justina escribió:

HIGHBURY HOUSE

Es todo tan espantoso como esperaba. ¿Será incluso peor?

Condiciones: miserables.

Comida: incomible.

La gente: de todo un poco.

Las chicas no están tan mal, aunque Rose es una psicópata en potencia. Stella parece agradable y Eva es completamente inofensiva. A Nora la consideran muy lista, aunque yo

creo que Stella es más inteligente. ¿Posible aliada?

INVESTIGAR:
La muerte misteriosa de Mary
También a Helena Bliss y Rose, ¿por qué tienen un extraño control sobre las demás?
La Torre Embrujada: ¿?

Apagó la linterna. Metió el diario debajo de la almohada. Tendría que encontrar al día siguiente un lugar mejor para esconderlo. La habitación estaba a oscuras, llana de ruidos, de respiraciones pausadas y un gritillo de vez en cuando, que parecía proceder de la cama de Eva. Aún había una leve luminosidad, un haz de luz plateada que se filtraba por la ventana más alta, en el extremo del dormitorio. ¿Sería la luz de la luna o una vela en la ventana del torreón embrujado? Justina se imaginó volando por la ventana del dormitorio, revoloteando alrededor del edificio y las torres, y aleteando sobre las marismas hacia el mar. Pero ¿adónde iba a ir? Ese era el problema. No podía volver a casa porque papá no quería que estuviera allí y mamá… bueno, ya no estaba, ¿no?

Así que Justina tendría que quedarse donde estaba. De momento, al menos. Hasta que pudiera convencer a su padre de que la dejara volver a casa. Pero de momento…

Justina suspiró e intentó encontrar un lugar cómodo en la almohada. «Ya ha pasado el primer día, mamá», susurró en medio de la oscuridad.

La primera idea de Justina fue que el edificio debía de estar en llamas. Si no, ¿por qué iba a sonar de esa forma una campana en mitad de la noche? Pero cuando empezó a buscar a tientas la linterna, oyó una voz en la oreja que le decía:

—Levántate, Justina. Ya es de día.

¿De día? El cielo, la franja de cielo que podía ver a través de la abertura de las cortinas, estaba negro todavía. Se incorporó y se frotó los ojos, y vio a Stella sonriendo a los pies de la cama.

—Son las siete —dijo—. Tenemos que estar en el desayuno a las siete y media. Las clases comienzan a las ocho y media.

¿A las ocho y media? En casa, generalmente no se levantaba antes de las nueve. Una de las teorías de su madre era que los jóvenes necesitaban dormir. Solían desayunar a las diez —en verano desayunaban en el jardín, bajo el tilo que dejaba caer gotitas de resina pegajosa en la mesa—, y las lecciones empezaban a las once. Para mayor espanto, Justina se dio cuenta de que estaba a punto de llorar. Se volvió para que Stella no la viera y se frotó los ojos de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Stella con dulzura.

—Sí, bien —dijo Justina—. ¿Dónde está el baño? Tengo que darme un baño rápidamente…

Rose, que pasaba por allí con su pijama de estampados

rosas, soltó una carcajada:

—¿Habéis oído, Lechuzas? ¡Justina tiene que bañarse!

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó—. Me baño todos los días.

—Debes de ser muy sucia, entonces… —le espetó Rose—. Aquí nos bañamos una vez a la semana. Por la mañana simplemente te lavas la cara y las axilas. Yo voy la primera porque para eso soy la jefa de dormitorio. —Y se metió en el baño con el cepillo de dientes y la toalla.

Se hizo un silencio incómodo.

—Puedes ser la siguiente, Justina —le ofreció Eva—. Odio lavarme por las mañanas. Hace muchísimo frío en el baño.

—A veces hay carámbanos en las ventanas —expuso Stella —. La celadora dice que es saludable tener las ventanas abiertas, ya ves.

—¡Aire puro, chicas! —exclamó Nora con una voz que claramente pretendía imitar la de la celadora. Por desgracia, en ese mismo momento la versión original apareció en la puerta.

La celadora era una mujer pequeña, no mucho más alta que Justina, pero de alguna manera conseguía que todo el mundo la viera como si tuviera una figura gigantesca. Avanzó hacia las chicas, que habían enmudecido de repente.

—¿Qué era eso, Nora?

—Nada, celadora.

—Espero que estéis haciendo lo que debéis. Hay que hacer las camas, tenéis que cepillaros el pelo y peinaros. —Le centelleó la mirada con algo parecido a una fiebre maníaca. Aunque podía que fueran cataratas, Justina no estaba segura.

Cuando la celadora se fue, Eva empezó a hacer risitas, y Stella y Nora, e incluso Justina, no pudieron evitar unirse a la fiesta. Era estupendo poder reírse, pensó, aunque la risa se cortó abruptamente cuando Rose regresó a la habitación: en ese momento ella aprovechó para escaparse al baño.

Stella tenía razón: el baño estaba helado. A la luz del día era aún más espantoso: las baldosas crujían, la pintura se desconchaba del techo y el moho verde era ya una costra en la bañera y el lavabo. Justina se lavó los dientes y puso cara de monstruo en aquel espejo picado por el tiempo.

—Puedes sobrevivir a esto —se convenció en voz alta. Su

voz reverberó en las baldosas y su respiración formó una nube de vaho a su alrededor.

De vuelta en el dormitorio, hizo la cama, imitando el procedimiento de las otras Lechuzas. La noche anterior se había dado cuenta de que había un tablón suelto debajo de la cama y ahora, disimuladamente, levantó el listón de madera y escondió el diario en el hueco. Luego se arregló y cruzó la estancia para echar un vistazo por el ventanal que había al fondo. El amanecer rompía sobre las marismas, pero aún había niebla sobre las tierras; aquello inspiró en Justina un sentimiento confuso y turbio, como si estuviera observando el mundo por encima de las nubes. Recordó el extraño resplandor de la noche anterior y alargó el cuello hasta que pudo distinguir la torre solitaria, situada a unos doscientos metros, espeluznante y siniestra en el brumoso amanecer.

—¿Por qué está embrujada la torre? —preguntó volviéndose para escuchar la respuesta de las chicas.

Ella no creía en los fantasmas, pero estaba segura de que Highbury House sencillamente estaba plagada de fascinantes historias sobre espectros sin cabeza, cadenas arrastrándose y misteriosas damas que habían muerto por amor. Volvió a mirar la torre. Tal vez fuera una ilusión de la luz, pero de repente le pareció ver un reflejo en una de las estrechas ventanas de la torre, como si alguien sujetara un espejo y estuviera jugando con el sol.

Eva lanzó uno de sus gritos.

—Oh, es una historia espeluznante. Una niña murió allí, hace años, y aún se la puede oír llorar por las noches. Cuéntalo tú, Nora, que eres muy buena contando historias de miedo.

Nora se ajustó las gafas y pareció dispuesta a empezar, pero Rose la interrumpió.

—Ahora no tenemos tiempo para esas cosas. Apresuraos o llegaremos tarde al desayuno.

El desayuno eran unas gachas grisáceas y repugnantes. Pero Justina tenía tanta hambre que acabó comiéndoselas todas. Al menos había pan tostado también, y ni siquiera la cocinera de Highbury House había podido arruinar del todo las tostadas. A las chicas no se les permitía empezar a comer hasta que

Helena Bliss se hubiera puesto de pie y hubiera bendecido la mesa: *Benedictus benedicat.*

—Es latín —dijo Eva—. ¿Tú sabes latín, Justina? Es mi asignatura maldita.

—Mi madre me enseñó un poquito —dijo. Su madre había estudiado clásicas en Oxford antes de la guerra, aunque no se le había permitido hacer los exámenes porque era mujer. Justina no quería hablar de su madre, así que intentó cambiar de conversación.

—¿Cómo es que vinisteis a Highbury House? —preguntó a todas las de la mesa en general. Había estado pensando en eso la noche anterior. ¿Por qué iba un padre cualquiera a enviar a su hija a una escuela aislada del mundo, en los confines de las marismas de Romney?

—Mi madre estudió aquí —dijo Rose, como si eso pudiera ser una buena explicación—. La señorita De Vere era en aquella época la profesora de inglés. Acababa de empezar a trabajar de maestra. —La señorita De Vere ahora era la directora y su nombre aparecía grabado en letras doradas, muy cursis, sobre el escudo del colegio, en la verja de la entrada.

—Mi madre vino aquí también —explicó Eva—. Mi familia está en el extranjero, así que he estado aquí desde párvulos.

—Highbury House es muy exclusivo —lanzó Rose—. Y extraordinariamente caro.

—Yo tengo una beca. —Stella se dirigió a Justina—. Mis padres no tienen dinero.

—Eso no es nada de lo que estar orgullosa —replicó Rose.

—Bueno, yo creo que sí, porque eso significa que Stella es muy lista —salió al quite Justina, y se sorprendió al recibir una agradecida sonrisa por parte de Stella.

Rose se atusó el pelo.

—¿Y tú por qué estás aquí, Justina?

—Mi padre conoce a la señorita De Vere —explicó Justina. No sabía exactamente de qué o por qué su padre conocía a la directora, pero tampoco iba a decirlo.

Dio la impresión de que Rose iba a decir algo, pero se detuvo en seco porque una figura con uniforme de sirvienta se estaba acercando a la mesa.

—Cuidadooo —canturreó—, ahí viene Dotty Dorothy.

La criada, una chica que no parecía mucho mayor que Justina, se detuvo delante de la mesa.

—La señorita Jones tiene que ir a ver a la señorita De Vere, por favor.

—Es esa —dijo Rose, e hizo un gesto arrogante en dirección a Justina.

—Buena suerte, Justina —susurró Stella cuando se levantó.

Mientras seguía los pasos de Dorothy y salía del refectorio, observada por cuatrocientos ojos curiosos, se preguntó: «¿Por qué demonios iba a necesitar tener suerte?».

CAPÍTULO 4

El despacho de la señorita De Vere estaba en lo más alto del Torreón Sur. «Una manera muy apropiada para conseguir que la directora dé la impresión de estar por encima de todos», pensó Justina. Según las Lechuzas, las estancias que había en lo más alto de los otros tres torreones estaban cerradas, «porque de lo contrario podríamos huir por el tejado». Justina intentó recordar la geografía del edificio: las cocinas, los comedores, el salón de reuniones, la biblioteca y el gran vestíbulo estaban en la planta baja; las aulas, en el primer piso; y los dormitorios, en el segundo. Pero parecía que Dorothy iba por una ruta rara, recorriendo interminables pasillos y subiendo por retorcidos tramos de escaleras.

—¡Espera! —exclamó cuando Dorothy dobló una esquina. Quería hablar con ella; podría haber sido una testigo importante en la misteriosa muerte de la otra criada—. ¿A qué viene tanta prisa?

La muchacha se giró. Tenía la carita picada de viruela, con una mirada nerviosa y un pelo ratonero recogido en la nuca con un moño.

—La señorita De Vere dijo «inmediatamente» —murmuró Dorothy, y siguió avanzando, casi corriendo.

Justina la alcanzó.

—¿Cómo es la señorita De Vere? —preguntó.

Dorothy miró por encima del hombro.

—Es la directora —dijo, como si eso fuera una contestación a la pregunta. Y quizá lo era.

—Siento mucho lo que le pasó a Mary —confesó Justina con una voz tan inocente como pudo—. ¿Era amiga tuya?

Dorothy se detuvo en seco. Se giró y miró fijamente a Justina, con los ojos abiertos como platos y las pupilas dilatadas.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—¿Con qué?

—¡Dorothy! —Fue un grito que parecía que lo habían lanzado desde un cañón. Una mujer enorme, con un palo de *lacrosse* en la mano, iba por el pasillo hacia ellas.

—¿Qué estáis haciendo aquí, plantadas como bobas y cotilleando? ¿No tenéis nada más que hacer?

—Disculpe, señorita Thomas; llevo a la chica nueva al despacho de la señorita De Vere.

—Bueno, pues llévala entonces y no andes por ahí perdiendo el tiempo y cotilleando. Y tú, la nueva, no se chismorrea con las criadas en este colegio. ¿Entendido?

—Creo que sí —respondió Justina. Estaba intentando ser sincera, pero la señorita Thomas le lanzó una mirada furiosa.

—¡Andando, pues!

Huyeron de allí a toda prisa. Quería hacerle más preguntas a Dorothy, pero la chica se iba escabullendo por delante de ella, con la cabeza humillada y mirando al suelo, evidentemente demasiado aterrorizada como para decidirse a hablar. Guio a la nueva a lo largo de varias galerías en las que había hileras de cabezas de animales disecados y más pinturas sombrías como las que había visto en otras estancias. Justina ya se había dado cuenta de que el colegio estaba dividido entre las zonas de las alumnas (suelo de piedra, escasa iluminación, pintura desconchada) y las partes reservadas exclusivamente al personal docente (alfombras, cortinas de terciopelo, alguna polvorienta lámpara de cristal). En esos momentos era evidente que estaban en la zona de la dirección y el profesorado. Dorothy se detuvo delante de una puerta.

—Es ahí arriba —dijo.

—¿Arriba? —preguntó Justina girando el picaporte de la puerta. Cuando se volvió para mirar a Dorothy, ya se había

ido.

Empujó la puerta y vio una pequeña escalera de caracol cuyos peldaños estaban cubiertos con una gruesa alfombra roja y que conducía a una puerta con una placa que decía: «Directora». Justina se quedó allí quieta durante unos segundos: el corazón le latía tan rápido que podía sentir cómo le golpeaba en el pecho. ¿Por qué estaba tan asustada? ¿Era por las palabras de Stella, que le había deseado «buena suerte»? ¿Habían sido los gritos de la señorita Thomas? ¿O era porque Dorothy estaba evidentemente aterrorizada por algo, algo que había en aquella mansión? Justina estaba permitiendo que el ambiente la intimidara: un error clásico. Por otra parte, podía escuchar la voz de su madre diciendo: «Amarra tu valor a los escollos más aventurados. Sé más valiente en los momentos más difíciles». Y haciendo acopio de valor, llamó con decisión a la puerta.

La señorita De Vere era más joven de lo que esperaba. Había imaginado a la directora como una persona con el pelo blanco, encorvada tal vez sobre un bastón de ébano. Sin embargo, la señorita De Vere era morena y bastante sofisticada, con la piel blanca y los ojos azules. Llevaba el pelo muy corto y formal, como en los años veinte. Vestía una bata de profesor, por supuesto, pero debajo lucía un vestido verde y lo que parecía un collar de perlas buenas. También tenía una carta abierta sobre el escritorio. Justina reconoció la caligrafía de inmediato.

—Siéntate, Justina. —Su voz era grave y musical, pero, de todos modos, Justina sospechó que la señorita De Vere podría ser tranquilamente tan autoritaria y feroz como la aterradora señorita Thomas—. ¿Qué te ha parecido Highbury House?

Ella no estaba segura de qué decir.

«Es como una casa salida de una historia de terror»: eso podía sonar un poco agresivo. ¿Qué tal si decía: «Estoy segura de que alguien ha sido asesinado aquí recientemente»? En fin, al final contestó:

—Es muy bonita.

—Debe de ser todo bastante distinto a lo que estás acostumbrada.

—Sí —dijo Justina.

—Sí, señorita De Vere.

—Sí, señorita De Vere.

—Estoy encantada de conocerte —asintió la señorita De Vere con un tono más amistoso—. Soy una gran admiradora de los libros de Veronica Burton.

—¿De mamá? —preguntó Justina sorprendida. Los libros de su madre iban firmados con su nombre de soltera y así la gente no podría vincularlos al trabajo de su padre. Sabía que los libros eran muy populares, pero Justina pensaba que una directora de colegio estaría un poco por encima de la lectura de novelas de misterio.

—Tu madre era una excelente escritora —añadió la señorita De Vere.

—Sí… —asintió Justina. Y de repente notó que tenía un nudo en la garganta. «Por favor, no diga nada más de ella», rogó sin abrir la boca.

Afortunadamente, la señorita De Vere decidió hablar de papá.

—He recibido una carta de tu padre. Dice que vas muy adelantada en los estudios. Habitualmente, cuando una chica ha tenido una escolarización poco formal, la coloco en un curso con alumnas un poquito más pequeñas, pero, en tu caso, voy a mantenerte en el segundo curso.

—Gracias —pronunció Justina entendiendo que las palabras de la directora exigían algún tipo de contestación.

—Y las Lechuzas son un buen grupo de niñas. La vida en los internados puede resultar complicada… —prosiguió la señorita De Vere—. Estáis juntas todo el tiempo, sobre todo en un lugar tan aislado como este. Puede haber tensiones, los nervios se pueden perder inesperadamente y se dicen cosas de las que no es fácil retractarse. Hay que tener carácter y una gran fuerza interior para sobrevivir aquí. Siempre les digo a mis niñas que resulta muy útil tener una afición, algo en lo que ocupar la mente y que te distraiga. ¿Tienes alguna afición, Justina?

—Me gusta leer —expuso Justina, sin añadir que sobre todo leía las novelas de Leslie Light y relatos sobre juicios de asesinatos antiguos—. Y tengo un diario.

—Excelente. Tenemos una biblioteca estupenda aquí y siempre animo a las niñas a leer al menos un libro a la

semana. ¿Te gusta Jane Austen, Justina?

—Solo he leído *Orgullo y prejuicio*, pero me gustó.

La señorita De Vere se giró para buscar algo en las estanterías que tenía detrás y cogió un libro pequeño, con las tapas en piel roja.

—Prueba con este. Creo que te gustará

Justina miró la portada. *Northanger Abbey*.

—Gracias —dijo.

La señorita De Vere sonrió y le entregó a Justina una hoja de papel mecanografiado.

—Tu horario. Tienes la primera clase de latín con la señorita Bathurst.

—Gracias —respondió de nuevo Justina. La señorita De Vere esperaba evidentemente que se levantara y se fuera, pero Justina no pudo evitarlo… Respiró profundamente y dijo —: Señorita De Vere, ¿de qué murió Mary?

El rostro de la directora permaneció impasible y, sin embargo, parecía completamente diferente. Estaba incluso sonriendo, pero, ahora, aquella sonrisa parecía la cosa más aterradora que Justina hubiera visto desde que había llegado a Highbury House.

—Nunca olvide pedir las cosas por favor, señorita —replicó —. Y, ahora, a clase.

Y así comenzó la vida escolar de Justina. La profesora de latín, la señorita Bathurst, era una persona de aspecto caótico, con un pelo ralo y gris que parecía estar en constante peligro de deshacerse en su moño. Se le iban cayendo las horquillas cuando iba de un lado a otro por la clase y las chicas más serviciales se las recogían. La señorita Bathurst le dio una hoja en latín para que la tradujera —«Haznos solo un resumen. No te preocupes si te equivocas»— y ella sintió cierto alivio al ver que era capaz de hacerlo sin demasiados problemas.

—¡Bueno! —exclamó la señorita Bathurst levantando la vista del trabajo de Justina con una sonrisa bastante torcida —. ¡Tenemos una latinista erudita entre nosotros!

Alicia, la amiga de Rose, puso cara de estar completamente asqueada ante tanto elogio.

—¿Por qué no nos has dicho que eras tan buena en latín? —le preguntó Nora cuando se acabó la clase y la señorita Bathurst se alejó a toda prisa en medio de un torbellino de papeles volanderos y horquillas a la fuga.

—Bueno… no soy tan buena —explicó Justina—. Será porque a mi madre le gustaba mucho, supongo.

—¡Qué horror que el latín sea tu asignatura favorita! —le susurró Rose a Alicia en un tono perfectamente audible.

La siguiente clase era de matemáticas. La maestra, la señorita Morris, una mujer ajada por los años, con el pelo corto y con gafas, al menos parecía bastante organizada. Le entregó a Justina una prueba escrita breve y luego atendió a un grupo en el que estaban Stella, Alicia y una chica llamada Irene, con aspecto de muy inteligente. Aquello resultaba divertido. Estaban estudiando las ecuaciones y la señorita Morris de vez en cuando añadía algo más difícil a los problemas. Utilizar el cerebro, pensó Justina, era un buen modo de olvidar que una es infeliz.

Después de las mates hubo un tiempo para algo llamado «receso». Todo el mundo acudió en tropel al refectorio, donde se les daba un vaso de agua de cebada y una galleta, y luego todas salían al patio. Daba la impresión de que toda la escuela estaba allí y, claro, aquel griterío rebotando en los muros de piedra era casi insoportable. Durante unos instantes Justina sencillamente se quedó allí plantada, incapaz de moverse. Podía sentir el corazón latiendo a toda velocidad de nuevo. ¿Estaría a punto de tener un infarto? Bueno, si sucedía algo así, al menos la sacarían de Highbury House.

No se había dado cuenta de que Stella estaba a su lado hasta que sintió una mano en el brazo.

—¿Estás bien, Justina?

—Sí —dijo ella, aunque le estaba resultando difícil hablar —. Solo tengo un poco… de frío. —Y no estaba mintiendo. Desde luego, en el patio hacía una mañana absolutamente gélida.

—Vamos a sentarnos en el radiador del pasillo —propuso Stella—. Está prohibido, pero las maestras nunca bajan aquí en el recreo. Tienen una buena chimenea en su sala de descanso. Las muy inhumanas.

El radiador solo estaba tibio, pero era el mismísimo cielo después de haber pasado por el patio. Stella y Justina se apretujaron encima. Podía ver el patio por la ventana. Eva y Nora estaban cumpliendo con algo llamado «Turno del Receso», que consistía, al parecer, en asegurarse de que ninguna recibía una segunda galleta. A Rose y a Alicia se las podía ver en un rincón, absortas en su conversación.

—Supongo que todo esto te resultará realmente extraño — aventuró Stella.

—Es un poquito raro —admitió con prudencia—. Estaba acostumbrada a estar solo con mi madre, ya sabes.

—Debe de ser duro —animó Stella. Algo en su voz consiguió que Justina sintiera un cierto consuelo. No era solo compasión; era como si Stella realmente lo comprendiera. Justina empezó a sentir calor de nuevo, y no era solo por el radiador.

—Tengo cuatro hermanos y dos hermanas —explicó Stella —. Una nunca tiene tiempo para una misma. Solía soñar con ser hija única.

Agradecía que Stella no le hiciera preguntas sobre su madre.

—Yo siempre quise tener hermanos y hermanas —admitió —. Supongo que una siempre quiere lo que no tiene.

—Eso suena como uno de esos discursos de la señorita De Vere —observó Stella—. Siempre acaban con una moraleja. «Compórtate con los demás como querrías que los demás se comportaran contigo», y cosas de esas.

—¿Qué te parece la señorita De Vere? —preguntó.

—Está bien —respondió Stella—. Aunque puede resultar bastante aterradora. Puede ser realmente agradable ahora y dentro de un minuto ser fría como el hielo.

Justina recordó cómo había cambiado el rostro de la señorita De Vere cuando había mencionado a Mary.

—Todo está frío en este colegio —observó.

Stella se echó a reír.

—Tienes razón. Creo que no he tenido los pies calientes desde que entré aquí. —Hizo una pausa breve y amable, y luego preguntó—: ¿Qué libro te ha dado la señorita De Vere?

—*La abadía de Northanger* —contestó—. ¿Por qué?

—Es una especie de prueba. La señorita De Vere cree que Jane Austen nos enseña cómo es la vida. A mí me dio *Persuasión*.

Era bastante decepcionante que a todo el mundo le diera un libro. Justina no sabía de qué trataba *La abadía de Northanger,* pero, si era como *Orgullo y prejuicio,* puede que la directora estuviera sugiriendo que lo mejor que podía hacer con su vida era casarse con un hombre rico lo antes posible. Y Justina no tenía pensado casarse con nadie. Ni siquiera con Peter.

—¿Te gusta todo esto? —preguntó Justina. Parecía imposible que pudiera gustarle a alguien, pero tal vez hubiera algunas chicas que disfrutaran de la vida en Highbury House.

Stella se encogió de hombros.

—Está bien. Se supone que es un buen colegio. Mis padres quedaron encantados cuando conseguí la beca. Aunque… ojalá estuviera más cerca de casa. En invierno parece que estamos a mil kilómetros de cualquier parte.

—¿Dónde vive tu familia?

—En Londres —respondió Stella—. Los padres pueden venir en los descansos trimestrales, pero los míos no pueden permitírselo. No los veré hasta las vacaciones de verano.

—Las vacaciones están lejísimos —indicó Justina. Ella iba marcando los días en su diario. Se preguntaba si su padre iría a verla en el descanso trimestral. Probablemente estaría demasiado ocupado.

Stella le dedicó una mirada amable.

—No está tan mal. A veces nos divertimos y en primavera el sitio es encantador. Las marismas se llenan de flores.

La primera mañana en el colegio parecía haber durado toda una vida. Pensó Justina cuando sonó la campana para entrar a clase. La primavera estaba a una eternidad.

En el horario que le habían dado, en el apartado de la tarde, se especificaba «DEPORTE» escrito en inquietantes letras mayúsculas. Pero empezó a llover durante la comida y el granizo golpeó con violencia las ventanas, así que Justina dio por hecho que la clase de gimnasia se suspendería. «Tal vez incluso podría pasar la tarde investigando la misteriosa muerte de Mary —pensó—. En el colegio alguien debe de saber algo».

Stella dejó escapar una risa amarga cuando la muchacha expresó su esperanza de que se hubiera suspendido la clase de gimnasia.

—Debes de estar bromeando. Tendremos gimnasia aunque esté nevando. Hay un rumor que dice que a la señorita Thomas una vez se le perdió una niña en medio de la niebla durante una carrera de campo a través.

—¿Cómo se puede perder a una alumna? —exclamó Justina.

—¿Conoces a la señorita Thomas? —preguntó Stella.

—Un poco.

—Pues ya lo sabes. Lo único que le importa es ganar los partidos de *lacrosse*.

Estaba todavía lloviendo cuando Justina entró en los vestuarios: una sala con sus banquillos de madera y sus hileras de perchas. Los vestuarios estaban aún más fríos que el resto del colegio, porque formaban parte del gimnasio, un edificio de ladrillo aislado y plantado en mitad del campo. También había una piscina, un triste rectángulo de agua que olía a productos químicos y pies.

—¡La piscina cubierta! —exclamó la señorita Thomas, que llevó a Justina a hacer un breve recorrido por las instalaciones—. Las chicas de hoy no sabéis la suerte que tenéis. En mi época, si queríamos nadar, teníamos que romper el hielo de la piscina exterior.

—¿Podemos dar la clase en el gimnasio? —propuso una atrevida—. Aún está lloviendo mucho fuera.

—Bobadas —espetó la señorita Thomas, que iba embozada y bien calentita, sin embargo, con un jersey de lana bien gordo encima de la ropa de críquet—. Si corréis deprisa, no os mojaréis.

Las chicas, vestidas con polos de algodón de manga corta, faldas deportivas marrones y calcetines largos blancos, siguieron a la señorita Thomas al exterior.

—¡Eh, tú! ¡La nueva! —gritó la señorita Thomas por encima del estruendo del viento y la lluvia—. ¿Has jugado alguna vez al *lacrosse*?

—¡No! —gritó Justina. El palo de *lacrosse* estaba en la lista de equipamiento para entrar en Highbury House, pero, después de comprarlo y cargar con él durante todo el camino a la escuela, Justina se había olvidado del maldito palo por completo.

—¡No, señorita Thomas!

—Bueno, solo entrenaremos la recogida y el lanzamiento al principio. Ya le pillarás el truco.

Pero no le pudo pillar el truco en absoluto. La idea era coger la pelota en la red del palo de *lacrosse*, mantenerla ahí (la señorita Thomas lo llamaba, «acunar la bola») y luego pasársela a otra jugadora. Con absoluta despreocupación,

siempre había pensado que podría emplear su excelente intuición táctica para dominar cualquier tipo de juego o deporte. Pero las habilidades tácticas no sirven de mucho si una no es capaz de coger la pelota con la red: y Justina no podía cogerla por mucho que lo intentara.

Las otras chicas fueron pacientes al principio, pero no tardaron en cansarse de lanzarle la bola a una niña que lo intentaba desesperadamente pero parecía incapaz de cogerla.

—¡Vamos, Justina! —gritó una niña llamada Susan—. ¡Inténtalo un poco más!

¡Pero si lo estaba intentando! Las lágrimas de frustración se mezclaron con la lluvia en el rostro de Justina. Le dolían los nudillos porque la bola le había golpeado en la mano varias veces y se había caído otras cuantas.

—Dios mío. —La voz de Rose revoloteó desde el grupo de chicas—. Justina es un poco manta, ¿no?

Al final, la señorita Thomas dividió a las chicas en dos grupos para jugar un partido. El equipo azul protestó cuando se les adjudicó a Justina. Ella apretó los dientes y decidió darles una lección. Tan duro no podía ser, después de todo.

La respuesta es que el *lacrosse* podía ser más duro de lo que ella jamás hubiera imaginado. El juego era tan rápido que Justina ni siquiera veía la pelota; apenas distinguía unas sombras recorriendo a toda velocidad el campo con los palos en ristre. Al final, dejó de seguir el juego y se quedó parada.

—¡Muévete! —chilló la señorita Thomas.

Justina corrió sin ganas y mecánicamente por el borde del campo.

—¡Así no! —gritó la maestra con la cara congestionada.

Stella no podía ayudar a su amiga porque, a juzgar por lo que veía Justina, era una muy buena jugadora, cogía la bola en carrera y era capaz de pasarla con seguridad. Respecto a Rose, era como un derviche con coleta girando como un torbellino y marcaba un gol tras otro. En dos ocasiones Justina estuvo casi segura de que Rose le había lanzado un pelotazo. La segunda vez, dijo:

—¡Ay! ¡Eso duele!

—¿Qué? —preguntó Rose mirándola con la inocencia de un ángel con camiseta deportiva.

—La pelota me ha golpeado en el brazo —contestó.

—No lloriquees, Justina —regañó la señorita Thomas acercándose embutida en su jersey de críquet—. No nos gustan las quejicas en Highbury House. Bien jugado, Rose. Podrías darles una buena lección a las chicas de sexto.

Rose sonrió y se alejó corriendo para acabar marcando otro gol.

—¡Fenomenal, Rose! —gritaron las otras chicas, encantadas —. ¡Bien jugado, Rosie!

Por fin se acabó la tortura y Justina siguió al resto de las chicas hasta el vestuario. Estaba empapada y llena de barro, aún le dolían los nudillos y tenía un cardenal en la pierna, de cuando había tropezado con el palo de alguna jugadora. «Al menos —pensó—, ahora podré darme un baño.» Suponía que aquello sí podría ser una excepción a la regla del baño semanal.

—¡A las duchas! —gritó la señorita Thomas—. ¡Dos minutos y fuera!

Las duchas, frías y comunales, fueron una experiencia aún peor. Después, Justina se vistió tan rápido como pudo. Nunca había pensado que pudiera alegrarse de ponerse aquellos calcetines largos marrones. El agua fría no había conseguido quitarle de encima todo el barro.

—Ya no eres tan lista, ¿no? —susurró una vez desde el otro lado de las taquillas. Después del desastre de partido, aquellas palabras consiguieron que los ojos de Justina se llenaran de lágrimas. No pudo ver quién las había pronunciado, porque había una toalla colgada en medio… pero podía suponerlo con bastante exactitud.

Tras el deporte, la merienda: pan con mantequilla y cacao, y eso fue lo mejor en Highbury House hasta ese momento. Justina se sentó con Stella, que intentó ser amable respecto a la debacle del *lacrosse*.

—Bah, es una tontería de juego —dijo Stella—. A mí me gusta mucho más el hockey, pero la señorita Thomas nos obliga a jugar al *lacrosse* porque eso es lo que hacen en los colegios famosos, como el de Roedean.

—¿La señorita Thomas fue a Roedean? —preguntó Justina.

—No, estudió aquí —respondió Stella—. Igual que la señorita De Vere y la señorita Morris. Es realmente enfermizo. La mayoría de ellas nunca han estado en otro colegio.

Recordó los comentarios de la señorita Thomas y aquello de que tenían que romper el hielo en la piscina exterior si querían nadar. ¿Habría estado en Highbury House al mismo tiempo que la señorita De Vere? La profesora de gimnasia, madura y rubicunda, podía tener sus años, pero Justina sospechó que no podía ser mayor que la directora. Si la señorita De Vere fue maestra de la madre de Rose, al menos debía de tener cuarenta años. Procuró recordar que tenía que apuntar todo esto en el diario, más tarde, y luego decidió que era el momento de ocuparse de lo que verdaderamente le importaba.

—¿Tú sabes algo sobre la criada que murió? —le preguntó a Stella bajando la voz e inclinándose ligeramente hacia ella.

—No —negó Stella, y luego añadió también en voz baja—: Pero Dorothy le dijo a Rose que…

—¿Qué estás diciendo de mí? —gritó Rose desde el extremo de la mesa donde estaba sentada con Alicia.

—Solo le estaba diciendo lo bien que has jugado hoy —contestó Stella.

Rose le lanzó una mirada suspicaz.

—La señorita Thomas dijo que probablemente seré la capitana del equipo el año próximo. ¿Vas a querer jugar, Justina?

—Eres muy buena en *lacrosse* —la halagó Justina. Una simple exposición de los hechos a veces puede cerrarle la boca a un testigo hostil, eso es lo que siempre decía su padre. Y funcionó. Rose le lanzó una mirada un poco confusa y siguió hablando con Alicia.

Pero ahora Stella estaba hablando con Eva y Nora, y Justina ya no pudo reanudar la conversación sobre Mary.

Justina había estado todo el día pensando en escribirle una carta a su padre. Quería decirle exactamente lo horrible que era Highbury House. Pero, por otra parte, tampoco quería que su padre pensara que no iba a poder superarlo. Desde que murió su madre esa había sido su principal preocupación: no quería ser una carga para su padre. Ya tenía bastantes preocupaciones en su trabajo como jurista consejero de la reina y todo eso, y sin mamá para cuidar de los dos.

Hasta entonces todo había sido genial. Justina había disfrutado de la compañía de mamá y había admirado a papá. Pero ahora solo estaban su padre y ella, y eso no parecía suficiente para conformar una especie de familia. Pensó con envidia en Stella y su familia de nueve miembros. Nueve. Con nueve personas, había gente de sobra: una podría permitirse el lujo incluso de llevarse mal con uno o dos. Pero cuando solo hay dos miembros, uno tiene que ser muy cuidadoso, continuamente. Tal vez si pudiera resolver el misterio de la muerte de Mary, eso le demostraría a su padre que era una persona capaz y competente, y tal vez, solo tal vez, le

permitiría volver a casa. Le contaría a su padre algunas cosillas sobre el colegio y sobre Mary, pero no tanto como para que se preocupara de verdad. Intentaría y procuraría mostrarse alegre y divertida también, y contar alguna historia, igual que hacía mamá.

Después de la merienda, tuvieron que hacer los «prep», que resultó ser la forma abreviada de «preparación»; es decir, los deberes. Como Justina no tenía nada que hacer, empezó a escribir la carta a su padre.

Querido papá:

Llegué al colegio ayer sin novedad. Highbury House parece un cruce entre el castillo de Drácula y un manicomio. Un taxista me trajo desde la estación y me dijo que había muerto una persona recientemente en el colegio. «Fenomenal —pensé—, al menos tendré un asesinato misterioso para entretenerme.» Un poco más tarde encontré a mi primera sospechosa, una mujer siniestra conocida como la Celadora

—¡Justina!

Era Stella, que susurraba desde el pupitre que tenía detrás.

—Justina, recuerda que tenemos que dejar las cartas abiertas para que la celadora pueda leerlas.

—¿Qué? —exclamó ella girándose.

—La celadora lee todas las cartas. Tienes que idear un código con tu familia. Si yo escribo «absolutamente» delante de una palabra, mis padres saben que quiero decir todo lo contrario. «Rose es ***absolutamente*** maravillosa», y así.

Querido papá:

Llegué al colegio ayer sin novedad. Highbury House tiene un aspecto imponente: se puede ver desde kilómetros de distancia y es igual que aquel famoso castillo de Transilvania. Estoy en el dormitorio llamado de las Lechuzas y he conocido a unas cuantas niñas muy amables: Stella, Eva y Nora. También he conocido a Rose. La comida me recuerda a una novela famosa de Dickens, aunque no he visto a nadie repetir. Lo mismo se puede decir de los baños. Hoy he conocido a la señorita De Vere, que parece muy agradable. Me ha dejado La abadía de Northanger para que la lea. Por favor, escríbeme y cuéntame cómo la conociste. Y también, MUY IMPORTANTE, ¿puedes enviarme una caja con contrabando? Es decir, con COMIDA. Mete cosas que no se pongan malas, como pastel de frutas, sardinas y melocotones en almíbar. Si estás muy ocupado, pídele a

la señorita Lewis que lo haga.
Gracias.
Con amor, tu hija
Justina

Mucho más tarde, después de la colación nocturna, el pimpón y la partida de ajedrez con Irene, Justina se encontraba de nuevo en el viejo dormitorio. Estaba agotada y la cama de hierro, con su manta gris, parecía tan sugerente como una cama principesca con dosel. Cuando se apagaron las luces, encendió la linterna y abrió *La abadía de Northanger,* que había estado cargando todo el día en la mochila.

Abrió el libro y una nota resbaló entre sus páginas.

Si quieres saber qué le ocurrió a Mary, reúnete conmigo en la torre encantada, mañana, a medianoche.

Justina permaneció unos instantes con la mirada clavada en aquellas palabras, con el corazón latiendo a toda velocidad por los nervios. «Por fin —pensó—, ya tengo algo.»

Si pudiera sencillamente demostrar que se había cometido un asesinato allí, tal vez papá le permitiría salir del castillo de Drácula y regresar a casa.

Justina comenzó los preparativos de su investigación a la mañana siguiente. En clase de lengua, mientras las chicas estaban leyendo en voz alta algunos fragmentos de *El libro de la selva,* ella pensaba en el edificio que albergaba el colegio y sus alrededores. La torre estaba a unos cinco minutos, detrás del gimnasio y la vieja piscina. La mayor dificultad consistiría en salir del colegio sin que la vieran. ¿Qué haría Leslie Light en su lugar? El problema era que Leslie parecía resolver la mayoría de sus casos sentada en un sillón de su residencia universitaria en Oxford. Iba a tener que ser más activa si quería resolver algo.

Cuando cambiaron de aula para la siguiente clase, Justina sacó la nota de su mochila. La letra era limpia y con buena caligrafía. ¿Sería una alumna o alguien fingiendo que era una alumna? Estaba escrita con pluma, con una peculiar tinta azul verdosa. Justina decidió observar cuidadosamente todos los utensilios de escritura de sus compañeras.

—Muévete, Justina —le espetó alguien—. Estás en medio del pasillo. —Justina metió rápidamente la nota de nuevo en la mochila. Al parecer, «¡Muévete!» era una da las cosas que más se decían en Highbury House, junto con «¡Con más brío!» y «¡Date prisa!». Le parecía que siempre estaba estorbando o que llegaba tarde a una cosa u otra.

Al acabar el día, Justina empezó a ponerse cada vez más nerviosa pensando en la cita de medianoche. Antes de ponerse con los deberes, vio a Hutchins, el hombre-para-todo del colegio, cerrando las puertas y echando los grandes cerrojos de la puerta principal. Pero la puertecilla incrustada en el portalón parecía que todavía estaba abierta. Tal vez Hutchins utilizaba esa puerta para salir a hacer la última ronda nocturna por el exterior. Ojalá. De lo contrario, podría tener bastantes problemas para salir.

En la hora de los deberes, Justina se puso manos a la obra. Cuando llegó a Highbury House, había empezado a elaborar un mapa del lugar añadiendo detalles a medida que los iba conociendo. Ahora lo miraba con detenimiento mientras agregaba un apunte sobre el suelo de madera del pasillo que había al salir del dormitorio, que crujía horriblemente, y las horas habituales de las rondas de la celadora. También había dibujado un mapa aproximado de los alrededores. Desde el dormitorio se podía ver la torre, así que eso significaba que estaba hacia el este. Tendría que rodear el gimnasio y aproximarse a la torre cruzando un pequeño bosquecillo de árboles con un aspecto deprimente.

—Stella —susurró—. ¿Qué pasa por la noche?

Stella levantó la mirada de su traducción de latín.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no sé… ¿alguna vez…? —Justina intentó recordar alguna actividad nocturna que fuera propia de las estudiantes —. ¿Hacéis alguna vez fiestas nocturnas o algo así?

Stella sonrió.

—A veces. La celadora hace sus rondas por la noche, pero habitualmente acaba a las diez. Aunque tiene un oído asombrosamente bueno. Hay que guardar mucho silencio. El trimestre pasado Eva tuvo una pesadilla y se cayó de la cama. Nos pusieron a todas una advertencia por mal comportamiento, y más deberes.

—¿Y fuera? —preguntó Justina—. ¿Alguien vigila fuera?

—¿Fuera? —exclamó Stella—. ¿Y por qué ibas a salir fuera?

—Cuando acabéis de chismorrear, chicas… —Justina levantó la mirada y vio que Helena Bliss había aparecido silenciosamente y por sorpresa junto a su pupitre.

Comprendió que era una práctica habitual que una de las delegadas vigilara durante la hora de los deberes, seguramente porque así las profesoras podían ir a descansar frente a la chimenea de su cuarto de estar con una copa doble de brandy.

—Lo siento, Helena —se disculpó Stella.

—No quiero ponerte una advertencia —advirtió Helena.

Se permitió dudarlo. Pensaba que Helena tendría la semana resuelta si les ponía una advertencia por mal comportamiento. Pero ofrecerle una disculpa era todo lo que podía hacer.

—Lo siento —dijo.

Helena le lanzó una mirada severa.

—Haré la vista gorda hoy por ti, Justina, porque eres nueva y aún no sabes cómo nos comportamos en Highbury House.

—Vale.

—Se dice «gracias» —corrigió.

—De nada —murmuró cuando Helena se alejó envuelta en una nube de algo que olía a un perfume carísimo.

Parecía que aquella tarde iba a ser interminable, pero al final llegó la noche y la hora de apagar las luces. Justina no se atrevió a poner el despertador. En vez de eso, confió en su capacidad para mantenerse despierta recitando viejos juicios por asesinato.

El rey y el pueblo contra Stanley. Hombre acusado de asesinar a su amigo en una partida de póquer.

El rey y el pueblo contra Donagh y West. Primos acusados de asesinar a su tía anciana por su dinero. Uno fue declarado culpable; el otro fue absuelto.

El rey y el pueblo contra Hamilton. El hombre había matado a su mujer, pero decía que esta había emigrado a Australia. El embuste se perpetró al vestirse con la ropa de su esposa y dejarse ver en los muelles de Southampton.

El rey y el pueblo contra Pewsey. Este era fenomenal. Ama de llaves acusada de matar a su patrona. Entre las pruebas, las palabras pronunciadas por el loro de la víctima.

Poco a poco fue oyendo que la respiración de sus compañeras se hacía cada vez más tranquila y regular. Eva empezó a roncar, una especie de chillido bastante molesto

que, la primera noche, mantuvo despierta a Justina hasta altas horas de la madrugada. Bajo las mantas, encendió la linterna para comprobar la hora. Eran solo las diez.

El rey y el pueblo contra Williams.

El rey y el pueblo contra Hughes.

El rey y el pueblo contra Bayliss y Bayliss.

El rey y el pueblo contra Peruzzi.

Laura Peruzzi, una glamurosa actriz italiana, había quedado absuelta de todos los cargos tras haber sido acusada de asesinar a su marido infiel, a pesar de las abrumadoras pruebas que se presentaron contra ella. El padre de Justina había sido su abogado defensor. La chiquilla recordaba a su padre comentándoles el caso a ella y a su madre: «Lo único que tuvo que hacer fue llorar y decir, con esa voz maravillosa: "Yo lo quería". Un segundo después, el jurado estaba comiendo de su mano».

Chillido, chillido, desde la cama de Eva. Un búho ululó en la oscuridad del exterior. Oyó unos pasos junto a la puerta que avanzaban muy despacio: era el ruido de un calzado con suela de goma. ¿Sería la celadora haciendo la ronda?

El rey y el pueblo contra Goddard.

El rey y el pueblo contra Gregory.

El rey y el pueblo contra Cathcart.

A las once y media ya estaba lista. Se levantó de la cama tan silenciosamente como pudo y avanzó de puntillas hasta su taquilla, donde había escondido el abrigo y unos zapatos. La gabardina del colegio estaba en el armario del segundo piso, pero Justina había tenido el presentimiento de que en algún momento necesitaría salir en lo más oscuro de la noche (como le pasaba a todo buen detective), así que había escondido su abrigo en la taquilla del dormitorio. Con los zapatos en una mano y la linterna en la otra, salió sigilosamente de la habitación. Rose se revolvió levemente cuando Justina pasó junto a su cama, pero, gracias a Dios, no se despertó. «Probablemente estará teniendo una pesadilla, como que conoce a alguien con el pelo más largo y más rubio que ella», pensó.

El pasillo estaba a oscuras. Se arriesgó a encender la linterna e iluminó el suelo de madera y la pintura desconchada de las paredes. Pasó junto a otros dormitorios

con cuidado de no pisar los listones sueltos del suelo. En el de las Palomas, alguien estaba roncando tan fuerte que se podía oír desde fuera. Justina solo esperaba que las compañeras de habitación no se despertaran. Bajó de puntillas dos tramos de la escalera de piedra conocida como «la escalera de las criadas», pasó por el vestíbulo que conducía al refectorio, recorrió el pasillo donde estaban las campanillas de los criados, cruzó la pequeña estancia conocida como «el saloncito de la señorita De Vere» y accedió por fin al gran vestíbulo. Allí se quedó quieta y, en silencio, se puso los zapatos.

El gran carillón marcaba trabajosamente los segundos en la oscuridad. Pensó en toda la gente que a esa hora estaba dormida en el edificio. Pero había alguien que, como ella, tampoco estaba durmiendo: alguien que había planeado un encuentro furtivo en la torre embrujada. ¿Y estaba ella, Justina, lo bastante preparada para semejante encuentro? Bueno, ya era demasiado tarde para pensar en eso. Se desentumeció los hombros y, lanzando una última mirada a su alrededor para confirmar que no había nadie por allí, se acercó a la pequeña puertecilla incrustada en el gran portalón y giró el picaporte.

Tuvo suerte: estaba abierta. Hutchins debía de estar haciendo sus rondas nocturnas. La puerta dejó escapar un leve crujido cuando se abrió la hoja y Justina fingió una mueca de dolor; esperó unos segundos por si aparecía alguien. Pero el único ruido era el tictac del viejo reloj de pared. Haciendo acopio de valor, una vez más, Justina avanzó hacia la oscuridad de la noche.

En el exterior hacía un frío espantoso. La escarcha se quebraba bajo sus pies y el aliento se congelaba en el aire. «Bueno —pensó mientras avanzaba—, no hace mucho más frío aquí que en el baño por las mañanas.»

La luna brillaba con tanta intensidad que, en realidad, no necesitaba la linterna, pero seguía llevándola aferrada en la mano, por si acaso. Se volvió para echar un vistazo al edificio del colegio. Highbury House, que ya era bastante escalofriante a la luz del día, por la noche hacía todo lo posible por parecerse al castillo de Drácula: completamente a oscuras, con torreones amenazantes y ventanas pequeñas

apenas visibles. Justina le dio la espalda y siguió caminando penosamente hacia el gimnasio. Estaba más lejos de lo que le había parecido cuando la señorita Thomas las llevó a todas allí el día anterior. No tardó en ponerse a temblar descontroladamente y resbaló un par de veces sobre la hierba helada. Pero poco después pudo divisar la torre oscura elevándose en medio de la llanura.

Al igual que el edificio principal del colegio, el gimnasio parecía mucho más grande y más siniestro por la noche que a la luz del día. Justina lo rodeó apoyándose con una mano en la pared de ladrillo, refugiada bajo el alero. Se detuvo en la parte trasera justo a tiempo. Frente a ella había un agujero enorme, oscuro y aparentemente sin fondo. Enfocó la linterna hacia el agujero. Era un hueco rectangular, grande y, evidentemente, construido por la mano del hombre. ¿Sería una especie de trampa para animales? Pero luego recordó las palabras de la señorita Thomas: «En mis tiempos, si queríamos nadar, teníamos que romper el hielo en la piscina exterior».

¿Sería aquella la piscina vieja y abandonada?, se preguntó rodeándola con cuidado. Si caía dentro, era probable que no fuera capaz de salir de allí y lo último que quería era que la descubrieran en el fondo de una piscina vacía a primera hora de la mañana en la clase de gimnasia. Es decir, si no se congelaba esa noche.

Ahora tenía delante el pequeño bosquecillo y, al otro lado, la torre, un dedo negro señalando el cielo. Durante un instante, olvidando que era una investigadora temeraria, Justina tuvo el deseo repentino de dar media vuelta y correr, pero se obligó a seguir adelante, primero un pie y luego el otro. En esa parte el camino estaba embarrado, bajo los árboles, y tenía que pisar con cuidado, sin perder de vista la torre.

La luz de la luna se reflejaba en las ventanas enrejadas y conseguía que hicieran reflejos y brillaran tenuemente. ¿Era eso lo que había visto desde el dormitorio la otra noche? Pensó en la historia de miedo que le había contado Eva, lo de la chica que había muerto en la torre. «Aún se la puede oír llorar por las noches a veces». Unas nubes oscurecieron la luna. «Ya debe de ser medianoche», pensó. Permaneció quieta

en la oscuridad del bosquecillo, esperando. Y entonces pudo oírla… A lo lejos, la primera campanada de medianoche en el viejo reloj carillón del colegio.

¿Se presentaría la persona que le había escrito la nota? Puede que fuera una novatada y, cuando regresara al dormitorio, encontrara a Rose y al resto de las chicas llorando de la risa; e incluso podría encontrarse con la celadora esperando con el cuaderno de anotaciones de mala conducta en la mano. Durante unos instantes casi deseó que eso fuera lo que ocurriera. Pero entonces, justo cuando dejaron de sonar las doce campanadas, oyó unas pisadas.

Alguien iba caminando hacia la torre con paso firme y decidido. Se le aceleró el pulso. Justina dio un paso atrás y se ocultó tras el árbol más cercano. Estaba firmemente decidida a ver al recién llegado antes de que la viera a ella.

Volvió a salir la luna tras las nubes y la torre refulgió con una luminosidad sobrecogedora. Suficiente luz, en cualquier caso, para que pudiera ver a la señorita Thomas junto a la puerta de madera con un gesto sombrío y expectante en el rostro.

CAPÍTULO 8

De inmediato, Justina estuvo segura de una cosa: ella no iba a quedarse allí para mantener una agradable charla con su profesora de gimnasia. Comenzó a retroceder hacia el interior del bosquecillo. Una rama se quebró bajo sus pies y la señorita Thomas levantó la mirada:

—¿Quién anda ahí? —exclamó.

Dio media vuelta y corrió hacia la escuela tan rápido como pudieron sus pies, a través de los árboles, rodeando la piscina, pasando junto al gimnasio y por la hierba helada hasta la enorme puerta de roble de Highbury House.

Lanzó un suspiro de alivio cuando comprobó que el picaporte giraba. Gracias a Dios, la puertecilla aún estaba abierta. Empujó tan despacio como le fue posible y ya estaba a punto de entrar cuando se quedó helada: oyó unos pasos. Alguien estaba bajando la escalera. «Afortunadamente el vestíbulo está lleno de muebles enormes e inútiles», pensó. Justina corrió y se ocultó detrás de una vitrina de trofeos, e intentó calmar su respiración. Las pisadas se iban acercando cada vez más, era un andar masculino y torpe. «Hutchins», pensó. El hombre se detuvo en el vestíbulo y miró a su alrededor, como si estuviera realizando las últimas comprobaciones.

«No mires hacia aquí —rezó Justina—. Por favor, por favor,

no mires hacia aquí…»

Sus plegarias fueron atendidas. Hutchins avanzó directamente hacia la puerta de entrada y una ráfaga de viento helado entró por el zaguán cuando abrió el gran portalón y, tras una ojeada, lo volvió a cerrar desde fuera. A pesar de los fuertes latidos de su corazón, Justina pudo oír perfectamente cómo la llave giraba en la cerradura.

Dejó escapar todo el aire que había estado reteniendo en los pulmones. Con la seguridad de que había conseguido escapar, sintió que todo el cuerpo le flojeaba. Unos cuantos segundos más tarde y la habrían descubierto… o, peor aún, habrían cerrado la puerta y ella se habría quedado fuera toda la noche. Rápidamente se quitó los zapatos y pensó en la huida. Sería más seguro regresar por el saloncito de la señorita De Vere y el pasillo del refectorio, pero de repente sintió un deseo imperioso de estar de nuevo en la cama. Sería mucho más rápido ir corriendo por las escaleras principales. Esa ruta era más arriesgada y expuesta, pero ¿quién iba a verla si eran las doce y diez de la noche?

Con los zapatos en la mano, fue pasando sucesivamente por los diversos tramos de escalera y cruzó el rellano revestido en madera que conducía al pasillo del dormitorio. Estaba aproximándose ya a la puerta cuando se detuvo. Alguien iba hacia ella desde el otro lado, caminando muy deprisa. «¡Dios mío, otra vez! —pensó aterrorizada—. Esto parece Picadilly Circus.» Dio un salto hacia un aparador de caoba que había al final del rellano y se acurrucó a su lado justo cuando se abrió la puerta.

Justina apenas se atrevió a respirar cuando aquellos pies pasaron tan cerca de ella que casi la rozaron. Eran unos pies de mujer, metidos en unas buenas botas para caminar. No necesitó enfocarla con la linterna para identificar aquella esbelta figura. Era la señorita De Vere y llevaba un abrigo negro y sombrero. La directora bajó deprisa las escaleras, con aquellas botas que ahora parecían sorprendentemente ligeras, y luego Justina pudo oír el ruido de una llave al meterse en una cerradura. «Debe de ser la puerta pequeña.» Sí, hubo un pequeño y leve crujido cuando la directora cerró la puerta desde fuera.

Decidió darse prisa y no arriesgarse a encontrarse con nadie

más: salió corriendo por el pasillo y, en un segundo, ya estaba de nuevo en el dormitorio, metiéndose sigilosamente en la cama y suspirando de alivio.

Antes de dormir, sin embargo, sacó el diario de su escondite y, cubriéndose la cabeza con las mantas, escribió a la luz de la linterna:

EL MISTERIO DEL COLEGIO DE HIGHBURY HOUSE Y EL POSIBLE ASESINATO DE MARY

Recopilar los hechos y buscar un patrón (Leslie Light)
PRINCIPALES SOSPECHOSOS – VISTOS POR LA NOCHE:

1. Señorita Thomas
2. Señorita De Vere
3. Hutchins

—¡Justina! ¡Arriba!

—¿Qué? ¿Qué? —Se incorporó en la cama—. ¿Dónde está la señorita Thomas?

Stella se echó a reír.

—Muy mal deben de estar las cosas si estás soñando con la señorita Thomas. Ya son las siete y diez. Te has quedado dormida.

¡Las siete y diez! Saltó de la cama. Tenía que ir al baño si quería mantener su sitio detrás de Rose.

—Justina, *¡tus zapatos!*

Buscó el motivo de la mirada horrorizada de Stella. ¡Los zapatos estaban junto a la cama, espantosamente sucios y embarrados! Luego se miró a sí misma: el pijama también tenía barro en la parte de abajo.

—Salí… —empezó a tartamudear.

Los ojos de Stella se hacían cada vez más grandes.

—¿Cuándo? *¿Por qué?*

Justina era consciente de que Eva y Nora andaban rondando por la habitación y de la posibilidad de que Rose apareciera con su eterno pijama rosa y les preguntara qué hacían allí plantadas como dos bobas.

—No puedo explicártelo ahora… —dijo Justina, y luego añadió en un susurro—: ¿Habrá un momento a lo largo del día en el que podamos hablar a solas?

—Es miércoles —observó Stella mirándola aún con

preocupación—. Tenemos la tarde libre. Podemos ir a dar un paseo, si quieres.

—Genial —expuso Justina sacudiendo el barro de los zapatos debajo de la cama.

Gracias a Dios, se los había quitado en el vestíbulo. Así, por lo menos, no habría huellas de barro que la incriminaran, pero tendría que intentar limpiar el pijama de alguna manera. En cuanto Rose salió, Justina se lanzó corriendo y pasó a su lado —ignorando un «Eh, mira por dónde vas»—, cogió de pasada el neceser y se encerró en el baño ártico antes de que nadie pudiera ver el barro del pijama.

Como todo en Highbury House, el «tiempo libre» no era exactamente lo que se suponía que tenía que ser. No había clases, pero las opciones de entretenimiento y descanso estaban estrictamente limitadas. Podían salir a dar un paseo, pero solo por los alrededores y en grupos de dos o tres. También podían hacer los deberes o practicar con algún instrumento musical. Podían leer tranquilamente en la biblioteca, pero no periódicos ni revistas, por favor. Y nada de novelas de detectives. Solo novelas instructivas. A las de sexto les permitían ir al pueblo. Se rumoreaba que Helena Bliss sabía conducir y que una vez la habían visto al volante del descapotable de su padre. Justina descartó aquello diciendo que eran imaginaciones fantasiosas; no creía que jamás hubiera hecho el suficiente calor en Romney Marsh como para ir en un descapotable.

Después de comer, a las chicas se les permitía subir al dormitorio para ponerse ropa de calle. Stella se quedó vigilando mientras Justina se colaba en el servicio y raspaba un poco el barro de los zapatos con la lima de uñas. Raspó el barro en el váter (la cisterna burbujeó durante una eternidad) y enjuagó las suelas traicioneras en el lavabo. También intentó quitarse el barro del pijama, pero en este caso tuvo menos éxito. El agua se volvió marrón, pero la tela aún parecía sucia y, además, ahora los pantalones estaban mojados de rodilla para abajo. No había radiadores en las estancias de los pisos superiores, así que no había donde calentarlos para que se secaran. Al final, como nadie miraba, decidió colgarlos en la parte interior de su taquilla y esperar

que no se produjera un desastre.

Se encontró en las escaleras con Eva, que estaba perdida y sola porque su inseparable amiga, Nora, tenía cita con el dentista. Hubo un momento delicado, cuando pareció que Eva iba a acompañar a Justina y a Stella en su paseo. Pero, en el último minuto, Eva decidió que hacía demasiado frío y se quedó en la biblioteca con un tebeo escondido en su libro de vocabulario de francés. Stella y Justina firmaron en el registro de la celadora para salir. Justina estaba aterrorizada ante la posibilidad de que la celadora la mirara de arriba abajo y se diera cuenta del barro de sus zapatos. Pero no se dio cuenta y un segundo después… ¡ya eran libres! ¡Durante toda una hora maravillosa!

Cruzaron los campos de *lacrosse*. Era una tarde fría y luminosa, pero en esos momentos —solo eran las dos de la tarde— las sombras ya empezaban a alargarse.

—A las tres ya habrá oscurecido —expuso Stella—. Odio el invierno.

De repente, Justina pensó en la Navidad y en cómo le gustaba a su madre celebrar el Adviento. Todos los días de diciembre había pequeños regalos, cosas de nada, como caramelos o una libreta o un pañuelo con una J bordada. Este año se suponía que solo estarían ella y su padre.

—Yo odio el invierno también —admitió.

Caminaron en silencio durante un rato. Los alrededores estaban salpicados con otras chicas uniformadas de marrón, caminando en pareja, pero no había nadie a una distancia a la que se pudiera oír nada de lo que dijeran. Cuando llegaron al final de los terrenos del colegio, pudieron ver las marismas, que se extendían en todas direcciones; las gaviotas se abatían una y otra vez sobre los marjales. Se detuvieron y se apoyaron en la valla. Justina achinó los ojos intentando ver el mar a lo lejos. Por allí debía de estar. A veces se le oía susurrar por la noche. Pero ahora las olas grises se mezclaban con los pantanales grises y no se podía saber dónde empezaba una cosa y acababa la otra.

—Bueno, ¿así que me vas a contar por qué saliste a pasear por el barro anoche? —preguntó Stella al final.

Después de todo, resultó sorprendentemente fácil. Le dijo a Stella que había recibido una nota y le contó que por eso

había salido fuera a medianoche.

—Dios mío, Justina… —elogió Stella mirándola casi de soslayo—. ¡Qué valiente! ¿Cómo te has atrevido?

—Solo quería saber la verdad sobre Mary —admitió Justina —. No fui especialmente valiente. Deberías haberme visto correr después de que apareciera la señorita Thomas.

—Pero ¿tú crees de verdad que pudo ser la señorita Thomas la que te dejó la nota? —preguntó Stella—. Me refiero a que es… una maestra.

—No lo sé —contestó Justina—. La persona que escribió la nota decía que sabía algo sobre la muerte de Mary. Pero si lo hizo la señorita Thomas, ¿por qué iba a querer decírmelo a mí?

—¿Y quién más pudo ser? —se preguntó Stella, con el entrecejo fruncido en su reflexión—. Es decir, no había nadie más ahí fuera anoche…

—La señorita De Vere estaba levantada —dijo Justina—. La vi salir cuando yo volvía a la habitación. Llevaba ropa de abrigo. Puede que fuera también a la torre. Y la nota estaba en el libro que ella me dio.

—¡Pero es la directora…! —exclamó Stella casi como un lamento.

Parecía incapaz de creer que las maestras pudieran comportarse de un modo tan extraño y clandestino. Justina imaginó que ese era el resultado de ocho años de colegio. Decidió intentar otra estrategia:

—Mirémoslo desde otro ángulo —propuso—. ¿Qué sabes tú sobre la muerte de Mary?

—No mucho —admitió Stella frunciendo el ceño de nuevo —. Ya te lo dije. Ni siquiera supimos que había muerto hasta que vimos la furgoneta del enterrador.

—¿Y qué me dices de ella, de Mary? ¿Hablaste con ella alguna vez?

—Solo una vez. —Golpeó con la punta del zapato un terrón con hierba—. No se nos permite hablar con las criadas. Ya sé que es horrible, pero es una norma. Pero una tarde vi a Mary en la biblioteca. Las criadas generalmente no van a la biblioteca, así que le pregunté qué estaba haciendo. Me dijo que la señorita De Vere le había pedido que ordenara algunos viejos archivos.

—¿Y eso cuándo fue?

—Alrededor de una semana antes de que muriera.

—¿Y te pareció que estuviera enferma?

—No. En fin, no hablé con ella mucho rato… La señorita Thomas se presentó allí y me dijo que me fuera y no hablara con la criada. Pero no me pareció que estuviera enferma.

—¿Y de qué se supone que murió?

—De neumonía, creo. Eva se lo oyó decir a la celadora.

Justina se quedó pensando un momento.

—Stella, ¿qué era eso que ibas a decirme, lo que Dorothy le dijo a Rose? —Stella pareció confusa—. Ya sabes, cuando hablamos la última vez de Mary… dijiste que Dorothy le había dicho algo.

—¡Ah, eso…! —exclamó Stella—. ¡Ah, ya sabes cómo es Dorothy! Es un poco rara a veces. Está un poco colada por Rose, creo, y una vez le dijo a Rose que tuviera cuidado porque…

La voz de Stella titubeó y fue apagándose.

—¿Porque qué, Stella? —insistió.

—Porque hay un asesino en el colegio —concluyó Stella con un susurro y clavando la mirada en la mirada de Justina —. Ay, Justina, todas pensamos que era una broma. Tú no creerás que es verdad, ¿no?

No quería asustar a Stella, pero tampoco quería mentirle. Al contrario que Rose y el resto de las alumnas de Hihgbury, Tenía ciertos conocimientos sobre los asesinatos y estaba casi segura de que aquel no era un asunto de risas.

En todo caso, sabía con quién tendría que hablar a continuación.

La celadora estaba esperándolas cuando regresaron y tachó los nombres de la lista.

—Discúlpenos, celadora —le dijo Justina intentando adoptar el justo tono humilde de una buena chica del colegio —, tenemos un poco de barro…

—¿Qué demonios habéis estado haciendo, Justina? ¿Saltando en los charcos?

Era el recurso más inteligente para tener una coartada, porque ahora nadie podría demostrar que el barro de los zapatos de Justina era del día anterior o de ese, incluso

aunque los campos de deporte no estuvieran tan embarrados. Stella casi no tenía barro en los zapatos. Justina no pudo sino sentirse orgullosa de sí misma. También esperaba que las enviara a las dependencias de las criadas para limpiarse los zapatos; así podría buscar a Dorothy. Y, efectivamente, después de un surtido de comentarios y advertencias sobre la irresponsabilidad, la celadora les dijo que bajaran al almacén y se limpiaran los zapatos.

El almacén era una habitación desoladora, con fregaderos de piedra y enormes armarios… Lo peor era que no se veía a Dorothy por ningún lado. Decepcionada, Justina empezó a rasparse el barro y a frotar el betún marrón rojizo Cherry Blossom.

—«¿Qué demonios habéis estado haciendo, Justina?» —dijo Stella con una imitación tan buena de la celadora que Justina levantó la mirada, casi esperando que la mismísima celadora estuviera allí—. «El betún de los zapatos es caro, ¿sabéis? Las chicas de hoy en día no tienen ni idea de cómo administrar un hogar».

Justina intentó mantenerse seria.

—Lo siento, celadora —se disculpó poniendo voz de tontaina—. Solo estoy abrillantando los zapatos para que estén tan bonitos como los de Helena Bliss. Helena limpia los suyos con polvo de ángel, ¿lo sabía?

Su amiga estalló en carcajadas y ella no pudo evitar hacer lo mismo. Era agradable, pensó, tener una amiga con la que poder hacer esas cosas. Así, incluso limpiar los zapatos en una despensa gélida podía resultar divertido.

—¡Chicas!, ¿qué estáis haciendo? —preguntó una voz distinta, no la de la celadora, gracias a Dios, sino otra, y con un acento francés tan acusado que Justina con frecuencia pensaba que debía de ser fingido. Era monsieur Pierre, el profesor de francés.

—Estamos limpiándonos los zapatos, monsieur Pierre — explicó Stella.

—Pues no lo parece. ¡Parece una algarabía horrible!

El señor Pierre entró en el almacén y las observó atentamente por encima de sus pequeñas gafitas redondas. Era el ídolo residente de la escuela, lo cual, según pensaba Justina, tenía mucho que ver con el hecho de que fuera el

único profesor varón. Pensaba que tenía un aspecto de lo más vulgar, con ese pelo rubio ceniza, un bigotillo fino y unas gafas que le conferían un aire de estudiantillo empollón. Pero, claro, el otro hombre que había por allí era Hutchins, que parecía el hermano aterrador del monstruo de Frankenstein.

En esos momentos, monsieur Pierre estaba mirando concienzudamente los zapatos de Justina. A pesar de la generosa ración de betún, aún había un montón de barro por todas partes, en los zapatos y en el suelo.

—¿Dónde han estado ustedes, señoritas? —preguntó el profesor de francés.

—Fuimos hasta los campos de deporte —contestó Justina.

Monsieur Pierre achinó los ojos desconfiado.

—El único lugar donde hay tanto barro es en el bosque que hay junto a la torre. ¿Ha estado usted…?, ¿cómo lo llaman ustedes…?, ¿fuera de la propietaria?

—Fuera de la propiedad —corrigió Justina con voz servicial —. No, no hemos salido del recinto del colegio esta tarde. — No era mentira, se dijo, pero tal vez lo mejor sería no mencionar que había estado en el bosquecillo de la torre la noche anterior.

Monsieur Pierre miró de soslayo a Justina durante unos instantes, tras los destellos de sus gafas.

—Muy bien —aceptó al final—. Daos prisa. La campana para la hora del té sonará dentro de un minuto.

Así que se dieron prisa, pero Justina no pudo sino extrañarse de que monsieur Pierre hubiera andado últimamente por el bosquecillo embarrado que había cerca de la torre para saber que estaba en esas condiciones.

A la hora del té, Justina buscó a Dorothy confiando en que le tocara servir la merienda, pero solo estaba la cocinera poniendo el cacao y mirándolas como si deseara que fuera arsénico líquido. ¿Sería tal vez la tarde libre de Dorothy? Quizá podría acercarse a los fregaderos de la cocina para comprobarlo. Intentando evitar las miradas de las profesoras, Justina se escabulló de su sitio. Apenas había conseguido llegar a la puerta y avanzar unos pasos por el pasillo cuando tropezó con Nora, que volvía del dentista; la había llevado Nye en el taxi.

—Hay un paquete para ti —anunció—. La celadora lo tiene en su despacho.

Justina corrió escaleras arriba. ¿Sería de papá? No tenía muchas esperanzas.

Cuando llegó allí, la celadora estaba comprobando la lista de la lavandería.

—¿No estás en la merienda, Justina? —La celadora ni siquiera levantó la mirada.

—No, celadora. —Había aprendido que, en el internado, a una siempre le preguntaban cosas cuya respuesta era completamente obvia. «No eres muy alta, ¿no?», «¿Has jugado alguna vez al *lacrosse*?», «¿Tu pelo no es muy corto?».

—Por favor, celadora —pidió empleando de nuevo su vocecilla de estudiante humilde y sumisa—. Nora dice que tiene usted un paquete para mí.

La celadora siguió tachando prendas de su lista mientras ella se movía nerviosa, apoyándose en un pie y en el otro, angustiada de impaciencia.

—Estate quieta, Justina.

Se quedó inmóvil y empezó a recitar de memoria los viejos juicios por asesinato. Al final, la celadora cogió un paquete bastante grande del suelo.

—Es de tu padre. Eres una chica con suerte.

—Sí, celadora. —Pudo ver que habían abierto el paquete.

—¿Te estás adaptando bien al colegio, Justina?

—Sí, celadora.

—Veo que te has hecho amiga de Stella Goldman.

—Sí, celadora.

—Es una buena chica, pero no pongas todos los huevos en una cesta.

—No, celadora. —¿Qué demonios quería decir?

—No es bueno tener solo una amiga. Puede dejarte tirada cuando más la necesitas.

¿Qué podía contestar a aquello? ¿Por qué estaba la celadora repentinamente interesada en sus amistades? No dijo nada y siguió mirándola intrigada. Por fortuna, después de estar esperando durante unos instantes más, la celadora por fin decidió entregarle el paquete.

—Tienes que llevarlo a las cocinas, aunque puedes quedarte con algunas golosinas para tus amigas.

—Gracias, celadora.

En la mesa de las Lechuzas, el paquete fue recibido con algarabía. Paquetito tras paquetito, a todos se los despojó del papel de Fortnum & Mason: pastel de frutas, galletas de chocolate, delicias turcas, sardinas, melocotones en almíbar, rollitos de salchichas, caramelos de frutas en una caja redonda con el emblema de los guardias de granaderos en la tapa. Alguien (la señorita Lewis, probablemente) había pensado incluso en meter en el paquete un abrelatas.

—Justina —suspiró Eva—, es la mejor caja de contrabando de la historia.

—No está mal —concedió Rose.

Se alegró de que su paquete de contrabando tuviera un recibimiento tan bueno, pero se sintió un poco decepcionada al ver que papá no había metido una carta o algo más personal para ella. Imaginó que estaría muy ocupado. La señorita Lewis debió de elegirlo todo, debió de envolverlo y enviarlo. Bueno, lo había hecho fenomenal.

—¿Una caja de contrabando? —Otra pregunta de la especie «Completamente Innecesaria». Esta vez procedía de una chica pelirroja que, a juzgar por la insignia de su blusa, era una delegada—. Será mejor que la quites de ahí —dijo—. Solo una golosina en la merienda.

—Coge un caramelo —ofreció Justina alargando la caja de los granaderos. Por el suspiro que pudo oír en la mesa, sospechó que ofrecer caramelos a las delegadas era otra cosa que simplemente «no se puede hacer». Pero la pelirroja solo dejó escapar una risa y cogió un caramelo de fruta. Luego se fue a la mesa de las de sexto.

—¿Has visto eso? —exclamó Eva—. ¡Pamela Powers ha cogido un caramelo!

—Sí, ¿no os parece sencillamente asombroso? —se burló Justina mirando con cara de incredulidad a Stella—. Y ahora, ¿cómo podemos escaquear todo esto y meterlo en el dormi para hacer un banquete nocturno?

Las Lechuzas ni siquiera esperaron hasta la medianoche. En cuanto la celadora pasó por allí con sus esponjosos zapatos de goma, a las diez, ellas se sentaron en el suelo con una linterna en el medio del círculo y abrieron la caja de comida. Justina

sorprendió a Rose mirando con suspicacia las manchas de barro de su pijama, pero el gusto de comer pastel de frutas y rodajas de melocotón había puesto a la jefa de dormitorio de buen humor y, por una vez, no abrió el pico.

Resultaba muy acogedor estar sentadas allí, juntas y acurrucadas, arropadas con las mantas, pero Justina podía oír el viento aullando en el exterior. Las ventanas temblaban y en algún lugar, en lo más profundo de la mansión, la tarima de madera crujía y las puertas se abrían y se cerraban.

—¡Vamos a contar historias de miedo! —exclamó Nora. Justina se fijó en sus gafas centelleando a la luz de la linterna.

—¡Ah, no, no, por favor! ¡Me da mucho miedo! —dijo Eva. Y bebió un trago de cerveza de jengibre con tanta ansia que le dio el hipo.

—No seas gallina, Eva —soltó Rose.

—¿Qué me decís de la historia de la torre embrujada? —preguntó Justina aprovechando por fin una oportunidad. Tal vez aquello le permitiría encontrar la pieza del puzle que necesitaba para resolver el misterio.

Eva protestó con un leve gruñido, pero era evidente que Nora estaba encantada con la tarea de ser la narradora. Se subió las gafas y colocó la linterna para que la luz la iluminara desde abajo, lanzando sombras aterradoras y monstruosas en el techo.

—Hace muchos años… —empezó Nora, con la voz grave y cautivadora—, esta mansión fue propiedad de la familia Highbury. Por eso se llama Highbury House. En fin, resulta que los Highbury tenían una hija, una niña llamada Grace. Grace era preciosa, con una melena larga y rubia, pero era una chica independiente y tozuda. Sus padres querían que se casara con un primo rico, pero Grace se enamoró del jardinero, que era guapísimo y encantador, aunque muy pobre. Cuando sus padres descubrieron estos amores, se pusieron furiosos. Su padre, lord Highbury, ordenó que Grace se casara con el primo inmediatamente y, cuando ella se negó, la encerró en una celda, en lo alto de la torre.

»No le daban ni comida ni agua, pero ella siguió negándose a renunciar a su verdadero amor. Por la noche lloraba amargamente y, al final, gritaba de agonía en aquel suplicio, pero, claro, nadie podía oír sus gritos. Un día, cierto criado

entró en la torre y encontró muerta a Grace, aferrada a un camafeo que llevaba un retrato de su jardinero. Los fantasmas se adueñaron de la torre. A ella la llaman «el Fantasma Rubio» porque su pelo brilla a la luz de la luna. A veces, por las noches, se pueden oír sus sollozos…

Todo el mundo estaba atendiendo el relato de Nora con los ojos como platos y la boca abierta. Entonces oyeron unas pisadas. Había alguien caminando por el pasillo; alguien con un paso lento pero inexorable. Eva sofocó un leve gritillo.

—Es la celadora —dijo Stella con la voz ahogada, y apagó de inmediato la linterna.

Las Lechuzas permanecieron allí sentadas, en un aterrorizado silencio. Las pisadas se detuvieron justo en la puerta del dormitorio. Eva no pudo controlar el hipo y Rose le puso la mano en la boca. Entonces, lentamente, oyeron cómo los pasos se alejaban hacia otros dormitorios.

—Sssh… —ordenó Rose—. No os mováis todavía.

Hasta que no oyeron cómo se abría y se cerraba la puerta del final del pasillo, no pudieron respirar con tranquilidad.

—¡Uf! Eso ha sido más aterrador que la historia de miedo —apuntó Stella volviendo a encender la linterna.

—Rápido, vamos a limpiar todo esto, no sea que se le ocurra volver —ordenó Rose, y todas se pusieron en pie de un brinco y recogieron toda la comida que quedaba.

—Guárdala en el armario de la lavandería —propuso Nora —. Aún queda suficiente para otro festín.

Cinco minutos después toda la comida estaba guardada y las chicas metidas en la cama. Durante unos instantes, las Lechuzas permanecieron quietas bajo las mantas. Entonces, Stella dijo:

—Gracias, Justina. Una fiesta brillante.

—Gracias, Justina —murmuraron las otras.

Ella se estiró en la cama sintiendo… ¿qué sentía? Estaba sofocada por la amenaza de la celadora, un poco aterrorizada (tenía que admitirlo) por la historia de miedo y… bueno, también feliz. Feliz de que sus compañeras de dormitorio hubieran disfrutado del festín, feliz por haber compartido aquellos momentos de risas… y de miedo y tensión también. «A lo mejor la gente va al colegio por esto —pensó—. Para compartir experiencias.» Aquella era una idea novedosa: ¡se

podía decir algo positivo de Highbury House!

Sintió el bulto de la lata de los guardias granaderos bajo la almohada. No sabía por qué la había puesto allí. Tal vez era solo porque la lata, con sus pequeños soldaditos vestidos de rojo y negro, parecía un mensaje de papá, algo que le daría consuelo cuando tocara la lata con la mano durante la noche. Cogió la caja con fuerza y entonces notó que había algo pegado en la parte de abajo. Buscó la linterna. Sí, había un sobre en la parte inferior de la lata, con el nombre de Justina. Lo abrió y empezó a leer.

He pensado que sería más seguro comunicarme contigo de este modo clandestino. Pero el secreto de cómo conocí a la señorita De Ver debe esperar hasta que te vea en vacaciones. Espero que el internado no sea demasiado aburrido. Tal vez encuentres algún misterio para estar entretenida.
Veritas y fortitudo.

Papá

Ahora que su padre había dicho que iba a ir a verla al internado, Justina estaba deseando que llegaran las minivacaciones trimestrales. Procuraba no hacerse ilusiones, porque sabía lo muy ocupado que estaba siempre su padre, pero no podía evitarlo. Iba tachando los días en su diario. El tiempo parecía comportarse de un modo extraño en el internado. A veces avanzaba tan despacio que, sinceramente, se preguntaba si el tiempo se habría detenido para siempre; cuando estaba jugando al *lacrosse* en el campo helado, por ejemplo, o haciendo lo que en Highbury House se llamaba «ciencia». En el colegio no había laboratorios, así que las clases consistían en leer manuales escritos a principios de siglo o en dibujar laboriosamente secciones verticales de flores, siempre bajo la atenta mirada de la señorita Loomis, la maestra de ciencias. En otras ocasiones, cuando estaba leyendo en la biblioteca o riéndose de una broma con Stella, parecía que el tiempo de repente había dado un salto imposible: ¡ya llevaba en Highbury House cuatro semanas, un mes!

Resultaba un poco deprimente pensar que, al ver a una chica con uniforme marrón dando vueltas por el patio o comiendo en el refectorio, un testigo ajeno al colegio pensara que era simplemente una estudiante común y no una

detective disfrazada dispuesta a desenmascarar un siniestro plan de asesinato. A veces, incluso la misma Justina se olvidaba de ello. Mamá siempre solía decir que la vida en un colegio normal conseguía nublarte las facultades mentales, y ella empezaba a comprobar que efectivamente era así. Antes de darse cuenta, ya estaba preocupándose por superar a Alicia en los exámenes de mates y especulando abiertamente sobre quién se llevaría el papel protagonista en la obra de Navidad.

Y sí, superó a Alicia en el examen. Y, por supuesto, el papel protagonista en la obra de Navidad (el arcángel san Gabriel) fue para Helena Bliss, con dos delegadas como ángeles ayudantes. Rose iba a ser también un ángel, la única estudiante de segundo a la que se le concedería ese honor. «A lo mejor es porque me parezco a Helena», decía. Justina pensaba que era solo una cuestión de tiempo que Rose acabara bordándose aquella frase en el jersey del colegio.

Las minivacaciones trimestrales y la llegada de la «gente» eran los temas favoritos en las conversaciones de las chicas. Por lo que Justina pudo deducir, la ocasión era una especie de espantoso concurso de belleza con toda la escuela reunida en el refectorio donde a los padres que iban de visita se los obligaba a exponerse al juicio chismoso de cuatrocientos ojos curiosos y criticones.

—Es terrible —dijo Stella—. Todo el mundo mirando a ver si las madres llevan abrigos de piel buena y si los padres se están quedando calvos.

—¿Van a venir tus padres? —preguntó Justina, pensando que al menos su padre aún tenía una buena cabellera negra.

—No —contestó Stella haciendo una mueca tristona—. Bueno, da igual; supongo…

—¿Por qué? —insistió Justina. Entendió que Stella quería decir algo más.

—Bueno, es… duro —admitió Stella con la voz rota—. Ya sabes. Las otras chicas. En fin, mi madre no tiene abrigo de pieles, solo una gabardina vieja.

—Bueno, a la porra las otras chicas. Mi madre pensaba que llevar abrigos de pieles era una crueldad —protestó Justina.

Stella le dedicó una sonrisa.

—Me alegra mucho que hayas venido a Highbury House, Justina —le dijo.

Justina no se alegraba mucho de haber ido a Highbury House y su único plan era largarse de allí en cuanto pudiera. Y, sin embargo, las palabras de Stella la reconfortaron tanto que no pudo evitar decirle impulsivamente:

—¿Y por qué no sales conmigo y mi padre?

Justina quería a su padre para ella sola, pero Stella era su única amiga de verdad en aquel lugar y no quería condenarla a una tarde de juegos de mesa en la sala común con la celadora. Su proposición se vio recompensada con la mirada en el rostro de Stella.

—¿Estás segura? —preguntó Stella resplandeciente de repente—. ¿No prefieres pasar la tarde a solas con tu padre?

—No, está bien —dijo Justina—. Le encantará saber que ya tengo una amiga.

Hasta que llegó a Highbury House, sus únicos amigos de verdad habían sido su madre y Peter. En realidad, no había tenido necesidad de más. Pero en el internado tener amigas era esencial, y lo sabía. Eran tu protección, símbolo de estatus, la luz en la oscuridad. Y, además, de vez en cuando era agradable tener alguien con quien reír.

La escuela hervía de nervios aquella manaña: ¡llegaban los visitantes! Justina ya lo había notado antes; no se necesitaba mucho para que las chicas se vieran superadas por una especie de histeria colectiva. Ocurría con casi cualquier cosa —un pudin de chocolate con el té o la visión casual de un hombre—, pero resultaba bastante alarmante cuando ocurría.

—Estoy deseando ver a *mater* y *pater* —expuso Nora colocándose las gafas que llevaba ladeadas.

—A mí solo viene a verme mi madre —dijo Eva—. Pero me alegrará mucho verla de todos modos.

—Es un aburrimiento que venga mi madre —admitió Rose untando la mantequilla en su rebanada de pan—, porque fue alumna aquí y todo el mundo le baila el agua. La celadora, la señorita Thomas y todo el mundo. Resulta muy embarazoso.

Justina pensó que no había visto a nadie menos preocupado.

—¿Y por qué no le dices que no venga? —le preguntó amablemente—. O dile que se disfrace.

—Rose le lanzó claramente una mirada muy poco angelical.

—Oh, me temo que mi madre llamaría la atención de todos modos. Es una *Belleza*, ya sabes. —Y pronunció la palabra con mayúsculas, como si fuera un nombre propio. O un país lejano.

—No me puedo imaginar a la celadora bailándole el agua a nadie —admitió Justina.

—Oh, mi madre era la mejor amiga de la hija de la celadora, Dilys —explicó Rose—. La celadora la adora. Y respecto a la señorita Thomas, bueno… mi madre era la estrella del equipo de *lacrosse*, así que ya os lo podéis imaginar.

—¿Y la señorita De Vere? —preguntó Eva—. ¿Le dio clase a tu madre?

—Sí —contestó Rose—. Fue su maestra de lengua. Pero creo que a mi madre no le interesaba mucho. No es muy aficionada a los libros, la *mater*.

«Tiene sentido», pensó Justina. Rose no era estúpida, precisamente, pero ella había empezado a darse cuenta de que los resultados de sus exámenes eran mucho mejores cuando estaba sentada al lado de la inteligente Alicia.

—Y el *pater* es un diplomático muy importante —siguió Rose, como quien pretende restregárselo por la cara a los demás—. Siempre está saliendo en los periódicos de Londres.

—¿Y tu padre, Justina? —preguntó Nora—. ¿Estás contenta de poder verlo?

—Sí —admitió Justina. De hecho, estaba tan contenta de poder verlo que se había despertado sintiéndose casi mareada.

—Seguro que es viejo —le murmuró Rose a Eva, aunque pudo oírse claramente.

Pero cuando Herbert Jones, el jurista consejero de la reina, avanzó elegantemente por el refectorio, Justina pudo observar que las chicas se quedaban totalmente impresionadas. Ella ya sabía que su padre era apuesto. Era alto y siempre iba bien vestido, con una buena cabellera y todos los dientes, pero para ella solo era «papá».

—¿Qué tal, Justina? —Al menos no intentó hacer nada vergonzante como darle un beso—. ¿Lista para ir a dar una vuelta?

—Sí —confirmó Justina poniéndose en pie—. Papá, esta es

Stella. Va a venir con nosotros.

—Maravilloso. —Su padre le dedicó a Stella una gran sonrisa y le ofreció la mano—. Encantado de conocerte, Stella.

Parecía encantado de que su pequeña hubiera hecho una amiga. En parte se sentía un poco ofendida (¿acaso su padre pensaba que era tan torpe en las relaciones sociales como para no tener amigas?), pero estaba contenta de que hubiera sido tan amable con Stella.

—Gracias por llevarme. —Stella se estaba ruborizando casi febrilmente, pero consiguió darle la mano al señor Jones con una compostura aceptable.

—¡Andando! —Justina no pensaba presentarle al resto de las Lechuzas, ni siquiera aunque Rose se estuviera acicalando el pelo con más furor que nunca.

Cuando salían, Justina vio a una mujer rubia que debía de ser la madre de Rose, y la estaba abrazando una efusiva señorita Thomas.

—¡Querida Serena —decía la maestra de gimnasia y deportes—, es maravilloso volverte a ver!

—¡Querida Tommy! —le contestaba la mujer… *¡Tommy!* Justina se quedó con aquello. Serena iba acompañada de un hombre con el pelo cano: obviamente, era el diplomático importante y el *pater* de Rose. Justina les lanzó a ambos una mirada granítica cuando pasaba junto a ellos.

La señorita De Vere se encontraba en la puerta, dando una encantadora bienvenida a todos los padres. Adelantó la mano hacia el padre de Justina.

—Señor Jones. Qué agradable volver a verle.

—Señorita De Vere. Siempre es un placer.

Los observó atentamente. ¿Cómo habían llegado a ser tan amigos papá y la señorita De Vere? Y, de todos modos, ¿de qué se conocían?

—Es un placer tener a Justina con nosotros —dijo la señorita De Vere—. Es una niña muy inteligente.

Resultaba agradable escuchar aquello, en todo caso. Su padre asintió levemente con un carraspeo y dijo:

—Tengo su libro en el coche. ¿Me lo firmará cuando traiga a su hija?

—Será un placer.

¿Qué estaba ocurriendo allí? ¿La señorita De Vere había escrito un libro? Justina tenía un montón de preguntas que hacerle a su padre cuando estuvieran solos.

La mayoría de los padres habían decidido llevar a sus hijas a merendar al The King's Arms, un hotel de Rye con un aspecto deprimente. Pero el padre de Justina tenía otros planes.

—He pensado que podríamos ir a dar una vuelta —propuso mientras el coche avanzaba en dirección a las marismas—. He oído que hay un lugar cerca de aquí que se llama la Brecha del Tribunal. Me intriga ese nombre.

Justina se arrellanó en el asiento, disfrutando del calor del coche y viendo pasar a toda velocidad los terruños grisáceos. Era maravilloso estar con papá de nuevo, ver sus grandes manos sobre el volante y su temeraria manera de conducir.

—Un coche bárbaro, señor Jones —alabó Stella desde el asiento de atrás—. ¿Qué es?

—Es un Lagonda —explicó Herbert Jones—. Lo llamo Bessie.

—Ahora vamos a cincuenta kilómetros por hora —anunció Justina, dispuesta a impresionar a Stella con el poderío de Bessie.

—¡Dios bendito! —exclamó Stella.

Resultó que la Brecha del Tribunal se encontraba a pocas fincas de allí: era apenas una aldea colgada a la orilla de la costa. Estuvieron caminando un rato por la playa: los arenales se extendían kilómetros y kilómetros, salpicados por algunas lenguas de mar y ocasionales balsas de agua, de un azul brillante que relucía con el sol de la tarde.

—Aguas someras… —dijo el señor Herbert Jones lanzando una piedra para que rebotara en el agua de una balsa—. Debió de haber cientos de naufragios aquí.

—¿Ah, sí? —exclamó Justina achinando los ojos para mirar el mar en la distancia. Recordaba que su madre le había contado una historia sobre un barco fantasma. El Holandés Errante se llamaba. A lo mejor papá se acordaba también, porque de repente la cogió del brazo—. ¿Todo bien?

—Sí —confirmó Justina—. Claro que sí… —Stella se había alejado discretamente para examinar algunas conchas marinas.

—Echas de menos a mamá, ya lo sé —dijo el señor Jones en un tono tranquilizador.

—Sí. —A veces Justina pensaba que daría cualquier cosa por hablar con alguien de mamá. Pero ahora, por alguna razón, solo quería que su padre no continuara.

El señor Jones le dio un leve apretón en el brazo y la soltó. Escogió luego otra piedra plana para hacerla rebotar en el agua y, esforzándose en hablar con una voz alegre, dijo:

—El internado no está tan mal, ¿no? La señorita De Vere dice que te estás portando muy bien en los estudios.

—¿Cómo lo sabes?

Su padre lanzó la piedra. Rebotó una, dos, tres veces. Luego se volvió hacia Justina.

—Me envió un informe. Una cosa rutinaria.

Eso no resultaba muy agradable. Las preguntas se amontonaban en la cabeza de Justina.

—Papá, ¿tú de qué conoces a la señorita De Vere?

El señor Jones dejó escapar una carcajada.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí —dijo Justina tranquilamente—. Si no, no te lo habría preguntado.

—La representé en un caso.

—¿Un caso de divorcio? —preguntó Justina. Conocía a un montón de gente que todavía pensaba que el divorcio era un escándalo. Seguramente por eso era por lo que la señorita De Vere había vuelto a utilizar su nombre de soltera. En esos casos, la gente como la madre de Rose no paraba de cotillear.

—En cierto sentido —admitió su padre. Justina pensó que iba a decir algo más, pero, en ese momento, Stella apareció con un montón de conchas.

—Nos vamos y comemos algo, ¿no? —propuso el señor Jones.

Comieron algo en un *pub* pequeño y divertido: era como estar en el interior de un barco. Justina y Stella pidieron pescado y patatas fritas. No, le aseguraron al padre de Justina, no estaban interfiriendo con la cena llamada «colación»; además, la «colación» probablemente sería niño muerto de todos modos.

—¿Niño muerto? —preguntó el señor Jones—. Santo Dios.

Y bebió pensativamente un buen trago de cerveza.

Un poco después, Stella le hablaba al padre de Justina sobre su familia.

—Somos ocho hermanos —le explicaba—. Papá es abogado, así que no gana mucho. —Y se volvió a sonrojar—. Quiero decir, abogado pero no como un consejero de la reina.

—¿Cómo se llama? —preguntó el señor Herbert Jones.

—Joshua Goldman.

—Ah, lo conozco. Es un buen hombre.

El rostro de Stella se iluminó al oír aquello. Parecía que su padre le caía bien, pensó Justina. Stella le contó anécdotas sobre su mamá, que hacía todos los vestidos de la familia y una vez cosió el nombre equivocado en la equipación deportiva.

—Mis hermanas son Sarah y Sheila, así que a veces se confunde.

El señor Jones se rio a gusto y Justina se unió a las risas. Estaba encantada de que a papá también le cayera bien Stella, pero no podía evitar sentirse ligeramente rechazada de todos modos. ¿Cuándo iba a tener a su padre solo para ella? Por otro lado, si alguna vez estaban solos, ¿querría volver a hablar de mamá? Quería contarle a su padre lo de la muerte de Mary, pero ¿no sería tal vez mejor que resolviera el misterio por sí sola y le presentara los resultados finales y las conclusiones, como haría Leslie Light? Tenía dudas y, mientras, comía las patatas fritas lentamente y escuchaba a Stella hablar de las navidades en la familia Goldman.

Y entonces, antes de que su hija decidiera qué hacer o decir, el señor Jones miró su reloj y dijo que tenía que llevarlas de vuelta al internado.

—No más tarde de las seis, eso es lo que decía la carta. Será mejor que subamos al coche.

Ya era de noche cuando salieron del pub y emprendieron el camino de regreso a través de los marjales. Era como estar en el espacio, pensó Justina, o bajo el mar. La negrura, el vacío, todo a su alrededor era nada, salvo algún destello de luces ocasionales en el horizonte. Su padre canturreaba apenas bajo su respiración y Stella permanecía en silencio en el asiento de atrás. Justina deseó que el viaje no tuviera final.

Pero allí estaba de nuevo Highbury House, recortándose

amenazadora en el paisaje, aparentemente más negra que la misma noche. Stella le dio las gracias al padre de Justina por la tarde que le había brindado y se apresuró a entrar en el colegio dejándolos a solas.

—Bueno, Justina. Adiós.

—Adiós, papá.

El señor Jones le dio un beso en la mejilla a su hija.

—No olvides escribirme. Tus cartas son a veces demasiado formales.

—Es porque la celadora las lee —explicó Justina—. Necesitamos un código.

Pudo notar que aquello le encantaba a su padre. Su rostro, que había permanecido serio cuando Justina había mencionado que la celadora leía las cartas, se iluminó.

—Si necesitas mi ayuda —propuso—, solo escribe: «Peter está tocando a Bach» y vendré de inmediato. Lo prometo.

—De acuerdo —contestó Justina.

Parecía que su padre iba a decir algo más cuando una voz lo llamó:

—¿Señor Jones?

Era la señorita De Vere, que se dirigía hacia ellos.

—¿No quería que le firmara el libro?

—Claro, claro… —El señor Jones rebuscó en el coche y sacó un libro encuadernado en piel. La señorita De Vere sacó una pluma de su bolso y firmó en la primera página.

—Espero que le guste.

—Seguro que sí. Mira, Justina.

Le enseñó la dedicatoria. Justina la observó. Y la volvió a mirar. No era la firma lo que había captado su atención, aunque revelaba el fascinante hecho de que la señorita De Vere se llamaba Dolores.

No: era la tinta. Una peculiarísima tinta azul verdosa. Exactamente la misma tinta que se había empleado en la nota que le pedía que acudiera en la torre a medianoche.

Justina estaba deseando contárselo a Stella. En cuanto la celadora tachó su nombre de una de aquellas listas interminables, Justina corrió hasta el salón comunitario donde Stella estaba sentada leyendo un libro. Rose, que llevaba puesto un evidentísimo gorro nuevo de piel, estaba agasajando a sus fans con un relato pormenorizado de su día junto a la Belleza y el Diplomático.

—Stella… —dijo Justina.

Esta levantó la mirada.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —rogó Justina añadiendo en un susurro—: En privado.

Stella pareció confusa, pero fue tras su amiga hasta el rellano. Después, Justina la llevó a un pequeño cuartucho que había descubierto cuando estaba intentando completar el plano de Highbury House. Apenas era más grande que un armario y, al parecer, quedaba justo debajo del Torreón Norte. Las dos entraron allí y se sentaron en unos cajones que decían «Equipos eléctricos. No tocar».

—¿Qué pasa? —preguntó Stella, y su voz pareció bastante malhumorada.

«No importa —pensó Justina—, se le pasará cuando sepa lo que tengo que decirle.»

—¡La señorita De Vere escribió la carta!

—¿Qué carta?

—¡La carta! ¡La nota en la que me decía que me reuniera con ella en la torre! Bueno, al menos se escribió con la misma pluma. No podría asegurar nada sobre la caligrafía, porque las firmas eran diferentes, pero desde luego era la misma tinta: el color es inconfundible. Tengo que meterme en el despacho de la señorita De Vere como sea y ver si puedo encontrar más pistas. Puede que una de las maestras asesinara a Mary y ella lo sepa…

—¡Justina! —exclamó Stella, y parecía aún más enojada—. No puedes creer en serio que fuera la señorita De Vere la que te escribió esa nota…

—¿Por qué no? ¡Era su pluma!

—Los profesores no hacen esas cosas.

Justina recordaba a Stella diciendo algo parecido sobre la señorita Thomas. Pero los profesores son solo personas, ¿no?

—Yo creo que lo hizo —siguió Justina—. Y sea ella misma la asesina o sepa quién es el asesino, acabaré averiguándolo. Mi padre dice…

—A tu padre no le gustaría que te saltaras las reglas del colegio.

—¿Cómo lo sabes? —protestó Justina—. Si solo lo conoces de hoy.

Stella se puso blanca. Parecía que estuviera a punto de decir algo, pero solo se dio media vuelta y salió del cuarto sin decir ni una palabra más.

No pudo volver a hablar con Stella hasta que ambas estuvieron en el dormitorio, preparándose para irse a la cama. Ojalá tuviera más experiencia con amigos. ¿Qué hace una cuando ha molestado a una amiga y no sabe por qué? ¿Tiene que disculparse? ¿O no decir nada y esperar que el malestar simplemente se disipe? Al final, cuando ya estaban corriendo las cortinas del final de la estancia, Justina le dijo:

—Lo siento si te molesté antes…

Para su sorpresa, su amiga también dijo:

—Yo lo siento también. Era solo… Pasé un bonito día con tu padre y eso me hizo echar de menos a mi familia. Por eso estaba enfadada.

—Ah, vale —aceptó—. Entiendo. —Justina se dio cuenta de

que podía comprenderlo bien. Algo había ocurrido aquel día con su padre que también hizo que echara muchísimo de menos a su madre—. Y lo de la señorita De Vere… —empezó.

—¿Qué estáis cuchicheando? —gritó Rose desde el otro lado de la habitación—. Las luces se apagan en cinco minutos.

—Lo hablamos mañana —susurró Stella.

—Sí —asintió—. ¡Vale, Rose! ¡Ya nos metemos en la cama!

Era un alivio estar bajo las mantas. El dormitorio estaba más helado que nunca.

—Hutchins dice que va a nevar pronto —anunció Eva desde el fondo de la estancia.

—Me gusta la nieve —expuso Justina frotándose los pies helados para intentar que entraran en calor.

—No sabes qué significa eso aquí —replicó Nora con la voz espectral de sus historias de miedo—. Si nieva, nos quedamos totalmente aisladas. Hace unos años, nevó tanto que ningún tendero pudo llegar aquí y estuvimos a punto de quedarnos sin comida. Estuvimos comiendo pan y agua durante semanas.

—El agua también se congela —expuso Eva— y no podemos ni lavarnos por la mañana. Hace tanto frío que puedes ver tu aliento, incluso en la cama.

—De todos modos, hicimos un muñeco de nieve —recordó Nora—. Le pusimos un gorro y lo llamamos monsieur Pierre.

—Apago las luces —se oyó la voz de Rose mientras todas las demás se reían por lo bajo. Y la oscuridad se cernió sobre las Lechuzas.

El tiempo fue empeorando y cada vez hacía más y más frío. Había hielo por dentro de las ventanas en el baño y la mayoría de las chicas tenían tos y resfriados. Peor aún, el contrabando se había acabado y la comida en el comedor parecía más escasa que nunca. Eva decía que eso era porque la cocinera estaba acaparando alimentos por si acaso nevaba.

La idea de una inminente nevada empezó a inquietar a Justina. Si nevaba mucho, se quedarían atrapadas en Highbury House, posiblemente en compañía de un asesino. Se había sentido rara, de todos modos, desde el día en que fueron a la Brecha del Jurado. Ver a su padre solo había conseguido que acabara echándolo de menos mucho más y

aún estaba un poco disgustada por la discusión con Stella. Las amigas eran esenciales, eso era lo que sabía ahora, y parecía que, si una no era un poco cuidadosa, podía perderlas tan rápidamente como las encontraba.

Lo peor de todo era que tras la emocionante revelación de la tinta, Justina no estaba haciendo ningún progreso en absoluto en sus investigaciones. Había estado varias veces delante del despacho de la señorita De Vere, pero ella siempre estaba allí o la puerta estaba cerrada. Estaba empezando a preguntarse si debería preguntárselo a la directora directamente cuando de repente todo dio un giro inesperado.

Fue una semana después de la visita de los padres. Ella iba tranquilamente a la clase de lengua. No pensaba que valiera la pena darse prisa. Lo único que estaban haciendo esos días era ensayar la obra de Navidad. Justina era la narradora. Se sabía el papel de memoria y ya todo le resultaba tremendamente aburrido.

—«Y sucedió en aquellos días que César Augusto promulgó un decreto…»

—Al menos tú no tienes que sonreír como una tonta y decir «Yo soy la sierva del Señor» cuando Helena Bliss ondee un viejo pergamino delante de ti —dijo Stella, que hacía el papel de María. La mayor parte del texto de la obra era del arcángel san Gabriel y de sus esbirros alados, y Helena, por supuesto, también cantaría, acompañada por Irene y su chirriante violín.

Además, aquella mañana la mayoría de las niñas, Stella incluida, habían sido torturadas por la señorita Thomas, que las había arengado a cuenta de un partido próximo de *lacrosse*. Justina era una de las dos chicas del curso que no estaban en el equipo. Incluso Joan, que tenía una pierna más corta que la otra, estaba en la reserva.

Iba andando por el pasillo pensando en la última carta que había recibido de Peter. Su amigo le escribía bastante a menudo y ella se sentía fatal porque había estado tan ofuscada con su misterio que no le había contestado desde hacía mil años. Peter le contaba cosas de música, sobre todo; a menudo incluía fragmentos de partituras que ella no sabía interpretar, pero en su última carta le hablaba de las vacaciones de Navidad. «Mi madre me ha dicho que tú y tu

padre podríais venir a casa —le decía—. Sería genial, aunque tendré que practicar a Bach por las tardes». ¿A eso habían llegado ella y su padre?, pensó. ¿A ser invitados y acogidos en otras familias por lástima? Deseaba tener la capacidad para hacer la cena de Navidad ella misma.

Empezó a subir con desgana los retorcidos peldaños que conducían a la clase de lengua cuando oyó una voz que la llamaba.

—¡Justina!

Era una voz autoritaria, como de profesora. Se dio media vuelta. Era la mismísima señorita De Vere con un montón de libros en las manos.

—¿Sí, señorita De Vere?

La directora le dedicó una sonrisa.

—La señorita Crane no se encuentra muy bien hoy, así que yo me encargaré de la clase de lengua. ¿Podrías echarme una mano con estos libros?

A Justina se le alegró la cara. Ahí tenía una oportunidad para hablar con la señorita De Vere. Tal vez podría llevar la conversación al tema de la torre hechizada y las notas secretas. O, si la señorita De Vere era la que le había enviado la nota, tal vez fuera la propia directora la que estuviera buscando una excusa para hablar con ella en privado…

Cogió los libros que le ofrecía la señorita De Vere. Eran volúmenes nuevos, azules y con una silueta negra de un caballo y un jinete. No se parecían a nada que hubiera visto antes en Highbury House, donde parecía que los libros de Shakespeare eran tan viejos que podían proceder de la mismísima colección personal del propio William.

—Pensé que podríamos leer algo nuevo hoy —propuso la señorita De Vere mientras subían las escaleras—. ¿Has oído hablar de *National Velvet,* de Enid Bagnold?

—No —reconoció Justina.

—No, señorita De Vere.

—No, señorita De Vere.

—Es un libro muy emocionante —siguió la directora—. Se publicó el año pasado. Es sobre una chica que se disfraza de chico para disputar el premio de hípica Grand National. Creo que te gustará.

Se preguntó si la palabra «emocionante» habría sido

utilizada alguna vez con anterioridad por alguna maestra de Highbury House. Y respecto a la ida de «disfrutar» de un libro, estaba completamente segura de que el concepto sería desconocido para la señorita Crane, cuya única ambición en la vida parecía ser obligar a sus alumnas a memorizar tantos párrafos de literatura clásica como fuera posible.

Pero le gustaba la idea de una chica disputando una famosa carrera de caballos. ¿Por qué iban a ser solo los chicos los que tuvieran aventuras? Al vivir en Londres, Justina solo había visto caballos a cierta distancia, porque los montaban los policías, o trotando cansinamente por Rotten Row en Hyde Park. No podía ni imaginar lo que sería cabalgar en una de aquellas hermosas y aterradoras criaturas.

Llegaron al aula y la señorita De Vere le entregó el resto de los libros para abrir la puerta. Les echó un vistazo a los pupitres y las mesas vacías.

—¡Dios santo! ¿Dónde está todo el mundo?

—En la reunión de *lacrosse* —dijo dejando los libros en la mesa de la profesora.

—¿Y tú no juegas?

—Lo intenté con todas mis fuerzas —admitió—. Pero no soy muy buena.

La señorita De Vere dejó escapar una carcajada. Se sentó en la mesa de la tarima y se alisó el vestido.

—¿Te está gustando el internado, Justina?

—A veces —reconoció sinceramente.

—Parece que sí has hecho amigas… —observó la señorita —. Me alegra comprobar que has hecho un buen equipo con Stella.

«¡Qué obsesión con los equipos!», pensó Justina. ¿Y por qué le estaba haciendo la señorita De Vere todas aquellas preguntas? ¿Sabría que sospechaba que había sido ella quien le había enviado la nota? Puede que alguien más utilizara tinta con ese color…

Decidió abordar algunas preguntas con sutileza.

—Señorita De Vere… —empezó—. ¿Qué libro es ese que ha escrito usted? El que le firmó a mi padre…

—Es un libro sobre Jane Austen —explicó la señorita De Vere—. ¿Te gustó *La abadía de Northanger*?

—Más o menos —admitió Justina—. Catherine Moreland

me pareció un poquito lenta a la hora de captar las cosas a veces.

—Pero tiene una imaginación maravillosa —objetó la señorita De Vere—. Y la imaginación puede ser una cualidad fabulosa. Pero no hay que dejar que se desboque, como hace Catherine.

Evidentemente, en aquellas palabras había algún tipo de mensaje, pero ella no era capaz de descifrarlo. ¿Sabía algo la directora respecto a sus investigaciones sobre la muerte de Mary? Si había sido ella la que le había enviado la nota, desde luego lo sabía. ¿Estaba intentando sugerir que Justina se lo estaba inventando todo?

—Señorita De Vere —dijo—, ¿cómo conoció a mi padre?

¡Otra vez aquella transformación repentina! El rostro de la directora aún tenía sus rasgos serenos y agradables, pero había algo diferente en ellos, como si una luz interior se hubiera apagado.

—No hagas preguntas impertinentes, Justina. Reparte los libros. Uno en cada mesa.

—Debe de ser maravilloso escribir un libro —insistió—. ¿Podría firmarme o ponerme una dedicatoria en mi cuaderno de autógrafos? —No tenía cuaderno de autógrafos, pero muchas chicas sí que los tenían. Estaban llenos de cosas como «Tú sé buena, dulce señorita, y deja que los demás sean los inteligentes.» Si conseguía una muestra más amplia de la escritura de la señorita De Vere, podría compararla con la nota que le habían enviado. La caligrafía podría ser una clave importante; lo sabía por todos los juicios de asesinato que había leído.

—No —cortó la señorita De Vere—. Date prisa con los libros.

Y, en ese momento, el equipo de *lacrosse* entró en tromba en la clase.

Al final de la clase, se ofreció voluntaria para borrar la pizarra pensando que así tendría la posibilidad de ver a la señorita De Vere escribir en el registro, pero la directora simplemente se fue del aula con el vestido ondeando tras ella. Justina se quedó borrando las palabras «símil», «metáfora» y «atmósfera». Pasaron unos instantes hasta que se dio cuenta

de que había alguien más en el aula.

—No viniste —espetó una voz con firmeza.

Justina se dio la vuelta como movida por un resorte. Dorothy estaba allí de pie, con un plumero en la mano.

—¿Qué? —preguntó.

—No viniste. Esa noche. A la torre.

Justina estaba atónita.

—¿Fuiste tú?

—Sí —admitió Dorothy.

—¡He intentado hablar contigo a todas horas! —exclamó Justina, cada vez más nerviosa—. Por lo que le dijiste a Rose.

—¿Qué le dije yo a Rose? —Dorothy pareció asustada, como si Justina fuera a regañarla por ser impertinente.

—Le dijiste que había un asesino en el colegio.

Dorothy inclinó la cabeza y, por primera vez, miró a Justina a los ojos.

—Creo que sí. Y como tú has sido la única persona que se ha interesado por Mary, quería decírtelo.

—¿Decirme qué?

Dorothy miró nerviosa a su alrededor, en el aula, pero no había nadie más allí. Justina pudo oír a alguien practicando escalas en las salas de música, arriba.

—Creo que sé quién la mató —anunció Dorothy.

—¿Qué? —Seguía atónita mientras, en el piso de arriba, continuaban las escalas musicales, arriba y abajo, arriba y abajo—. A ver, ¿quién?

—Creo que fue la señorita Thomas.

—¡La señorita Thomas! ¿Por qué? —susurró Justina—. ¿Por qué crees eso?

—No puedo hablar ahora —dijo Dorothy—. ¿Nos vemos esta noche?

—De acuerdo —aceptó Justina—. Pero no en la torre. Fue una pesadilla llegar allí y, además, todo el mundo dice que va a nevar esta noche.

—¿Puedes subir a mi habitación? Está en el ático. Nadie va por allí de noche. Compartía esa habitación con Mary, pero ahora la tengo para mí sola.

—Vale.

—¿A medianoche?

—¿Por qué sigues insistiendo en la medianoche? —preguntó—. Es horrible intentar mantenerse despierta. ¿Qué te parece a las once?

—En los libros siempre se citan a medianoche —expuso Dorothy.

¡Así que era otra entusiasta de las historias de terror gótico!

—De acuerdo —aceptó—. ¿Dónde está tu habitación?

—Arriba del todo, yendo por la escalera de servicio. En dirección al Torreón Norte. No tiene pérdida. Ahora tengo que irme. —Y, con una mirada aterrorizada por encima del hombro, desapareció.

Y, por fin, empezó a nevar copiosamente durante la hora de los deberes. Las chicas saltaron de los asientos para acercarse a las ventanas, a pesar de las protestas de Pamela Powers, que se suponía que era la responsable de vigilarlas.

—¡Sentaos! —seguía gritando—. ¡Cualquiera diría que no habéis visto nevar en vuestra vida!

Justina no podía decir que lo hubiera visto. La nieve en Londres solía ser un asunto intrascendente, como un ligero polvillo blanco en los tejados del barrio de St. John's Wood, apenas lo suficiente para reunir una pequeña bola de nieve o hacer un diminuto muñeco de nieve. Las chicas empezaron a hablar de aislamiento, de falta de comida, de Hutchins yendo al pueblo en trineo… Los comentarios sobre la nieve consiguieron que Justina se sintiera un poco amedrentada. Si se iba a quedar aislada e incomunicada, aquel no era exactamente el lugar que habría escogido. Sintió un escalofrío ante la idea de que estuviera nevando todo el invierno y tuviera que aguantar a Rose y Helena Bliss tanto tiempo. Justina había leído algo sobre una expedición ártica en la que los exploradores habían tenido tanta hambre que habían empezado a comerse unos a otros. Podía imaginarse perfectamente a Rose y compañía abalanzándose sobre una pobre niña de primero con cuchillos y tenedores en ristre. Bueno, ella no estaba dispuesta a ser el primer plato de nadie, muchas gracias.

Y eso… por no mencionar a la señorita Thomas: una asesina, si había que creer lo que decía Dorothy. Justina sabía que no era cierto; y, por supuesto, lo que le había ocurrido a Mary —si era verdad— era horrible. Pero no podía evitar estar un poco intrigada y nerviosa. El misterio de un crimen real, su primer testigo auténtico, y finalmente… alguien con quien hablar de todo ello. No veía el momento de que dieran las doce.

Cuando se fueron a la cama, la nieve ya casi había alcanzado

la altura de las ventanas de la planta baja. Se apiñaron en la ventana del fondo del dormitorio, que tenía las mejores vistas sobre las marismas.

—Vamos a quedarnos aislados por la nieve muchos días —expuso Eva.

—Es muy bonito —dijo Stella. Y, mirándolo objetivamente, la escena sí era bonita: la suave capa blanca centelleaba con la luz de la luna; la torre seguía allí, erguida, oscura y siniestra, con los copos de nieve haciendo torbellinos en torno a sus almenas. Pero Justina no se sentía muy objetiva. No podía quitarse de encima el mal presentimiento que le inspiraba la nieve. Y no era solo porque Rose seguiría llevando aquel gorro de piel y su capa al día siguiente.

Al menos las Lechuzas cayeron dormidas bastante pronto, agotadas por la emoción. En cuanto estuvo segura de que ninguna estaba despierta, Justina se deslizó fuera de la cama, abrió la puerta muy calladamente y avanzó por el pasillo.

No se oía ni un ruido. Era como si la nieve de fuera hubiera tendido una capa de silencio sobre el colegio. Justina intentó que sus pies tampoco hicieran ningún ruido y evitó los listones que crujían, moviéndose como uno de los fantasmas de Nora. Al menos esa vez no tendría que salir fuera. Lo único que tenía que hacer era llegar al rellano y coger las escaleras del servicio que llevaban a la parte de arriba. Pero cuando llegó al final del pasillo, se detuvo. Pisadas, suela de goma y un caminar firme.

La celadora.

Justina se aplastó contra la pared. Si la celadora la veía, tendría que fingir que era sonámbula. Pero entonces las pisadas se detuvieron y oyó a la celadora decir:

—¿Qué está haciendo usted aquí?

Contestó una voz de hombre

—Quería ver la nieve desde el Torreón Norte. —Habría reconocido ese acento francés sobreactuado en cualquier parte.

—No se puede ir al torreón —dijo la celadora—. Está cerrado.

—Mis disculpas. *Bonne nuit.*

¡Ah, *bonne nuit*! ¿A quién estaba intentando engañar? Justina pensó que la celadora tampoco se lo había creído.

Oyó cómo rezongaba poco después, cuando regresaba a sus dependencias (¡gracias, Dios mío!), que estaban en la puerta inmediata a la enfermería. Justina esperó hasta que las pisadas de monsieur Pierre desaparecieron en la lejanía, antes de avanzar por el rellano. Pero justo cuando estaba junto a la puerta que conducía a la escalera por la que se subía al ático, a los pies del Torreón Norte, oyó que alguien bajaba la escalera de piedra a toda velocidad. ¿Y ahora quién será?

Se escondió tras unas cortinas. No era lo mejor, pero era lo único que podía hacer. La puerta se abrió y, a través del terciopelo raído, vio a la señorita De Vere, con abrigo y sombrero, y con gesto muy serio. La directora se detuvo, tan cerca de ella que pudo oler su perfume, pero enseguida se fue; pudo escuchar los tacones de sus botas traqueteando al bajar las escaleras.

¿Dónde iba la directora? Si Dorothy había escrito la nota, eso significaba que la señorita De Vere no había tenido la intención de reunirse con Justina la otra vez, la vez que la señorita Thomas había estado esperando junto a la torre. Entonces, ¿por qué estaba siempre merodeando por la noche? ¿Y por qué iba al Torreón Norte, que se suponía que estaba cerrado? Justina pensó en monsieur Pierre, con su bigotillo y su acento exagerado. ¿Habrían tenido una cita? ¿Estarían —qué idea tan asquerosa— enamorados?

Con todos aquellos maestros rondando por los pasillos, Justina estuvo tentada de volver al dormitorio y meterse en la cama, pero Dorothy estaba esperándola, así que unos minutos después, cuando estuvo segura de que la mansión se encontraba en completo silencio, salió de puntillas de su escondite y empezó a subir las escaleras del ático.

—Pensé que no vendrías.

—Había un poco de lío ahí fuera —dijo Justina—. He venido tan pronto como he podido.

Un mes antes, se habría asustado al ver la habitación de Dorothy, pensó, pero ahora no podía evitar pensar que era más agradable que el dormitorio de las Lechuzas. Era bastante grande, para empezar, y lo tenía solo para ella. La cama de Mary era un bulto amortajado e inquietante situado en un rincón. La cama de Dorothy era como la de Justina,

estrecha y con un bastidor de hierro, pero tenía un edredón de *patchwork* y un gran oso de peluche (dos objetos que serían confiscados sin duda por la celadora si fueran de una alumna). Al ver el oso, Justina intentó calcular cuántos años tendría Dorothy.

—Quince —dijo Dorothy cuando Justina se lo preguntó—. Llevo un año trabajando aquí.

Eso significaba que era tres años mayor que Justina. Intentó imaginar cómo sería su vida en el colegio. Si ya era espantoso ser alumna en Highbury House, ¡cómo sería vivir allí como criada, obligada a trabajar de sol a sol, despreciada por las chicas como Rose, que eran mucho más jóvenes que ella! Sonó en su cabeza la voz de Rose, aquella vocecilla arrogante y cristalina: «Mira, ahí viene Dotty Dorothy.» A juzgar por los libros que había en la mesita de noche, Dorothy desde luego leía bastante más que Rose, cuya principal lectura eran los números atrasados de la revista *Tatler*.

—¿Te gusta estar aquí? —preguntó Justina.

Dorothy se encogió de hombros.

—Está bien. Puede dar un poco de miedo por la noche, sobre todo ahora que estoy sola. Ayer por la noche creí escuchar voces que venían del Torreón Norte, pero deben de haber sido imaginaciones mías, porque esas estancias siempre están cerradas.

Justina recordó la voz impostada de monsieur Pierre: «Quería ver la nieve desde el Torreón Norte». ¿Subiría allí por algo? La celadora también había dicho que el torreón estaba cerrado. A su pesar, Justina sintió un escalofrío.

—El sueldo no está mal —prosiguió Dorothy—. Y te dan cama y comida también. Aunque el trabajo es duro.

—¿Qué haces?

—Tengo que hacer las camas de los profesores y encender las chimeneas, ayudar a la cocinera en la cocina, lavar los platos después de comer, barrer, pulir, limpiar los zapatos, dar de comer a los cerdos… Pero tengo los domingos por la tarde libres.

—Santo Dios… —Justina se cansó solo de pensarlo—. ¿Y por qué…? —Se detuvo entonces, porque no supo cómo continuar.

—¿Por qué trabajo aquí? Soy la mayor de cinco hermanos,

así que tuve que salir de casa y ganar algún dinero. Pero echo mucho de menos a mi madre.

—Yo también echo de menos a la mía —dijo Justina. No estaba segura de por qué lo había dicho; había pasado todas esas semanas en Highbury House evitando hablar de su madre y ahora, allí, estaba depositando su confianza en una persona con la que solo había hablado unos minutos.

—Murió, ¿no? —preguntó Dorothy—. He oído que las profesoras lo comentaban. Lo siento muchísimo.

—No, está bien… —contestó como siempre.

—No está bien, ¿verdad? —dijo la criada, y sus ojos castaños le dedicaron una mirada conmovedora.

—No, no está bien —admitió Justina.

Curiosamente, pareció que aquello relajaba el ambiente y Justina se atrevió a acurrucarse en la cama de la chica.

—Bueno, ¿y qué es eso que decías de la señorita Thomas?

Dorothy se sentó a su lado y tiró del edredón de *patchwork* para que las cubriera a las dos. Hacía un frío espantoso en el ático.

—Mary estaba enferma —contó—. Tenía un resfriado o algo así. Tosía tanto que la señora Hopkirk… el ama de llaves —añadió observando la mirada confusa de Justina—, así que la señora Hopkirk la mandó a la cama. Yo estuve con ella aquella noche y le traje un vaso de zumo de limón caliente con miel. Estaba bien. Enferma, pero no muy enferma, ¿sabes lo que te digo? Jugamos a las cartas y dijo que tenía hambre. Mi madre siempre dice que eso es buena señal y que te estás recuperando. Bueno, al día siguiente Mary se quedó en la cama, pero sobre todo porque la señora Hopkirk dijo que eso era lo mejor. Vine a verla a la hora de la comida y vi a la señorita Thomas salir de nuestra habitación. Me sorprendió mucho verla aquí. La señorita Thomas dijo que había venido a ver cómo estaba Mary.

—Supongo que eso podía ser verdad… —dijo Justina.

—Salvo que después de eso Mary se puso realmente enferma. Tenía mucha fiebre y no hacía más que delirar… decía que bajaba la niebla y que no podía ver nada. Me dio mucho miedo y llamé a la celadora. Se llevó a Mary a la enfermería y murió aquella noche. Neumonía, dijeron. Pero encontré un vaso junto a su cama y tenía todos esos polvos…

Creo que la señorita Thomas la envenenó. —Dorothy se recostó un poco y miró a Justina para ver su reacción—. Cuando Mary tenía fiebre, dijo algo sobre Tom. Al principio pensé que hablaba de su hermano, pero creo que se refería a la señorita Thomas.

—La señorita Thomas estuvo en la torre aquella noche —explicó Justina—. Por eso me fui de allí y no nos encontramos.

—Yo llegué tarde —dijo Dorothy—. Cuando llegué, allí no había nadie.

—Pero si la señorita Thomas estaba allí, debía saber lo de la nota. ¿Dónde la escribiste? ¿Pudo verte la señorita Thomas?

—La escribí cuando estaba limpiando el despacho de la señorita De Vere. Usé su pluma.

«Lo sabía», pensó Justina.

—Pero ¿la señorita Thomas pudo haberte visto escribirla?

—Creo que no.

—Puede que solo nos estuviera siguiendo.

—¿Tú crees de verdad que puede ser una asesina?

—Todas las pruebas señalan en esa dirección —argumentó Justina con prudencia—, pero necesitamos mucho más para demostrarlo. Supongo que no guardarás el vaso con los restos de aquellos polvos.

—No, todo ocurrió muy rápido. Ni siquiera lo pensé.

—Lástima. Bueno, tenemos que considerarlo con lógica. Un jurado, con seguridad, no declararía la culpabilidad solo con pruebas puramente circunstanciales. Necesitamos algo más sólido. Voy a preguntarle a mi padre.

—¡No! —exclamó Dorothy dando un respingo—. No se lo puedes contar a tu padre. Me metería en un lío terrible. Perdería mi trabajo.

—No te preocupes —la tranquilizó Justina—. Mi padre lo sabe todo sobre asesinatos. Es abogado. Nos ayudará a encontrar alguna prueba.

—Pero no puedes escribirle. La celadora lee todas las cartas. La he visto.

—Usaré un código secreto —explicó Justina—. Lo acordamos el día de la visita de los padres. Si yo le escribo «Peter está tocando a Bach», significa que necesito su ayuda

inmediatamente. Y vendrá enseguida. Ya verás.

—Pero está nevando —lamentó Dorothy—. No funcionará el correo.

—Esperemos que no nieve mucho más —deseó Justina—. Será mejor que me vaya. Es casi la una.

—De acuerdo —dijo Dorothy a regañadientes. Justina bajó de la cama, pero Dorothy la agarró por un brazo—. ¡Escucha…!

—¿Qué?

Entonces lo oyó también. Unas pisadas fuera, unas pisadas amortiguadas y cautelosas. El pasillo solo conducía a los dormitorios de las criadas y al torreón. Alguien debía de ir a ver a Dorothy.

La muchacha apretó el brazo de Justina.

—¡Es la señorita Thomas!

—No puede ser. Chst.

Justina se acercó sigilosamente a la puerta y miró por la cerradura. Allí, iluminada por la luz de la luna que se colaba por una de aquellas ventanas estrechas, vio un ángel. Una muchacha con el pelo largo y rubio, descalza, vestida de blanco. Al principio Justina pensó que podía ser Rose, que Rose la había seguido desde el dormitorio, pero luego, con una conmoción que hizo que el corazón le latiera enloquecido, vio que se trataba de Helena Bliss. Helena, en camisón, quieta e inmóvil como si estuviera escuchando algo. Justina pudo oler el perfume que se colaba por debajo de la puerta. ¿Por qué se ponía colonia Helena Bliss para deambular por los corredores y pasillos durante la noche?

Justina permaneció allí congelada, mirando por la cerradura, indicando por señas a Dorothy que no se moviera. Durante lo que le parecieron horas, Helena siguió allí, mirando a su alrededor. Al principio pareció como si estuviera resplandeciendo con una luz sobrenatural, pero luego Justina vio que simplemente llevaba una linterna en la mano. Lentamente, Helena levantó la linterna e iluminó arriba y abajo el pasillo. Justina vio cómo la luz se colaba por debajo de la puerta de Dorothy y contuvo la respiración. Pero al final Helena se dio por satisfecha y se marchó, aunque no hacia las escaleras, sino hacia el Torreón Norte.

Al final, oyeron cómo se abría una puerta al final del

pasillo. Justina resopló y dejó escapar un largo suspiro. Luego se volvió hacia Dorothy.

—Era Helena Bliss.

—¿La señorita Bliss? ¿La delegada? ¿Qué estaba haciendo aquí?

—No lo sé —admitió Justina—. Pero no me gusta.

—Es tan guapa, ¿verdad? —dijo Dorothy—. Como un ángel.

Pero los ángeles no deambulan por la noche apestando a colonia, pensó Justina. Aunque no creyó que tuviera ninguna importancia comentarle eso a Dorothy.

De vuelta al dormitorio, y metida en la cama, Justina sacó su diario.

El misterio aumenta. Dorothy piensa que la señorita T asesinó a Mary. Por lo que sé de la señorita T, parece posible, pero... NO HAY PRUEBAS.

Además: ¿por qué fue la señorita T a la torre la otra noche?

¿Por qué estaba Helena B en el pasillo del Torreón Norte esta noche?

El comportamiento de la señorita De V me sigue pareciendo sospechoso. Ella no escribió la nota pidiéndome que me reuniera con ella en la Torre (la escribió D con su pluma), entonces ¿por qué andaba por allí? No sé qué pensar de la señorita De V. Puede ser muy agradable (por ejemplo, hablando de libros) y, de repente, parece gélida y aterradora. Tampoco he podido averiguar de qué la conoce papá.

Está nevando. Me da un poco de miedo, aunque no sé por qué. Tal vez sea solo porque hay una posibilidad de que nos quedemos completamente aisladas aquí, en H House. Por no hablar el hecho de que la nieve hace que el dormi esté más helado que nunca.

En el lado positivo... creo que tengo una nueva amiga.

Estuvo meditando durante unos instantes y añadió unos cuantos nombres a su lista.

PRINCIPALES SOSPECHOSOS -
LOS HE VISTO LEVANTADOS POR LA NOCHE

1. *Señorita Thomas (sospechosa número 1)*
2. *Señorita De Vere*
3. *Hutchins*

4. Monsieur Pierre
5. La celadora
6. Helena Bliss

Justina suspiró. Era una lista bastante larga. A partir del día siguiente tendría que empezar a eliminar sospechosos.

A la hora del desayuno era evidente que algo iba mal. La mayoría de las chicas estaban demasiado ocupadas chillando a cuenta de la nieve, pero Justina se percató de que las profesoras se habían reunido en un extremo del refectorio y conversaban con preocupación. La celadora estaba allí también, y Hutchins.

—*Benedictus benedicat* —pronunció Helena Bliss, y comenzó el clamor del desayuno. Justina pensó que la delegada tenía una cara bastante pálida, pero pareció que se comportaba de la manera habitual en la cabecera de la mesa que ocupaban las encargadas. ¿Qué estaría haciendo en el ático la noche anterior?

Hubo otro estruendo cuando las sillas se corrieron hacia atrás y todo el mundo se puso en pie: la señorita De Vere había entrado en la sala.

—Sentaos, niñas —dijo la directora con una sonrisa en los labios. Y luego fue a reunirse con el grupo de las profesoras.

—¿De qué crees que están hablando? —le preguntó Justina a Stella. Aún no había tenido oportunidad de contarle a Stella todas sus aventuras de la noche anterior.

—Seguramente sobre la nieve —aventuró Stella—. Para ver si podemos hacer deporte fuera esta tarde.

Era sábado, lo que significaba que había deporte obligatorio toda la tarde. Justina rezó para que cayera un

metro y medio de nieve en los campos de *lacrosse*.

—Por supuesto que vamos a jugar —afirmó Rose—. No vamos a quedarnos aquí metidas por una pizca de nieve.

—Y si están hablando de los partidos —murmuró Justina—, ¿cómo es que no está ahí la señorita Thomas?

Todas miraron hacia el grupo de los adultos. La señorita Crane, la señorita Bathurst, la señorita Morris y monsieur Pierre, todos estaban arracimados allí, murmurándose unos a otros con cuchicheos. Hutchins se mantenía un poco al margen del grupo, con los brazos colgando inermes a los lados, claramente incómodo. La celadora y la señorita De Vere parecían estar al mando de la situación y en ese momento estaban deliberando.

La señorita De Vere dio unas palmadas para exigir silencio en la sala.

—¡Atención, niñas, por favor…!

Doscientas cabezas levantaron la mirada.

—Como habréis notado, ha nevado bastante esta noche. —Algunas de las chicas se rieron, pero Justina no creía que la directora estuviera de muy buen humor—. Es importante que mantengamos los caminos limpios para que puedan llegar al colegio los alimentos y otros suministros —añadió la señorita De Vere—. Voy a dividiros en grupos de trabajo para limpiar de nieve los caminos. Quiero que forméis grupos de cinco. Probablemente lo mejor será que trabajéis con las compañeras de dormitorio. Las clases de la mañana se suspenden. Habrá cacao en la sala comunitaria cuando volváis del trabajo. Eso es todo. Y, ahora, acabad el desayuno.

—¿Por qué tenemos que hacerlo con las chicas de nuestro dormitorio? —protestó Rose volviendo a meter la cuchara en las gachas frías—. Preferiría estar con Alicia. —Miró intencionadamente a Justina, que le sonrió con gesto inocente, como si no la hubiera escuchado.

—Pues yo sencillamente preferiría no tener que hacerlo —dijo Eva—. Nos vamos a congelar. Y solo tenemos los gorros y los abrigos del colegio.

—No sé por qué no podemos llevar pantalones —dijo Justina—. Sería mucho más práctico.

—No podemos llevar pantalones —dijo Rose—. No somos chicos.

«¿Por qué no?», pensó ella. Su madre le decía que, durante la guerra, las obreras solían llevar pantalones. Eran muchísimo más prácticos que las faldas. Si llegaba a ser directora alguna vez (Dios no lo permita), haría que los pantalones formaran parte del uniforme escolar.

Cuando las Lechuzas se atrevieron a salir al exterior, incluso Rose tuvo que admitir que no iban adecuadamente «vestidas para la ocasión». En cuestión de segundos tenían los zapatos empapados y las gabardinas escolares no proporcionaban mucha protección frente al aire gélido que soplaba desde los marjales. Hutchins había limpiado el camino que iba al patio de las cocinas y les había dado una pala a cada una.

—¡A espalar! —les ordenó acechándolas con la mirada medio oculta por su gorro de lana—. Abrid un camino hasta el gimnasio.

—¿Por qué? —preguntó Justina plantándose delante, junto a Stella—. Los suministros no vienen del gimnasio, ¿no?

—Seguro que es para que podamos hacer gimnasia —aventuró Rose, a quien, para su satisfacción, le habían permitido llevar su gorro de piel.

—En ese caso —murmuró—, ¿dónde está nuestra profesora de gimnasia?

En el jardín, la nieve alcanzaba los treinta centímetros. Estuvieron trabajando detrás de Hutchins, haciendo turnos con las palas, pero les costó más de una hora llegar a los alrededores del gimnasio. Estaban coloradas y agotadas. Aun así, pensó, había algo estimulante en estar al aire libre. El sol brillaba sobre la nieve, haciéndola casi insoportablemente resplandeciente, y el cielo lucía un límpido azul intenso.

Incluso disfrutó del esfuerzo de espalar nieve, aunque era incompetente en el trabajo hasta la frustración. Stella lo hacía muy bien: era metódica y empleaba bien la fuerza. Justina se preguntó si estaría acostumbrada a hacer ese tipo de labores domésticas en casa, como ir al huerto o acarrear carbón, tal vez. Todo lo más que Justina había tenido que hacer en casa era la cama y regar las flores del jardín de su madre. ¿Qué habría sido de las flores? No lo sabía. No se podía imaginar a su padre regándolas cuando llegara de los tribunales.

Justina dio un brinco cuando algo frío la golpeó en la nuca.

Se volvió y vio a Nora haciéndole burla. También le hizo burla e inmediatamente reunió un poco de nieve y le devolvió el bolazo, pero Nora se agachó y la bola de nieve fue a darle a Rose (¡glup!), que chilló como un demonio y empezó a bombardear a Justina con bolas de nieve. Stella entró en la refriega para defenderla y, casi de inmediato, todas las chicas estaban lanzándose bolas de nieve, riéndose cuando se resbalaban y patinaban en sus torpes zapatos.

Hutchins se giró.

—¡Parad ya! ¡Esto es una cosa seria! ¡A espalar!

«¿Por qué va a ser serio? —pensó Justina sintiendo un repentino escalofrío—, ¡si solo estamos abriendo un camino hasta el gimnasio!» Pero la voz de Hutchins pareció afectar a las chicas y todas cogieron las palas y empezaron a limpiar la nieve otra vez, siguiendo la estela de la corpulenta figura de Hutchins.

No pasó mucho tiempo antes de que tanto el sol como la nieve hubieran perdido el encanto. Justina avanzaba a duras penas, luchando con su pesada pala, intentando ensanchar el camino que iba abriendo Hutchins. Parecía que aquello no iba a acabar nunca y enseguida se le hicieron ampollas en las manos congeladas y le empezó a doler la espalda. Las gafas de Nora acabaron cayéndose en la nieve. Stella trabajaba sin descanso enfrente de ellas. Hutchins no volvió a darse la vuelta hasta que llegaron al gimnasio.

—Buen trabajo —le reconoció a Stella—. Buen intento —les dijo a Justina y a Nora, y—: Ustedes dos no han servido para nada —a Rose y a Eva, que ni siquiera ya fingían que estuvieran ayudando. Rose farfulló algo medio indignada y Eva empezó a excusarse diciendo que ella tenía sabañones. Hutchins no les hizo ni caso y sacó una petaca del bolsillo. Le dio un trago y se lo ofreció a Stella, que lo rechazó negando con la cabeza. Tras unos segundos, acabó ofreciéndoselo a Justina, que limpió con la manga la boca de la petaca y dio un trago. El líquido sabía como a café mezclado con brandy y al principio le pareció que la cabeza le daba vueltas. Después, sin embargo, se sintió como si tuviera un pequeño calentador en el interior, que templaba su cuerpo de arriba abajo, hasta los mismísimos dedos de los pies.

—Gracias —le dijo a Hutchins—. Es genial.

Para su sorpresa, el hombre dejó escapar una carcajada que reveló que le faltaban los dos incisivos.

—Genial —farfulló para sí mismo mirando en dirección al gimnasio.

Justina siguió la dirección de su mirada. El gimnasio tenía un tejado que sobresalía bastante formando una especie de porche que rodeaba todo el edificio. En esa zona se había acumulado una fina capa de nieve y entendió enseguida qué era lo que se había quedado mirando el hombre-para-todo de Highbury High. Huellas. Las huellas que habían hecho el recorrido desde el colegio hasta ese punto debían de haberse borrado con la nieve caída, pero esas otras se habían conservado gracias al alero del gimnasio.

—Debió de ir por ahí… —dijo Hutchins.

—¿Quién? —preguntó Justina, pero Hutchins no contestó. Bien al contrario, se dirigió directamente al edificio. Stella y Justina lo siguieron, una a cada lado, y las otras inmediatamente detrás.

Todos avanzaron y rodearon el gimnasio. Era una zona abierta y el viento les barría la nieve directamente en la cara. Justina intentaba mantener la cara protegida y se concentró en seguir los pasos de Hutchins, pisando en las huellas que el hombre iba haciendo con sus enormes botas. Aquello era un poco como el villancico del buen rey Wenceslao, pensó. También consideró que era muy buena idea que Hutchins evitara caminar sobre las otras pisadas, que eran una prueba.

En la parte trasera del gimnasio, la torre se elevó frente a ellos con las almenas perfiladas en nieve. Y, de nuevo, más allá de la protección del alero del gimnasio, las huellas desaparecían y la nieve cubría el terreno por todas partes. Salvo una zona oscura que había a cierta distancia.

—¿Qué es eso? —dijo Stella.

—Es la antigua piscina —dijo Justina antes de darse cuenta de que no debería conocer ese detalle.

Hutchins no mostró el menor indicio de haberla escuchado. Avanzó hasta el borde de la piscina vacía y miró al fondo. Justina lo siguió.

Hutchins se giró:

—¡Atrás! —gritó—. ¡Atrás!

Pero ella ya había llegado al borde y miró abajo. Y allí vio el cuerpo, tendido en el fondo, medio cubierto de nieve, con el cuello doblado de un modo antinatural. La señorita Thomas. Muerta.

Las tardes de los sábados se dedicaban por lo general al deporte, pero con la señorita Thomas inevitablemente paralizada por la muerte, ese programa resultaba de todo punto imposible. Además, había empezado a nevar de nuevo. Algunas de las ventanas más bajas estaban completamente blancas y Justina oyó a Hutchins decir que las líneas del teléfono no funcionaban. No daba la impresión de que las maestras, que parecían conmocionadas, llorosas y —aún más inquietante todavía— aterrorizadas, supieran qué hacer ahora con doscientas chicas aburridas y cotillas. Al final, las metieron a todas en la biblioteca y monsieur Pierre les enseñó diapositivas de Francia en la linterna mágica.

—¡Larguémonos de aquí! —le susurró Justina a Stella—. Si alguien nos pregunta, podemos decir que vamos a hacer deberes.

En realidad, no pareció que nadie se diera cuenta de que se iban. Los primeros años, cuando les ponían las diapositivas de la Torre Eiffel, todo eran ooooh y aaaaah, y las chicas mayores estaban deseando ver una imagen de monsieur Pierre con ropa de verano. No había ni rastro de Helena y las delegadas. Justina pensó que probablemente habrían subido a su salón comunitario, que estaba en el ático y era la envidia del colegio porque tenía una estufa de leña.

Justina y Stella fueron al salón del segundo curso. Aunque no tenían chimenea, la estancia se encontraba justo encima de las cocinas, así que estaba bastante más caliente que el resto del colegio. Se sentaron en uno de los sofás y se taparon con una manta. Era la manera tradicional de estar calientes y, cuando toda la clase se encontraba allí, las peleas por la manta podían ser bastante crudas.

—Bueno —empezó Justina—, ¿quién crees que la mató?

Stella pareció horrorizada.

—¡Justina! ¡La señorita De Vere ha dicho que fue un accidente!

La señorita De Vere les había dirigido unas palabras en el comedor. Había dicho que la señorita Thomas había sufrido «un trágico accidente» y que debían procurar «evitar los cotilleos al respecto». Justina no sabía qué habían hecho con el cuerpo.

—También dijeron que la muerte de Mary había sido un accidente… —protestó—. Una muerte puede ser una desgracia, dos ya son imprudencia. Lo dijo Oscar Wilde o alguien así.

—Debió de caerse en la piscina y romperse el cuello —sugirió Stella—. Eso es lo que he oído que la celadora le dijo a la señorita Crane.

—Sí, pero ¿por qué andaba por esos sitios de noche y con semejante tormenta de nieve? —preguntó Justina—. ¿Y por qué estaba junto a la torre esta vez? Tienes que admitir que todo parece bastante sospechoso. Y no te he dicho lo que me contó Dorothy. Ella cree que la señorita Thomas mató a Mary.

—¡Justina! ¡No puedes ir por ahí diciendo esas cosas!

—¡No fui yo! ¡Lo dijo Dorothy! —Justina le contó a Stella lo que Dorothy le había dicho sobre la enfermedad de Mary y lo de la visita de la señorita Thomas y los polvos que había en la bebida de Mary… Cuando terminó, Stella estaba completamente aterrorizada.

—¡Tienes que decírselo a alguien, Justina! A la señorita De Vere… a la policía…

—Sí, pero ¿y si la señorita De Vere está implicada? La otra noche también andaba por ahí. La vi cuando fui a ver a Dorothy en el ático. Ella bajaba por las escaleras del ático vestida con abrigo y sombrero. Y monsieur Pierre también

estaba despierto y levantado. Y Helena Bliss.

—¿Helena Bliss? ¿Y qué estaba haciendo?

—Subía a la Torre Norte en camisón, por lo que pude ver.

—Puede que sea sonámbula.

—Puede, pero el sonambulismo siempre me ha parecido un poco timo. Y la señorita De Vere también estaba rondando por ahí la noche que fui a la torre. Créeme, algo está pasando en este colegio.

—¡Pero la señorita De Vere es la directora! ¿Cómo va a estar implicada en un asesinato?

—No te fíes de las apariencias —dijo Justina recordando a Laura Peruzzi—. Eso es lo que dice siempre mi padre.

—¡Tu padre! —exclamó Stella—. ¡Tienes que contárselo a tu padre! Él sabrá qué hacer. —Stella estaba evidentemente desesperada por poner todo el asunto en manos de un adulto. Pero Justina era de otra pasta.

—Le enviaré nuestro código de aviso —aceptó—, pero da la impresión de que el correo no pasará por aquí en varios días. Entre tanto, debemos seguir con nuestras propias investigaciones.

—Pero ¿cómo? —exclamó Stella.

—Aplicando la lógica —sentenció Justina—, como Sherlock Holmes. O Leslie Light.

—¡Pero nosotras no somos Sherlock Holmes! —se quejó Stella—. ¡Solo somos estudiantes!

Pensó que su amiga era muy poco audaz. Estaba a punto de contarle más cosas de los métodos detectivescos de Sherlock Holmes cuando se abrió la puerta y apareció la señorita Morris, la profesora de mates.

—Me pareció oír voces… —dijo—. ¿Qué estáis haciendo aquí, niñas?

—Los deberes —respondió Justina.

—No lo parece. Volved al salón. Monsieur Pierre tiene otro montón de diapositivas para ver. —Aquello sonó como si ella misma no pareciera especialmente interesada, así que Justina se sintió con el suficiente valor para decir—: ¿Qué cree usted que le pasó a la señorita Thomas?

—Que se cayó en la vieja piscina —explicó la señorita Morris—. Fue un trágico accidente. —Hubo algo en la manera de decirlo que hizo que Justina pensara que esa era la versión

oficial, la explicación que a los profesores se les había dicho que utilizaran.

—Pero ¿por qué estaba ahí fuera?

—Probablemente fue a comprobar algo al gimnasio —sugirió la señorita Morris—. Para ver si podíais tener clase de gimnasia hoy.

Había algo raro en aquella explicación, pero Justina no quiso meter el dedo en la llaga, así que no dijo nada.

—Ha sido horrible —afirmó Stella, y pareció que estaba a punto de llorar.

—No penséis mucho en eso, niñas —las tranquilizó la señorita Morris con voz amable. Iba arropada con un chal por los hombros y por eso parecía más afable de lo habitual, como una abuela anciana. Pero Justina recordó que alguien decía que la señorita Morris había sido alumna del colegio. ¿Tenía la misma edad que la señorita Thomas?

—Sí, estuve en el colegio con Barbara… con la señorita Thomas —dijo la señorita Morris cuando Justina se lo preguntó.

—Estará muy triste, entonces… —inquirió Justina.

La señorita Morris le lanzó una mirada afilada.

—Sí, estoy muy triste —admitió—, aunque no exactamente sorprendida. Y, ahora, volved al salón.

Durante los deberes se les permitía escribir a casa, pero la señorita De Vere en persona se presentó para decirles que no preocuparan a sus padres innecesariamente.

—Bastará con que digáis que la señorita Thomas sufrió un trágico accidente —concluyó.

«Otra vez las mismas palabras», pensó Justina.

Eva preguntó si «trágico» era con g o con j.

Justina estaba bastante segura de que, aunque escribiera a su padre conforme a la «versión oficial», acabaría captando el mensaje de todos modos. En todo caso, si estaban aisladas por la nieve, no había manera de que las cartas pudieran llegar al correo. De todos modos, valía la pena intentarlo. Justina escribió:

Querido papá:

Ha habido un trágico accidente y la señorita Thomas ha muerto. No hay de

qué preocuparse. El colegio de Peter va a dar un concierto y Peter va a tocar a Bach. Estoy deseando verlo.

Tu hija, que te quiere muchísimo,
Justina

P. S.: La caja de golosinas que me enviaste casi se ha terminado. ¿Crees que podrías hacerme llegar algo más?

Aquella noche, en el dormitorio, cuando se apagaron las luces, Justina sacó su diario una vez más.
Añadió un nuevo encabezado:

EL SEGUNDO ASESINATO

Y debajo escribió una nueva lista de nombres.

PRINCIPALES SOSPECHOSOS –
LOS HE VISTO LEVANTADOS POR LA NOCHE

1. La señorita Thomas (sospechosa nº 1) – MUERTA
2. Señorita De Vere
3. Hutchins
4. Monsieur Pierre
5. La celadora
6. Helena Bliss

Mordisqueó el lápiz durante unos momentos antes de añadir:

7. ¿La señorita Morris? (No la vi levantada, pero vino a este colegio con la señorita Thomas y no parece que le cayera muy bien)

Añadió luego otro encabezado:

LA ESCENA DEL CRIMEN

1. Cuerpo encontrado en piscina vacía. No pude ver mucho más (porque Hutchins nos echó de allí), pero parecía como si la víctima (la señorita Thomas) estuviera boca abajo.
2. Había huellas bajo el alero del gimnasio. No había huellas que se dirigieran al gimnasio o hacia la propia piscina porque había nevado mucho y se habían borrado.

Se detuvo. «¡Claro!», pensó, dándose cuenta de repente de lo que olía mal en la explicación de la señorita Morris.

La señorita Morris había dicho que la señorita Thomas había salido para comprobar algo en el gimnasio.

Pero no había huellas en la nieve que condujeran al gimnasio.

Lo cual significaba que la señorita Thomas había ido allí antes de que dejara de nevar, cosa que había ocurrido hacia la una de la madrugada, cuando Justina se fue a la cama.

Y eso significaba que la señorita Thomas había salido del colegio la pasada noche… en medio de una tormenta de nieve.

¿Por qué?

CAPÍTULO 14

Por norma general, los domingos el colegio al completo iba caminando hasta el pueblo para acudir a la iglesia, pero el día posterior al «trágico accidente» de la señorita Thomas no había la menor posibilidad de salir del edificio. La nieve llegaba casi a las ventanas de la planta baja y Hutchins aún estaba intentando abrir un camino que llegara a la verja de la entrada. Durante el desayuno, la señorita De Vere anunció que, en vez de ir a la iglesia, rezarían en el salón de actos. Acabó su comunicado diciendo que varias personas del servicio no habían podido llegar desde el pueblo, así que las chicas tendrían que ayudar a retirar las mesas del desayuno.

—¿Quién se ofrece voluntaria, por favor?

Justina fue la primera en levantar la mano. Si podía arreglárselas para entrar en la cocina o en el fregadero, tal vez tuviera ocasión de hablar con Dorothy.

—Gracias, Justina. —La señorita De Vere pareció un tanto sorprendida—. Tenemos que estar dispuestas a ayudarnos unas a otras en estos días de tribulación.

Otras niñas no tardaron en seguir el ejemplo, algunas agitando las manos en el aire en un esfuerzo por demostrar lo útiles que deseaban ser. La señorita De Vere adjudicó las tareas y a Justina se le dijo que llevara los platos sucios al fregadero. Allí tuvo el placer de encontrarse a Dorothy, con

los brazos metidos hasta los codos en agua con jabón.

—Bueno —comenzó Justina mientras tiraba a la basura los restos de las gachas pegadas en los tazones—, ¿quién crees que mató a la señorita Thomas?

Dorothy miró a su alrededor con gesto nervioso.

—La señorita Thomas se cayó en la piscina vacía. Eso es lo que me ha dicho la señora Hopkirk.

—Sí, pero ¿qué estaba haciendo junto a la piscina a esas horas de la noche? —se preguntó Justina—. Tienes que admitir que todo resulta un poco sospechoso. Y, si la señorita Thomas está muerta, no puede ser la persona que mató a Mary. A no ser que haya dos asesinos en el colegio, claro.

—¡Ssssh! —siseó Dorothy mientras miraba a su alrededor —. Alguien podría oírte.

—He hecho una lista de todos los que estaban despiertos y levantados esa noche —dijo Justina—. Calculo que la señorita Thomas se cayó en la piscina… o la empujaron… entre las siete de la tarde, cuando empezó a nevar, y la una de la madrugada, cuando ya había dejado de nevar.

—Por favor, Justina… —suplicó Dorothy—, no hables de eso ahora.

—Creí que te interesaría… —murmuró Justina.

—*¡Y me interesa!* —susurró Dorothy—. Es solo que… tengo problemas. ¿Podemos hablar luego? ¿En mi habitación, esta noche?

—De acuerdo —aceptó Justina—. ¡Pero a medianoche otra vez no…!

En ese momento Helena Bliss apareció por sorpresa con una bandeja llena de platos.

—Muévete, Justina —espetó—. Ya has oído a la directora: tenemos que aunar esfuerzos y colaborar.

—Ah, me encanta colaborar —dijo Justina. Y luego, sintiéndose ligeramente audaz, añadió—: A cualquier hora del día o de la noche.

Dorothy dejó escapar sin querer el resoplido propio de quien ahoga una risa, que intentó disimular con una tosecilla.

Helena le lanzó a Justina una mirada furibunda, con aquellos ojos azules fríos como zafiros.

—Me alegra saberlo, Justina. Todo lo hacemos por el bien del colegio, ya sabes.

—Yo solo pienso en el bien del colegio —siguió ella.

—Excelente —aceptó Helena—. Entonces, ve y ayuda a Stella con los restos del desayuno.

Stella estaba en el cobertizo junto a las cocinas, tirando los restos de pan, de gachas y otras porquerías innombrables en los cubos de basura para los cerdos. La nieve alcanzaba hasta la mitad del cristal de la ventana.

—Me temo que vamos a tener que comernos esto mañana para almorzar —dijo Stella arrugando la nariz.

Justina se preguntó si todo aquello realmente servía para alimentar a los cerdos de las pocilgas que estaban al otro lado de los invernaderos. No podía presumir de ser una experta en meteorología (en Londres no hay meteorología, en realidad), pero el cielo tenía un color tan gris plomizo que pensó que lo más probable era que volviera a nevar. ¿Durante cuánto tiempo podrían estar aisladas allí, en las marismas, sin teléfono y sin modo alguno de comunicarse con el mundo exterior? La sensación de claustrofobia que siempre sentía en Highbury House aumentaba por momentos. De repente tuvo la loca tentación de salir corriendo por la nieve y no parar de correr hasta llegar a un pueblo, a una casa, a la civilización. «No pienses tonterías —se dijo a sí misma—, estamos a mil kilómetros de cualquier parte. Te morirías antes de encontrar una carretera.» Aquel pensamiento no la consoló precisamente.

Pero Stella debía de haber estado pensando más o menos lo mismo.

—¿Cuánto crees que estaremos bloqueadas por la nieve? —le preguntó—. Al principio es divertido, pero luego…

—No sé —contestó Justina—. Es un poco preocupante tener un cadáver aquí y que la policía no sepa nada. —Bajó entonces la voz—. ¿Dónde crees que lo guardan…? El cuerpo, digo.

—En el cuarto nevero —dijo Stella——. Se lo he oído decir a la cocinera. Claro que ahora todo el edificio es un nevero. Los radiadores no están encendidos. Creo que están intentando ahorrar carbón.

Justina se había acostumbrado tanto a estar helada que apenas se había dado cuenta de que la temperatura había

descendido. Ahora por fin se dio cuenta de que podía ver el vaho de su respiración incluso en el interior del colegio.

—Espero que deje de nevar pronto —deseó Justina. Al parecer era la única persona que se daba cuenta de que había un asesino en el colegio.

Y de que el asesino podía atacar de nuevo.

Cuando la señorita De Vere rezó por la señorita Thomas, hubo suspiros y sollozos por todas partes. Justina observó cuidadosamente y buscó indicios de culpabilidad. «Nunca confíes en un testigo que llora en el estrado.» Eso era lo que siempre decía su padre. Según esa vara de medir, la mayoría de las chicas del salón de actos eran culpables. Eva estaba histérica otra vez y Rose sollozaba de un modo muy romántico sobre el hombro de Alicia. Para ser justos, sin embargo, daba la impresión de que a Rose le caía bien la señorita Thomas y viceversa. Claro que la madre de Rose había sido una de las favoritas de la señorita Thomas también. Justina recordó el día de las visitas familiares y los gritos de «¡Serena!» y «¡Tommy!». ¿Qué dirían Serena y el Diplomático cuando supieran lo sucedido? Resultaba raro que los padres aún no lo supieran. Después de una interpretación más bien lánguida de «Ser un peregrino», acompañada al piano por la señorita Evans, la maestra de música, las muchachas salieron en fila. Las mayores se quedaron en el salón, donde iban a interpretar unas escenas de Shakespeare con la señorita De Vere. Aquello permitió que las pequeñas camparan a sus anchas. Se les había prohibido salir al exterior («por razones de seguridad», como había explicado la señorita De Vere), así que todo el mundo se dirigió perezosamente a sus respectivas salas comunes.

Mientras seguía los pasos de sus compañeras, Justina se inquietó ante la idea de que todas las pruebas —las huellas y todo lo demás— fueran a desaparecer cubiertas por la nieve que cayera durante la noche. Por otro lado, tampoco le apetecía salir sola a pasar frío. Un día después de la tormenta, la nieve ya no resultaba divertida ni emocionante; parecía aburrida y amenazadora, una enorme manta gris que había caído sobre el edificio y las mantenía atrapadas allí.

Pero no podía sencillamente quedarse allí sentada y no

hacer nada y esperar a que alguien más muriera, ¿no?

La sala común estaba llena cuando llegó Justina, y Rose estaba sentada en el sofá, embozada en la manta y rodeada de admiradoras. Justina pensó que seguramente nadie se percataría de su ausencia si se iba de allí.

Estaba escabulléndose ya cuando una voz la llamó:

—¿Qué vas a hacer?

Era Stella, que la miraba como un cachorrillo con la cabeza ladeada. Justina, en realidad, no había decidido nada hasta ese momento, pero de repente se dio cuenta de lo que tenía que hacer.

—Voy a intentar entrar en el despacho de la señorita De Vere —anunció Justina—. No debería tener problemas, porque está ocupada haciendo el *Hamlet* en el salón de actos.

—¿Y por qué en el despacho de la señorita De Vere? —preguntó Stella. Por primera vez no parecía especialmente sorprendida. Tal vez ya se estaba acostumbrando, pensó Justina. Decidió correr el riesgo y explicárselo.

—Porque ella es la clave de todo. Iba a reunirse con la señorita Thomas aquella noche, la primera noche que fui yo a la torre. Y también salió la otra noche: la noche en que la señorita Thomas fue asesinada.

La palabra «asesinada» quedó suspendida en el aire. Todas se habían acostumbrado tanto al relato del «trágico accidente» que la palabra real resultaba estremecedora, incluso para la propia Justina.

La explicación pareció animar, sin embargo, a Stella. Se encogió de hombros y dijo:

—Vale, vamos.

—¿En serio? —preguntó Justina—. No tienes que venir si no quieres. No te lo voy a pedir. Ya sé lo que piensas de…

—Mira —explicó Stella interrumpiéndola—, evidentemente, algo debe de estar pasando en el colegio y tú no puedes buscar las pistas y vigilar a los profesores a la vez, así que alguien tiene que ir contigo. Y, además —añadió con una sonrisa—, no puedo abandonarte y que Dorothy sea la única que se divierta.

El colegio estaba extrañamente silencioso. Cogieron las escaleras de la parte trasera para subir al pasillo que tenía los

cuadros y las cabezas de animales disecadas. Pudieron oír el tictac del carillón en el vestíbulo principal y, a veces, el rumor shakespeariano procedente del salón. La señorita De Vere seguramente estaría ocupada durante al menos otra hora, pensó Justina. ¿Dónde estaban los otros profesores? La señorita Crane, la maestra de lengua, estaba ayudando a la señorita De Vere, pero el resto debían de estar a sus asuntos particulares. Justina confió en que todos hubieran ido a refugiarse junto al fuego en su salón particular. Hacía un frío horroroso.

Llegaron a la puerta disimulada que iba al torreón y, en silencio, subieron la escalera de caracol. El mayor temor de Justina era que el despacho estuviera cerrado, pero no solo no estaba cerrado, sino que la puerta estaba ligeramente entreabierta. ¿Acaso la señorita De Vere había salido apresuradamente de allí? Justina empujó la puerta y las dos muchachas entraron en la estancia.

Todo estaba igual que siempre: los retratos de las directoras fallecidas, una vitrina llena de trofeos, una chimenea ricamente decorada, pero apagada, y un rayo de sol gélido colándose por las ventanas arqueadas.

—Pero ¿qué estás buscando? —susurró Stella desde su puesto de vigilancia en la puerta.

—No lo sé —dijo Justina mientras daba vueltas a la mesa del despacho. No pudo resistir la tentación de sentarse en la silla de la señorita De Vere, solo para ver lo que se sentía siendo directora. Poder, esa fue la respuesta.

—¡Justina! —exclamó en un susurro Stella.

Había algunos documentos en el escritorio, y dos libros: un ejemplar de *Persuasión*, de Jane Austen, y un libro que Justina conocía bien porque lo había escrito su padre: *Breve historia de la extorsión criminal,* de Herbert Jones, consejero de la reina. Fue a cogerlo y, cuando lo hizo, se cayó un sobre que debía de estar oculto en su interior. Tuvo un momento de duda y no supo si debía leer las cartas privadas de la directora, pero eso ocurrió antes de que abriera delicadamente la cuartilla. No la quería leer por gusto, después de todo. Era prácticamente su obligación.

La nota estaba escrita a máquina, en letras mayúsculas.

CONOZCO TU SECRETO. A MENOS QUE QUIERAS QUE SE LO CUENTE A LOS DEMÁS, REÚNETE CONMIGO EN LA TORRE HOY A MEDIANOCHE.

La cabeza de Justina empezó a dar vueltas. ¿Cuándo se había escrito aquello? ¿Era aquella nota la razón por la que la señorita De Vere había ido a la torre aquella noche? ¿Era una nota de la señorita Thomas, entonces… que también estaba por allí aquella noche…? Y si era así, ¿significaba que la profesora de gimnasia había estado chantajeando a la directora? «Extorsión», como sabía bien Justina, era el término legal para designar el chantaje. ¿Había matado la señorita De Vere a la señorita Thomas para impedir que le dijera a todo el mundo su secreto? ¿Y cuál era ese secreto?

Entonces se dio cuenta de que la nota había estado metida en un sobre, también con algo mecanografiado. Y el nombre que estaba en el sobre era «Señora de Guy Goddard». ¿Quién era? El nombre le resultaba extrañamente familiar.

—¿Qué es eso? —susurró Stella. Miró de reojo al pasillo y luego corrió hasta la mesa, abandonando su puesto de vigía.

Su amiga le enseñó la nota.

—¿Quién ha escrito esto? —preguntó Stella con gesto sobrecogido—. ¿Y cuál es el secreto?

—No lo sé… —admitió Justina—. No viene firmado.

«Goddard», se repetía en la cabeza. «Goddard, Goddard, Goddard…» ¿Dónde había oído ese nombre antes? Volvió a dejar la nota y el sobre en el libro.

—Echaré solo un vistazo rápido a los cajones —propuso—. Puede haber alguna pista.

—Vale, pero date prisa, por Dios —apremió Stella—. Esa va a volver enseguida.

—No te refieras a tu directora llamándola «esa» —dijo una voz desde la puerta.

Stella empezó a llorar. Justina no podía recriminárselo, pero no era una actitud que resultara precisamente favorable.

—Señorita De Vere —saludó con alegría—. ¡Qué casualidad…!

No fue la observación más oportuna, si una lo piensa bien.

—Os voy a dar dos segundos para que penséis una buena razón por la que estáis en mi despacho —lanzó la señorita De Vere— y luego escribiré a vuestros padres para pedirles que os saquen del colegio.

Stella sollozó aún más fuerte. Justina no creía que valiera la pena recordarle a la señorita De Vere que no iba a poder enviar las cartas porque no había correo debido a la nieve.

—Tenemos alguna información —dijo bastante imprudentemente—. Sobre la muerte de la señorita Thomas. —Y empezó a salir de detrás del escritorio. La señorita De Vere se cruzó con ella para sentarse majestuosamente en su sillón. Justina no pudo sino advertir que la mirada de la directora se concentraba en la *Breve historia de la extorsión criminal*.

Justina permaneció de pie junto a Stella y la cogió de la mano.

—Creo que la señorita Thomas fue asesinada —anunció.

La mirada de la señorita De Vere era siniestra y parecía que

era capaz de perforar el cerebro de Justina. Pero esta no pudo evitar notar que la directora no parecía exactamente sorprendida por sus palabras.

—Verá, yo estaba allí cuando se encontró el cadáver, y no había huellas en la nieve. Eso significa…

—Basta. —La señorita De Vere no gritó, pero su voz grave retumbó por toda la estancia. Justina estaba segura de que había podido oír cómo los trofeos tintineaban en la estantería acristalada.

La señorita De Vere inspiró profundamente y dio la impresión de que estaba tomando una decisión respecto a algo. Cuando volvió a hablar, su voz era distinta, más calmada y más mesurada.

—Es evidente que te crees un sabueso aficionado, Justina —expuso—. Es comprensible. Después de todo, tu madre escribía novelas policíacas y tu padre es abogado criminalista. Además, habrá que tener en cuenta el dolor por lo de tu madre. Ver a la señorita Thomas… verla así… bueno, eso debe de haber sido muy traumático. Para ti. Para todas. —Y miró entonces a Stella, que todavía estaba lloriqueando—. Pero no puedo tener en el colegio a chicas que se cuelan en los despachos privados de los profesores. ¿Lo entendéis?

—Sí, señorita De Vere —dijo Justina.

—Sí, señorita De Vere —repitió Stella limpiándose las lágrimas con el envés de la mano.

—La muerte de la señorita Thomas fue un trágico accidente. Es un agravio a su memoria hablar de un asesinato. Las dos haréis deberes suplementarios de latín esta tarde y no participaréis en los ensayos de la obra de Navidad.

Justina había olvidado que había ensayo esa tarde. Francamente, no era mucho castigo quitarse de la vista a Rose y a Helena Bliss pavoneándose por ahí vestidas con camisones blancos.

—Pero ¿sigue pensando en escribir a nuestros padres? —preguntó Stella. Le temblaba la voz.

—Eso depende enteramente de vuestro comportamiento en los próximos días —respondió la señorita De Vere—. Podéis marcharos.

Gracias a algún misterioso sistema de comunicaciones del

colegio, a la hora de la merienda todo el mundo conocía el escándalo protagonizado por Stella y Justina.

—Seguramente os expulsarán —dijo Rose al tiempo que untaba margarina en su rebanada (ya había indicios de que los suministros empezaban a escasear: no había mantequilla ni mermelada, y el cacao era tan flojo que sabía a agua). Rose parecía haberse recobrado perfectamente de su antiguo dolor por la muerte de la señorita Thomas. Iba vestida con la indumentaria de ángel, un vestido blanco y largo, y unas alas doradas. Justina pensó que, si pudiera, Rose llevaría ese atuendo todo el día.

—Oh, no… —Los ojos de Eva se llenaron de lágrimas—. Os echaríamos mucho de menos.

—Echaríamos de menos a Stella —expuso Rose.

—Echaríamos de menos a ambas —siguió Nora. Justina estaba casi emocionada.

—No nos expulsarán —negó Justina—. La señorita De Vere ni siquiera estaba enfadada.

—Sí que lo estaba —arguyó Stella, que había estado profundamente deprimida desde la escena en el despacho de la señorita De Vere.

—Os vais a perder el ensayo —anunció Rose.

—Ya —admitió Justina—. Es el peor castigo de la historia.

Rose entrecerró los ojos. Daba la impresión de que nunca estaba totalmente segura de cuándo Justina estaba siendo sarcástica. Se contentó con decir:

—Vais a pasar frío las dos solas en la sala de estudio. Os vais a congelar.

Lo último probablemente sería cierto. Después de la merienda, Justina decidió escabullirse al salón comunitario y hacerse con la manta y ponérsela en las piernas. El gran vestíbulo estaba desierto cuando pasó por allí. Corrió rápidamente hasta la escalinata principal y llegó hasta el pasillo de la primera planta. Entonces se quedó helada. Al final del pasillo pudo ver a Helena Bliss, ataviada con un vestido blanco, alas y un halo dorado, yendo hacia ella. Iba acompañada de Davina, su amiga y ángel auxiliar, vestida como ella, pero sin el halo. Justina se escondió rápidamente tras una armadura.

—Hoy voy a ir al Torreón Norte a medianoche —estaba

diciendo Helena—. Él estará allí.

—Oh, Helena —se preocupó Davina—, ten cuidado…

Los zapatos del colegio repiquetearon cuando las dos amigas bajaron las escaleras: aquellos zapatos quedaban muy raros con los vestidos de ángel. Justina permaneció escondida, con la respiración bastante agitada.

¿Por qué iba a ir Helena al Torreón Norte a medianoche? ¿Y quién era «él»?

Solo había una manera de averiguarlo.

El pueblo y el rey contra Stanley.

El pueblo y el rey contra Donagh y West.

El pueblo y el rey contra Hamilton.

El pueblo y el rey contra Pewsey.

Justina estaba tumbada en la cama repasando la lista de antiguos juicios por asesinato e intentando mantenerse despierta hasta estar segura de que todas las demás estaban dormidas. Iba a hacerlo. Iba a averiguar qué demonios hacía Helena Bliss cuando deambulaba por el colegio por la noche. También iría a ver a Dorothy. Podría tener que ver con alguien más que estuviera implicado en el caso y, después del incidente con la señorita De Vere, Stella estaría demasiado aterrada como para saltarse más normas. Y si a ella, a Justina, la expulsaban, bueno… al menos podría largarse de Highbury House y volver a casa. ¿Y no era eso lo que quería, de todos modos? Pero, aunque lo pensara, también se dio cuenta de que echaría de menos a determinadas personas del colegio. Stella y Dorothy, por supuesto, pero también a Nora y a Eva. Incluso a Rose, en cierto sentido…

El pueblo y el rey contra Hughes.

El pueblo y el rey contra Bayliss y Bayliss.

El pueblo y el rey contra Peruzzi.

El pueblo y el rey contra Goddard.

En realidad no le estaba costando mucho mantenerse despierta, porque su cerebro estaba hirviendo.

¿Con quién se iba a encontrar Helena Bliss en el Torreón Norte a medianoche? ¿Quién estaba chantajeando a la señorita De Vere y por qué? ¿Quién había empujado a la señorita Thomas a la piscina vacía? ¿Quién había matado a Mary?

Poco a poco el dormitorio cayó en un profundo silencio. En el exterior, ululó un búho. Debajo de las mantas, Justina encendió la linterna y miró el reloj. Las once y media. Se levantó y caminó de puntillas hasta la puerta, luego se quedó quieta en el pasillo durante un segundo, escuchando. El colegio estaba misteriosamente callado esa noche. Ni pisadas, ni puertas que se abren y se cierran, ni conversaciones entre susurros. Estaba todo tan silencioso que se podía escuchar el tictac del carillón del vestíbulo, dos plantas más abajo.

Justina avanzó sigilosamente por el rellano y abrió cuidadosamente la puerta que daba a las escaleras del ático. Se quedó quieta, escuchando. Nada. Solo los crujidos y los quejidos propios de un viejo caserón por la noche; las tarimas se ensanchan, los ratones se escabullen por los zócalos agujereados (Rudi, el gato de la señora Hopkirk, estaba demasiado gordo y era demasiado perezoso como para cazar ratones). Justina ascendió la escalera hasta el ático. La puerta del Torreón Norte estaba abierta. ¿Se encontraría a Helena allí? Se acercó a la puerta hasta que pudo ver el interior de la estancia. Al principio pensó que estaba vacía, pero luego vio una silueta tendida en el suelo. Una chica con una melena larga y rubia.

Helena Bliss.

Justina no tenía conciencia de haber gritado, pero seguramente lo había hecho, porque, unos segundos después, Dorothy entró corriendo en la estancia.

—¿Qué pasa? ¡Justina! ¿Qué estás hac…? ¡Ay, Dios mío! ¿Esa es…? ¿Está…?

—Es Helena —anunció Justina apenas capaz de hablar—. Creo que está muerta. Quédate aquí mientras voy a buscar a la señorita De Vere.

—¿Que me quede aquí? —se quejó Dorothy—. Ni hablar.

—Siguió a Justina por el pasillo y las dos bajaron las escaleras. En el rellano del dormitorio, Justina se detuvo. Estaban al lado de la puerta que daba a las estancias de los profesores, pero se encontraban tan fuera de los límites permitidos que incluso entonces dudó. Mientras se lo pensaba, sin embargo, la puerta se abrió y apareció la señorita De Vere. Completamente vestida. Y Justina no pudo evitar darse cuenta.

—¡Justina! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué es todo este escándalo?

Unos segundos después apareció monsieur Pierre, con un batín de terciopelo azul. Y la celadora, con una bata guateada rosa.

—¿Qué estás haciendo fuera de la cama, Justina? —preguntó la celadora en cuanto la vio—. Te pondré una falta de comportamiento por esto.

—Es Helena —expuso Justina—. Está tendida en el suelo. Creo que está muerta.

Monsieur Pierre dejó escapar una maldición en francés y la celadora se llevó la mano al pecho, pero la señorita De Vere solo dijo:

—¿Dónde?

—En la habitación del torreón.

Justina, Dorothy, la celadora y monsieur Pierre siguieron los pasos de la señorita De Vere por el pasillo. Cuando llegaron a la puerta, sin embargo, Justina se detuvo, sintiendo un temor repentino a entrar. Oyó cómo la señorita De Vere decía «¡Oh, no!» y monsieur Pierre murmuraba algo que parecía una oración. Dorothy se aferró al brazo de Justina, sollozando en silencio.

La celadora estaba inclinada sobre el cuerpo de Helena. Se enderezó.

—Tenemos que llevarla a la enfermería de inmediato, Dolores.

Le costó unos segundos a Justina darse cuenta de que la celadora se estaba dirigiendo a la señorita De Vere. Había olvidado momentáneamente que se llamaba Dolores. Pudo oír cómo la señorita De Vere inspiraba profundamente antes de hablar.

—Justina, Dorothy. Id a la habitación de Dorothy y

esperadme allí. Jean-Maurice, Evelyn, necesito que me ayudéis con… con Helena.

Ella ya no necesitaba ver más. Agarró a Dorothy por el brazo y la arrastró por el pasillo.

En la habitación, ambas se sentaron en la cama, en silencio, cogiéndose las manos. Tras unos instantes, estaban tan heladas que se metieron bajo las mantas.

—¿Estaba muerta? —preguntó Dorothy al final—. ¿Lo viste?

—No lo sé —contestó Justina—. No la vi respirar.

—Pero ¿quién querría matar a Helena? ¡Si todo el mundo la adoraba!

«No todo el mundo», pensó Justina. Pero se guardó esa opinión para sí misma.

Tras unos minutos, la señorita De Vere entró en la habitación. La directora estaba muy pálida, pero, por otra parte, parecía perfectamente tranquila. Podría haber estado a punto de presidir una reunión matutina.

La señorita De Vere se sentó en la silla que había junto a la cama de Dorothy. Las dos niñas la miraron sin decir ni una palabra. La señorita De Vere se sacudió la falda y alisó el paño con las puntas de los dedos. Justina se fijó en sus manos por vez primera. Eran sorprendentemente grandes para una mujer tan esbelta. Parecían muy fuertes.

—Hemos llevado a Helena a la enfermería —comunicó la señorita De Vere con voz grave—. La celadora la está cuidando.

—¿Está muerta? —susurró Dorothy.

—No —contestó la señorita De Vere, pero no las miró a los ojos. Justina se preguntó si estaría mintiendo—. Pero está muy enferma. Ahora, niñas, quiero pediros algo muy importante. Veréis, ahora mismo estamos atravesando un momento muy delicado. Las líneas de teléfono no funcionan y el colegio está completamente aislado por la nieve. No podemos ir a buscar un médico…

—Ni a la policía —completó Justina sin poder evitarlo.

La señorita De Vere se inclinó hacia ella. Sus ojos centelleaban en medio de la penumbra de la habitación.

—Ya sé que te crees una detective, Justina, pero debo pedirte que no dejes que tu imaginación se desborde. La

muerte de la señorita Thomas fue un trágico accidente. Y Helena, simplemente, se ha puesto muy enferma… de repente.

—Parecía como si estuviera muerta —insistió.

—No debes decir eso nunca —reprendió la señorita De Vere, hablando muy bajito, pero con una intensidad aterradora—. Lo último que necesitamos es que se levante una ola de histeria y pánico. Tú eres una estudiante y estas son cosas de mayores. No creo que entiendas lo que está ocurriendo. Debes dejar todo esto en mis manos. Y debes prometerme que no vas a decirle nada de esto a nadie. ¿Entiendes? A partir de ahora, todo el mundo debe permanecer en sus dormitorios desde el momento en que se apaguen las luces —añadió la directora—. Quiero que me lo prometas, Justina. No puedo tenerte merodeando a tu libre albedrío por el colegio toda la noche. Estarás más segura si te quedas con las otras niñas. ¿De acuerdo?

Las dos muchachas asintieron sin pronunciar palabra. ¿Qué otra cosa podían hacer? Pero Justina se dio cuenta de que la señorita De Vere no les había explicado qué había ocurrido para que Helena estuviera «muy enferma». ¿Era lo mismo que había matado a Mary?

Al día siguiente, hubo gran consternación cuando se supo que Helena Bliss no iba a dar las gracias a Dios por los alimentos que iban a tomar en el desayuno.

—¿Dónde está Helena? —preguntó Nora—. Nunca se pierde el desayuno.

—Puede que esté enferma —aventuró Eva—. Tenemos que hacerle una tarjeta para desearle que se recupere pronto.

—Le preguntaré a Davina —dijo Rose—. Seguro que ella lo sabe.

Rose se levantó y se dirigió a la mesa de las delegadas. Aquel comportamiento atrevido era un ejemplo de cómo se habían deteriorado las cosas, porque nadie la reprendió. Era verdad que a Rose siempre se le había permitido romper algunas normas, pero el colegio parecía haber entrado en una nueva etapa durante los últimos días. Justina tenía que admitir que casi lo prefería como era antes. Al menos antes había una estructura y unas normas, algo contra lo que rebelarse. Ahora tenía la incómoda sensación de que nadie sabía realmente qué hacer y la directora, la persona que se suponía que estaba al mando, estaba en el mejor de los casos completamente perdida y en el peor era una asesina.

Rose regresó a la mesa de las Lechuzas con aires de importancia.

—Helena está enferma. Davina dice que la señorita De Vere fue al dormitorio de las de sexto y se lo dijo. Está en la enfermería.

—Puede que tenga lo mismo que Mary —sugirió Eva.

«Puedes jurarlo», pensó Justina. La obligación de mantener el secreto en todo el asunto empezaba a resultarle un tanto agobiante. Deseaba desesperadamente decirle a Stella lo que había ocurrido la noche anterior, pero había prometido no decir nada y, además, Stella ya se había aterrorizado lo suficiente cuando Justina había sugerido que la señorita Thomas había sido asesinada. ¿Qué diría si supiera que Helena Bliss estaba tendida en la enfermería, muy enferma o quizá incluso muerta? La señorita De Vere tenía razón con lo de la histeria, aunque solo fuera eso. Justina temía pensar en lo que ocurriría si el resto de las niñas lo supieran. Habría gritos, lloros, desmayos, un pánico total. Pensó de nuevo en cuando conoció a la señorita De Vere y la advertencia de la directora sobre la vida en un internado: «La vida en los internados puede resultar complicada… Estáis juntas todo el tiempo, sobre todo en un lugar tan aislado como este. Puede haber tensiones, los nervios se pueden perder inesperadamente y se dicen cosas de las que no es fácil retractarse».

Las palabras adquirían ahora un tinte nuevo y siniestro. ¿Era eso lo que había ocurrido con Helena? ¿Había dicho algo de lo que no podía retractarse? ¿Había dicho algo que hubiera provocado su asesinato?

—¿Estás bien, Justina? —preguntó Stella.

—Estoy bien —contestó Justina—. Solo es un poco de dolor de cabeza.

En realidad, sí que tenía dolor de cabeza. Todas aquellas noches en pie le estaban pasando factura al final. En latín, incluso la señorita Bathurst, que apenas veía más allá de sus narices, se había dado cuenta de que algo no iba bien.

—¿Te encuentras bien, Justina? —le había preguntado la profesora mirándola de cerca—. Parece que estás muy pálida.

—Solo es un poco de dolor de cabeza —repitió Justina.

—No puedo enviarte a la enfermería —dijo la señorita Bathurst—, porque está Helena allí y la señorita De Vere dice que lo que tiene puede ser contagioso. Pero ¿por qué no vas a

la salita común y lees allí tranquilamente? De todos modos, vas muy adelantada en latín.

Justina no necesitó que se lo dijeran dos veces. Ignorando las protestas susurradas de Rose de que aquello no era «justo», recogió sus cosas y se fue a la sala común. El colegio estaba en perfecto silencio, todo el mundo se encontraba en clase y, en el exterior, la nieve se extendía sobre los campos como una manta esponjosa y suave. Justina miró por una de las ventanas de la escalera. Los campos de juego estaban completamente blancos. Era curioso cómo la nieve había conseguido que todo tuviera un aspecto diferente. El gimnasio tenía carámbanos colgando como adornos navideños y la torre se había convertido en un castillo de cuento de hadas. Mientras observaba el panorama, vio una silueta avanzando hacia el gimnasio, abriéndose paso a través de la nieve. Era Hutchins, con un abrigo grueso y un gorro de piel. ¿Qué andaba haciendo? ¿No debería emplear todas sus fuerzas en abrir un camino por el campo hacia el mundo exterior? Hutchins se detuvo como si estuviera agotado, y Justina vio que se volvía para mirar al edificio del colegio. Aunque estaba casi segura de que no podía verla, se agachó bajo el alféizar. Cuando se volvió a incorporar, Hutchins había desaparecido. ¿Dónde había ido? ¿O había sido solo una imaginación suya?

Enfiló la escalera del servicio para subir al salón común, pero no entró. En vez de eso, siguió subiendo hasta el ático. Dorothy no había estado en el desayuno. Tal vez estaba demasiado angustiada. En cualquier caso, Justina necesitaba hablar con ella. Subió corriendo las escaleras de piedra, sin preocuparse mucho por si se encontraba a alguien que bajara.

La puerta de la habitación de Dorothy estaba abierta. Su cama estaba perfectamente hecha y había una nota encima.

Querida señorita De Vere:
Ya no puedo seguir trabajando aquí. Tengo mucho miedo. Me he ido a casa con mi madre.
Lo siento.
Dorothy

Se quedó allí, de pie, en la habitación del ático. Tenía la sensación de que el corazón se le había congelado. Ella debía

de ser una de las pocas personas en el colegio que conocía la caligrafía de Dorothy, y estaba absolutamente convencida de una cosa.

Dorothy no había escrito aquella nota.

No había más remedio que contarle a Stella lo que ocurría. Justina no confiaba lo suficiente en la señorita De Vere para decirle que Dorothy no había escrito aquella nota. Dorothy estaba en peligro y Justina no creía que pudiera salvarla sola. Necesitaba un aliado y Stella era la única amiga en la que realmente podía confiar. Cuando Stella salió de la clase de latín, riendo con Nora, como si nada le importara en el mundo, Justina estaba esperándola fuera.

—Tengo que hablar contigo —le dijo cogiéndola por el brazo y arrastrándola a un aparte.

Stella se puso seria de inmediato.

—¿Qué pasa?

Justina esperó a que todas las chicas, que hacían risitas y se preguntaban qué habría para comer, pasaran de largo. (Justina nunca había entendido por qué las chicas especulaban sobre ese tema cuando todas las comidas eran igual de asquerosas).

—Tengo que contarte una cosa —anunció—. No grites.

Stella no profirió ni una mínima admiración cuando Justina le dijo que habían encontrado a Helena en la habitación del torreón, pero se puso blanca como una pared y se llevó la mano a la boca.

—Eso es horrible… —se espantó cuando al final pudo

apartar la mano—. ¿Por qué no nos lo ha dicho la señorita De Vere?

—Porque estamos aislados por la nieve y no quiere que nadie se ponga histérico —respondió Justina—. Dorothy lo sabe, pero acabo de subir a su cuarto y había una nota sobre la cama que decía que tenía mucho miedo y que se iba a casa con su madre.

—No me extraña —admitió Stella—. ¡Ojalá pudiera irme yo también con mi madre!

—La cuestión es… que Dorothy no escribió esa nota —siguió Justina—. Conozco su letra por la otra nota que me envió. Esta caligrafía es completamente diferente. Creo que alguien se ha llevado a Dorothy.

—¿Cómo que se la han llevado?

—Secuestrada. Quizá incluso…

—Justina… —Stella se aferró al brazo de su amiga—. Tenemos que decírselo a la señorita De Vere.

—No podemos —negó Justina—. Todavía cabe la posibilidad de que la señorita De Vere sea la asesina. Ya sabemos que la estaban chantajeando y que no hace más que rondar por el colegio de noche. No podemos confiar en ella.

—No me lo puedo creer —dijo Stella con la cara descompuesta—. ¡Es la directora! —Se encogió como si ni siquiera estuviera convencida de lo que decía.

—Mira —propuso Justina—. Tenemos que encontrar a Dorothy. Tenemos que encontrarla y cazar al asesino. Antes de que muera más gente.

—Pero ¿cómo vamos a encontrar al asesino? —preguntó Stella—. No somos más que estudiantes. ¡No sabemos nada de encontrar asesinos! ¡Debería hacerse cargo de esto un adulto!

—¡No hay ningún adulto en el que podamos confiar! —contestó Justina de inmediato—. Y, además, he leído un montón de novelas de misterio. Y como siempre dice Leslie Light: «Reúne los datos y busca un patrón». Todas las claves están aquí. Solo tengo que descubrir el patrón. Pero, mientras tanto, tenemos que encontrar a Dorothy. Hay muchísima nieve ahí fuera. No puede haber ido lejos, así que debe de estar en algún lugar por aquí, en el colegio.

—Pero ¿dónde? —inquirió.

—Ahí es donde me puedes ayudar —propuso Justina—.

Llevas aquí cinco años. He hecho un plano del colegio, pero no conozco todos sus rincones.

—Yo tampoco sé demasiado… —se disculpó Stella—. Hay muchas zonas del colegio a las que no podemos entrar… las dependencias de los profesores, el sótano, el ático, las dependencias del servicio…

—Bueno, entonces, para empezar, miraremos en todos esos sitios —sugirió Justina—. Yo voy a seguir teniendo dolor de cabeza toda la tarde. Tú encuentra alguna excusa para salir de la clase de mates. Buscaremos por todo el colegio si es necesario.

—¿Vamos a empezar ahora? —preguntó.

Justina sonrió.

—No. Vamos a comer. Necesitamos reponer fuerzas.

Justina a duras penas consiguió engullir la comida. Era un «pastel del pastor» y sabía como si estuviera hecho con cadáveres de pastores realmente.

—¿Aún te duele la cabeza? —preguntó Eva compasivamente.

—Sí —fingió Justina—. No creo que vaya a clase esta tarde. Me quedaré tranquilamente en la sala común.

—No creo que te dejen —trató de desalentarla Rose.

Pero Justina estaba bastante segura de que nadie se quejaría. Los profesores estaban todos tan distraídos que ni siquiera se darían cuenta de su ausencia.

—Yo también me encuentro un poco mal —anunció Stella. Justina pensó que el talento interpretativo de Stella era horrible, pero el resto de las chicas, al parecer, no lo notaron, y todas dejaron escapar pequeñas exclamaciones de solidaridad.

—Y Helena todavía se encontrará fatal, claro —observó Nora señalando la mesa de las delegadas. Justina y Stella evitaron mirarse—. Espero que no nos contagiemos todas, sea lo que sea.

—Yo también —deseó Justina.

La primera clase de la tarde era de matemáticas. Justina pidió permiso para no asistir y la señorita Morris no puso objeción alguna; simplemente le puso unas sumas «para que no pienses

en el dolor de cabeza». Justina se dirigió hacia la sala común, donde apareció unos minutos después Stella.

—Dije que me encontraba mal —explicó Stella—. Y la señorita Morris dijo que seguramente sería culpa del pastel del pastor.

Justina pensó en los cubos de basura para los cerdos.

—Tendrá razón. Y, ahora, aquí está el plano que he hecho del edificio. —Y sacó un papel, el que había empezado a dibujar desde el mismo día que entró en Highbury House—. Dorothy no va a estar ni en las clases ni en los dormitorios. Creo que nuestras mejores opciones son el ático o el sótano. Y los edificios anejos, claro. —Esperaba que Stella dijera que esas zonas estaban prohibidas.

Pero había subestimado a su amiga.

—Deberíamos ir ahora —propuso—. Tenemos una hora hasta el recreo de la tarde. ¿Nos separamos?

Pero las palabras de la señorita De Vere resonaron en la cabeza de Justina: «Estarás más segura si te quedas con otras niñas».

—Será mejor que vayamos juntas —dijo—. Empezaremos por el sótano. Es el lugar más probable porque allí no va nadie. Las salas de música y la salita común de las de sexto están en el ático.

A los sótanos llegaron por una puerta que había junto a la cocina. Justina y Stella se detuvieron en el pasillo, escuchando el ruido de alguien fregando. La cocinera debía de estar haciéndolo ella misma, porque Ada, la friegaplatos, no había podido salir del pueblo. Y no estaba Dorothy.

—¡Ahora! —exclamó Justina cuando se oyó un estrépito en el fregadero. Corrieron hacia la puerta y empezaron a bajar las oscuras escaleras.

—¿No hay luz aquí? —preguntó Stella mientras palpaba la pared buscando un interruptor.

—No creo —dijo—, pero tengo mi linterna. —La encendió y el vacilante haz de luz iluminó un techo de ladrillo, unas paredes combadas y el suelo de piedra.

—No creo que nadie baje aquí —apuntó Stella.

—Yo creo que sí —la contradijo Justina—. Mira el suelo. No hay polvo. Y la puerta se ha abierto fácilmente. Creo que alguien ha venido aquí muy recientemente.

Aquella idea resultaba de verdad escalofriante. Justina se encontró de repente caminando muy pegada a Stella.

—Empecemos a buscar —propuso intentando que su voz sonara en un tono valeroso.

Justina iluminó cuidadosamente las paredes con la linterna, pero no se veían otras puertas; solo algún nicho de tanto en tanto, alguno de ellos lleno de barriles. Se preguntó qué habría en ellos, si la cocinera parecía que solo sabía hacer pasteles de carne picada y pudin de tapioca (y niño muerto, claro). El pasadizo siguió recto durante un buen trecho, pero luego giró abruptamente a la izquierda y luego a la derecha. Justina casi había renunciado a averiguar qué parte del colegio tenían sobre la cabeza. Avanzaban muy lentamente y muy juntas. No pudo evitar pensar que si alguien las hubiera seguido, ahora no tendrían ningún lugar donde esconderse.

Al final el pasadizo se terminó. Frente a ellas solo había otra escalera con una puerta a cada lado. Justina intentó abrir una de las puertas. Estaba cerrada.

—¿Dorothy? —preguntó, y su voz retumbó en el techo bajo del sótano.

«¿Dorothy? ¿Dorothy? ¿Dorothy?»

Para su sorpresa, la otra puerta se abrió con extrema facilidad y de repente ambas se encontraron en una pequeña sala. Justina iluminó la estancia con la linterna y descubrió una serie de extraños aparatos que parecían como cajas con registros y contadores, todo lleno de cables.

Se giró hacia Stella.

—¿Qué es todo eso?

—No lo sé —respondió Stella—. ¿Algo eléctrico?

De repente, Justina se acordó de una cosa. El cuarto en el que se habían escondido cuando le contó a Stella lo de la pluma de la señorita De Vere. El almacén que había debajo del Torreón Norte. Allí había cajas con una etiqueta que decía «Equipos eléctricos. No tocar». Las chicas habían utilizado aquellas cajas para sentarse. ¿Qué eran todos esos misteriosos equipos eléctricos? ¿Y tendrían alguna relación con los asesinatos?

—Sigamos buscando —propuso Justina—. Me pregunto adónde llevará esta escalera.

—Ay, no subas Justina —suplicó Stella—. Volvamos por

donde hemos venido.

Pero Justina casi había llegado a la puerta de arriba. Se abrió fácilmente y Justina entró en una gran sala. Después de la oscuridad del sótano, la luz allí era muy brillante, casi azul. Justina tardó unos segundos en darse cuenta de que era la nieve, visible a través de las grandes cristaleras de las ventanas.

—Stella —susurró—. Estamos en el salón de actos.

—Gracias a Dios —suspiró Stella uniéndose a su amiga—. Démonos prisa y vayamos a algún sitio donde se nos permita estar.

—Sssh… —chistó Justina—. Viene alguien.

Stella dejó escapar un leve quejido.

—¡Rápido! ¡Detrás de la cortina!

Subieron al estrado y se escondieron detrás de las cortinas de terciopelo azul.

Justo a tiempo. Dos personas entraron en el salón cargando con una gran caja. Avanzaron rápidamente por la sala, abrieron la puerta que daba al sótano y desaparecieron.

Justina y Stella se miraron desde las sombras y los pliegues de las cortinas.

—La señorita De Vere y monsieur Pierre —musitó Stella.

—Sí —dijo Justina—. *¿Y qué llevaban en la caja?*

—Vamos a seguirlos —propuso Justina.

—No podemos —le quitó la idea Stella—. Nos verían. Tendremos que volver más tarde.

Permanecieron quietas en las sombras azules de las cortinas del estrado, mirándose. La aventura cada vez se estaba enredando más y haciéndose más peligrosa.

—¿Crees que sería…? ¿Crees que llevaban a Dorothy en la caja? —susurró Stella con los ojos muy abiertos—. Su cadáver, digo… —Parecía aterrorizada consigo misma por haberse atrevido a decir esas palabras.

—No lo sé —admitió Justina—. Pero no me pareció que la caja fuera muy pesada. Parecía que la llevaban con bastante facilidad. De todos modos, eso demuestra que los dos están juntos en esto: la señorita De Vere y monsieur Pierre.

—¿En qué? —preguntó Stella—. ¿De verdad crees que ellos mataron a Dorothy? ¿Y a la señorita Thomas? ¿Y a Helena? ¿Y a Mary? —Y la voz se iba haciendo más aguda cada vez que nombraba a una víctima.

—Bueno, desde luego, andan haciendo algo a escondidas —respondió.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Stella.

—Comprobemos el ático —sugirió Justina—. No pude inspeccionarlo bien cuando subí antes. Tuve que bajar

enseguida para reunirme contigo. Puede que encontremos alguna pista allí.

—Ya casi es la hora del descanso —observó—. Será mejor que nos demos prisa.

El gran salón de actos estaba en silencio. Tomaron las escaleras principales y pasaron junto a las armaduras y las pinturas siniestras, que ahora parecían estar mirándolas fijamente con aquellos ojos pintados. Justina pensó en Hutchins y en cómo lo había visto haciendo caminos en la nieve antes, y en el rostro de la directora cuando les pidió que guardaran el secreto de lo ocurrido con Helena. ¿Había alguien en el colegio en el que se pudiera confiar?

Mientras subían las escaleras hasta el primer rellano, oyeron una voz tras ellas.

—¿Puedo preguntaros adónde vais? —Era la señorita Morris, la profesora de matemáticas, cargando con un montón de libros de ejercicios.

—Al dormitorio —improvisó Justina con todo el descaro—. Tengo dolor de cabeza.

—Los dormitorios son espacios prohibidos durante el día, como bien sabéis. ¿No tenéis suficientes problemas ya, niñas?

¿Acaso sabía la señorita que a Justina y a Stella habían sido sorprendidas en el despacho de la señorita De Vere o se estaba refiriendo a otra cosa? Justina pudo notar a Stella encogiéndose y ocultándose tras ella.

La señorita Morris se quedó mirándolas. Tenía unos ojillos pequeños y brillantes, escondidos tras las gafas.

—Bajad inmediatamente —dijo al final—. Ya casi es la hora del descanso y vais a poder salir todas al patio. Hutchins ha limpiado casi toda la nieve. Estoy segura de que un poco de aire fresco os sentará maravillosamente a todas. Puede que incluso solucione esas jaquecas tuyas, Justina.

En el patio se encontraron con Rose, Nora y Eva, que daban vueltas en el patio, cabizbajas, con todas las demás. La nieve se había amontonado en el medio, dejando un estrecho camino por el exterior. Algunas chicas tiraban bolas de nieve, pero la mayoría sencillamente paseaba con la mirada en el suelo. Aquello le recordó a Justina las fotografías que había visto de los prisioneros haciendo ejercicio en la cárcel.

—¿Ya estás mejor? —preguntó Rose con una ironía indisimulada.

—Sí, gracias —contestó Justina, que sabía cuánto le molestaba a Rose que se tomara ese tipo de ironías como si fueran en serio—. Muy amable por tu parte preguntarlo.

—¿No es horrible? —dijo Eva dando una patada a un grumo de nieve congelado—. Ojalá se derritiera toda y pudiéramos volver a la vida normal.

Se precisaría más que un deshielo para que el colegio volviera a la normalidad, pensó Justina. Y en voz alta dijo:

—¿Sabéis si Hutchins ha abierto un camino hasta las verjas de la entrada?

—Estuvo allí esta mañana —respondió Nora—, pero he oído a no sé quién decir que todas las carreteras están bloqueadas. No hay manera de salir de estos pantanos.

«No hay manera de salir de estos pantanos.» Justina pensó en la primera vez que vio el edificio del colegio y en cómo el caserón con sus siniestros torreones se erguía sobre las planicies que lo rodeaban. También recordó lo que había escrito en su diario: «Posibilidades de escapar sin ser vista: mínimas».

En la hora de los deberes Justina diseñó su plan de actuación. Las otras compañeras de segundo estaban cuchicheando o haciendo algo sin mucho entusiasmo. Eva estaba confeccionando una tarjeta para Helena en la que le deseaba una pronta recuperación. Eva era bastante buena en dibujo y era famosa por sus caricaturas. Había hecho una de Justina vestida con una toga y declamando en latín. Esta la había clavado con una chincheta en la pared, encima de su cama, pero la celadora se la había quitado de allí. Ahora Eva estaba dibujando a Helena con aspecto de ángel, lo cual llamó mucho la atención de Justina, que lo consideró muy apropiado.

Sacó el diario.

PRINCIPALES SOSPECHOSOS –
LOS HE VISTO LEVANTADOS POR LA NOCHE

1. La señorita Thomas (sospechosa n.º 1) – MUERTA
2. Señorita De Vere

3. Hutchins
4. Monsieur Pierre
5. La celadora
6. Helena Bliss
7. La señorita Morris (no la he visto levantada por la noche, pero fue al colegio con la señorita Thomas y no da la impresión de que la apreciara mucho)

Marcó con un círculo el nombre de la señorita De Vere y de monsieur Pierre, y escribió:

Cargaban una caja muy grande. ¿Sospechoso?

Luego, en otra página, escribió en letras grandes:

DOROTHY. ¿¿¿Dónde está???

1. ¿En el ático? He mirado en su dormitorio, pero podría estar en cualquier otra parte de esa planta. ¿En la sala común de las de sexto? ¿En los cuartos de ensayo de música?
2. Enfermería. Está prohibido ir allí, porque lo de Helena podría ser «contagioso». (Pregunta: ¿estará muerta? ¿Podría estar Dorothy allí también?)
3. Sótanos: revisados. Nada. A menos que D estuviera en la caja. ¡No lo creo!
4. Las dependencias de los profesores. Sería un lugar seguro porque es una zona completamente p-r-o-h-i-b-i-d-a. ¿Podría la señorita De Vere haber escondido allí a Dorothy?
5. Edificios anejos. Hay bastantes y solo Hutchins tiene las llaves. ¿Qué hacía Hutchins hoy ahí fuera???
6. ¿En la torre?

Justina cerró el diario con cierta frustración. Volvía siempre al lugar de partida. Si los caminos de las marismas estaban impracticables todavía, entonces Dorothy debía de estar aún en el edificio o en alguno de los edificios anejos. No había más posibilidades. Justina tendría que ignorar la promesa que le había hecho a la señorita De Vere y volver a salir esa misma noche.

El dormitorio estaba tan congelado como siempre. Justina intentó ponerse el pijama lo más rápidamente posible, sin dejar que ni por un momento quedara al aire el más mínimo

trozo de piel. Las otras Lechuzas estaban haciendo el mismo tipo de contorsiones por toda la habitación. Mientras Rose estaba en el baño, ella hizo tiempo junto a la ventana del fondo y escrutó los campos que rodeaban el colegio. Había luna llena, igual que la noche en la que había salido para encontrarse con Dorothy, y podía ver los terrenos con bastante claridad. Se le congeló el corazón. Habían abierto un camino hasta la torre. *¿Quién lo había hecho? ¿Y por qué?*

La luna proyectaba una luz plateada y la silueta negra de la torre se recortaba en el cielo nuboso. Recordó la primera vez que la había visto y aquel extraño resplandor en las ventanas saeteras. Y allí estaba de nuevo. Debía de ser algún reflejo de la luna. Pero… no… Parecía que hacía algo concreto esta vez.

¡Sí! ¡Otra vez lo había hecho! Eran tres destellos cortos y tres largos, y luego otros tres cortos de nuevo. Justina se quedó mirando, con el corazón latiendo desbocado.

Punto, punto, punto. Raya, raya, raya. Una y otra vez, una y otra vez…

Ya no le cabía ninguna duda. Había alguien en la torre y estaba haciendo la señal en código morse que significaba S. O. S.

¡Alguien pedía socorro!

Cuando salió del baño, Justina le pidió ayuda a Stella para hacerse una trenza francesa. Se les permitía tener el pelo suelto por la noche, pero a ella le gustaba tenerlo sujeto para que no se le enredara demasiado. Stella, que tenía hermanas pequeñas, era buenísima peinando y todo el mundo la reclamaba para que hiciera las trenzas. Así que nadie pensó nada raro cuando las dos chicas se apartaron, hacia el fondo del dormitorio, donde había algo más de luz. Se sentaron en el suelo, justo debajo de la única bombilla de la estancia.

—Tienes un pelo precioso —dijo Stella cepillándolo con mimo.

—Gracias —murmuró Justina. Y bajó la voz—. Voy a ir a la torre esta noche.

—¿Qué? —Dejó caer el cepillo, que armó un gran estrépito. Eva y Nora, que estaban teniendo una disputa desganada sobre ciertas toallas, volvieron la mirada. Rose ya estaba metida en la cama.

Justina esperó hasta que Eva y Nora reanudaron su pelea.

—He visto a alguien haciendo señales desde la torre —musitó—. Creo que es Dorothy. Voy a averiguarlo.

—¡No puedes! Y, de todos modos, no podrás pasar por la nieve.

—Alguien ha abierto un camino hasta allí. Se ve desde la

ventana.

Stella suspiró y siguió haciendo la trenza.

—¿Quieres que vaya contigo? —susurró.

Justina estaba conmovida. Sabía que, por alguna razón desconocida, Stella no disfrutaba de ese tipo de cosas. Dorothy habría estado mucho más dispuesta, pero, claro, era Dorothy la persona que necesitaba ser rescatada.

—No —contestó Justina—. Creo que será mejor que te quedes aquí. Solo quería que lo supieras. Por si… bueno, por si acaso.

—Ojalá no fueras —protestó Stella.

—Todo irá bien —dijo Justina.

—Eres muy valiente —reconoció Stella, y acabó de hacer la trenza con una coleta al final; luego dio un apretón en el brazo a Justina. Era una señal de ánimo. Y animaba mucho.

Justina estaba harta de que le resultara tan difícil mantenerse despierta. La lista de los juicios por asesinato flotaba en su cabeza y se confundía con otras palabras y frases, y los nombres se difuminaban y se desdibujaban.

Se dicen cosas que las que no resulta fácil retractarse.

No hay manera de salir de las marismas.

Posibilidades de escapar sin ser vista: mínimas.

Reúnete conmigo en la torre a medianoche.

En la torre nadie podría oírla gritar.

Le dijo a Rose que tuviera cuidado porque había un asesino en el colegio.

Veritas et fortitudo.

¿Me guardarás el secreto?

No hay manera de salir de las marismas.

No pudo esperar a que dieran las doce. Dorothy estaba en peligro: tenía que salir y llegar hasta ella lo antes posible. Pensó en la historia de miedo de Nora y en Grace Highbury, moribunda en la torre sin nadie que la rescatara. Bueno, pues eso no le ocurriría a Dorothy.

Cuando el dormitorio se tranquilizó con las respiraciones calmadas y regulares, con el añadido de los conocidos chillidos de Eva, Justina se sentó en la cama y se deslizó sin hacer ruido fuera de las sábanas. Se cubrió con el abrigo, que aún tenía escondido en la taquilla que había junto a la cama,

se puso unos calcetines gordos y cogió los zapatos con una mano y la linterna con la otra. Pasó de puntillas junto a las compañeras dormidas, intentando no hacer ningún ruido. Estaba casi en la puerta cuando una voz irritada rompió el silencio.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Justina se giró. ¡Demonios! ¡Maldita sea! Era Rose.

La voz de Rose era grave, así que no iba a atraer la atención de las maestras que pudieran pasar por allí, pero era lo suficientemente aguda como para despertar a las otras Lechuzas. Rose encendió la luz y todas las chicas se incorporaron en la cama, frotándose los ojos.

—¿Qué pasa? —se oyó la voz de Eva—. ¿Se ha muerto alguien?

—No se ha muerto nadie —replicó Justina—. Solo voy a dar un paseo.

—¿A estas horas? —preguntó Rose—. No creo.

Justina oyó cómo Rose buscaba algo en su taquilla y luego guiñó los ojos cuando la repentina luz de una linterna le iluminó la cara.

—Vamos —pidió Rose con aquella voz dura y extrañamente adulta—. Cuéntame qué pasa.

Justina suspiró con desgana.

—Creo que alguien está prisionero en la torre.

Eva dejó escapar un grito ahogado.

Desde las otras camas ascendió un severo «¡Ssssh!».

—¿Un prisionero? —se extrañó Rose—. Creo que te han afectado las historias de fantasmas de Nora.

—Mira —dijo Justina intentando que su voz sonara razonable—. Sé que parece una locura, pero creo que tienen a Dorothy encerrada en la torre. Y creo que es porque sabe algo sobre la muerte de la señorita Thomas.

—La señorita Thomas se cayó en la vieja piscina —replicó Rose—. Fue un accidente.

—No —negó Justina—. No fue un accidente.

Se hizo un silencio y entonces Stella, desde el fondo del dormitorio, dijo:

—Es verdad, Rose. Justina ha descubierto cosas. Cosas horribles que han estado pasando.

—Te ha lavado el cerebro —siguió Rose aún con aquella

voz dura y áspera—. Te ha convencido de sus tonterías. Antes eras una niña normal, antes de que Justina viniera al colegio creyéndose tan inteligente, pensando que lo sabe todo, diciendo que el colegio y el deporte y todas las cosas normales de la escuela son aburridísimas. Highbury House era un lugar genial hasta que llegó ella y ahora… —De repente, la voz adulta de Rose se desvaneció y empezó a sollozar como una niña—. Ahora todo es una porquería.

Eva saltó de la cama para ir a consolar a Rose, que era lo que se esperaba siempre de todas las Lechuzas, pero Nora miró fijamente a Justina y, con un tono serio que obligó a esta a recordar que aquella niña era una de las más listas del curso, dijo:

—¿Es eso cierto, Justina? ¿De verdad crees que Dorothy está encerrada en la torre? ¿No será una broma tonta?

Pudo intuir cómo oscilaban las opiniones de las compañeras de dormitorio, como si estuvieran calculando y sopesando todas las posibilidades en la mismísima balanza de la justicia. ¿Qué harían las chicas? ¿Se decidirían a su favor, la chica nueva, o apoyarían a Rose, la jefa de dormitorio y líder reconocida del segundo curso? Antes de que Justina pudiera contestar, Stella dijo:

—Es verdad. Yo tampoco me lo podía creer. Ya me conocéis. No tengo una imaginación desbocada y me espantan los dramas. Pero han estado ocurriendo cosas terribles en la escuela y creo que Justina tiene razón en lo de Dorothy.

Justina pudo notar que la balanza se inclinaba a su favor. Las otras niñas respetaban mucho a Stella, por su serenidad y su sensatez. Pero entonces Rose dijo:

—En ese caso, voy a llamar a una profesora. Está claro que nosotras no podemos enfrentarnos solas a una cosa así.

Y se levantó y se encaminó hacia la puerta, pero Justina saltó y se interpuso en su camino.

—No. No podemos. No sabemos si los profesores están implicados.

En ese momento el dormitorio se quedó en completo silencio. Rose y Justina se miraban fijamente a los ojos. Los ojos azules de Rose eran gélidos y Justina pensó que tal vez estuviera sintiendo algo por dentro. ¿Era miedo? ¿Ira? ¿Sabía algo?

Entonces se produjo un movimiento entre las chicas y Stella se acercó y se puso junto a Justina, impidiendo el paso a la puerta.

—Estoy contigo —dijo.

Justina sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sabía que aquello le habría costado mucho, enfrentarse a Rose, para ofrecerse a romper aún más normas del colegio y para aventurarse a correr más peligros.

—De acuerdo —aceptó—. Necesito que estéis aquí para vigilar. Mirad… —Y se dirigió a Rose intentando parecer juiciosa y amistosa, intentando parecer, de hecho, como esa criatura mítica llamada «una estudiante normal»—. Dadme una hora. Si para entonces no he vuelto, podéis avisar a la celadora. ¿Os parece?

Rose siguió mirándola. Las otras Lechuzas observaron en silencio cómo, lentamente, Rose se apartaba de la puerta.

Hacía mucho frío fuera. El viento barría la nieve, que volaba y golpeaba a Justina en la cara mientras esta rodeaba el colegio y avanzaba hacia el gimnasio y la torre. Pero Hutchins había hecho un buen trabajo. Desde luego, había excavado un buen camino y no resultaba difícil seguirlo. A veces la nieve le llegaba a la altura de la cintura por ambos lados. Era como esas fotografías que había visto de las carreras de trineos en Suiza. Justina caminaba deprisa. Solo tenía una hora. Solo una hora para salvar a Dorothy y llevarla de nuevo al colegio antes de que avisaran a los profesores. Se podría jurar que Rose daría la señal de alerta en cuanto se cumplieran los sesenta minutos. Justina caminaba cada vez más y más deprisa, y sus jadeos irregulares se amplificaban en el corredor de nieve. Aún tenía que llegar a la torre. No pensó qué podría suceder después.

«Veritas et fortitudo», se repetía. Verdad y coraje. Eso era lo único que importaba.

Pasó junto al gimnasio y rodeó la vieja piscina; luego, el camino giraba a la derecha, hacia el bosquecillo desde el que se accedía a la torre. Aquello, para Justina, era una prueba definitiva de que Dorothy estaba prisionera allí. Se preguntó quién habría despejado el camino. Ella había visto a Hutchins por allí ese mismo día. ¿Podría haberlo hecho él? ¿Y por qué

razón, si no, habría excavado ese pasadizo a través de la nieve? Pensó en aquel hombre-para-todo, en su altura, su fuerza, y confió en que Hutchins no estuviera esperándola en la torre. Acabaría con ella en segundos. Pero Dorothy no habría hecho señales si hubiera habido moros en la costa. Justina avanzaba a zancadas, haciendo frente a los remolinos de nieve.

Durante unos instantes estuvo a cubierto gracias a los árboles, y entonces, de repente, allí apareció la torre. Las almenas estaban perfiladas de blanco, pero la nieve no había conseguido adherirse a sus muros negros y resbaladizos. La luna llena colgaba del cielo tras el baluarte, como uno de esos dibujos de las cartas del tarot que solía leer Lois, la amiga de su madre. Y allí estaba la puerta, delante de ella, y parecía completamente cerrada. Justina intentó manipular el picaporte. Pero estaba bloqueado.

Furiosa y frustrada, Justina pateó la nieve. Se dio cuenta de que no había pensado ni por un momento cómo iba a entrar en la torre cuando llegara allí. Intentó girar el picaporte una y otra vez, una y otra vez. Pero, definitivamente, la puerta estaba cerrada. En el suelo había unas cuantas huellas revueltas, prueba de que alguien había estado allí recientemente, quizá varias personas.

—¡Dorothy! —gritó Justina desesperada—. ¡Dorothy! ¿Estás ahí?

Y, para su asombro, una voz le respondió.

—¿Justina? ¿Eres tú?

Justina miró hacia arriba. La cara pálida de Dorothy apenas podía verse en una de las estrechas ventanas saeteras. Era como en un cuento, pensó Justina. La princesa en la torre. Pero, en este caso, la rescatadora había topado con una cerradura infranqueable. Justina se mordió los labios de frustración. Era horrible haber llegado tan lejos y no poder entrar. ¿Qué ocurría en el cuento? La princesa le lanzaba una trenza de sus cabellos y el príncipe escalaba por ella, o alguna tontería por el estilo. Pero ni Dorothy ni Justina habrían cabido por aquellas ventanas estrechas, aunque hubieran tenido una escala de pelo a mano.

—¡Dorothy! ¿Estás bien? —La voz de Justina reverberó en el gélido aire nocturno. Esperaba que el secuestrador de

Dorothy no estuviera cerca para oírla.

—Estoy encerrada. —La voz de Dorothy se oyó en lo alto—. Recibí una nota… Creí que era tuya… ¡diciéndome que me reuniera contigo en la torre!

La voz de Dorothy resonó furiosa por haber caído en aquella trampa, pero Justina sabía que, dadas las circunstancias, ella habría hecho exactamente lo mismo. Después de todo, ella había ido a la torre a medianoche aquella primera vez sin saber con quién se iba a encontrar.

—¡Voy a buscar ayuda! —exclamó—. Tú quédate aquí —añadió un poco innecesariamente.

Pero, cuando fue a girarse, algo la golpeó en la cabeza.

Y se hizo la oscuridad.

Justina estaba sentada con su madre bajo un árbol, haces de luz brillaban a través de las ramas y las hojas, y su madre le estaba contando una historia sobre una princesa encerrada en una torre.

Iba caminando por la playa con su padre, las olas rompían en las piedras. «Mares someros —decía su padre—. Debe de haber cientos de naufragios aquí.»

Iba corriendo por las marismas, sabiendo que algo iba tras ella, algo desconocido pero aterrador que se iba acercando cada vez más, cada vez más…

No hay modo de salir de las marismas.

—¡Justina!

Abrió los ojos, pero aún era todo oscuridad a su alrededor. Entonces distinguió una cara pálida que la estaba mirando. ¿Quién era? Hubo un destello de luz blanca y un olor, como de moho mezclado con algo quirúrgico y desinfectado. Y, luego, una sonrisa, y aquel sarro amarillento…

—No te preocupes, ya estás a salvo…

«Oh, gracias a Dios». Era la celadora. Nunca se había alegrado tanto de ver aquel uniforme de enfermera. ¿La habían llevado a la enfermería del colegio? No: podía ver claramente los muros de piedra de la torre, las vigas negras del techo y las diminutas rendijas de las ventanas.

—Te diste un golpe en la cabeza —estaba diciendo la celadora—. Vi cómo salías del colegio y te seguí. Estás metida en un buen lío, jovencita.

Justina había escuchado tantas veces aquello que casi resultaba un alivio.

—¿Dónde está Dorothy? —preguntó—. Estaba encerrada en la torre.

—Está aquí. No sé a qué tontadas estáis jugando, pero seguramente le costará el empleo a Dorothy. Tendré que contarle a la señorita De Vere todo esto.

—¡No! —exclamó Justina—. Por favor…

—Por favor, no lo haga… —La voz de Dorothy procedía de la oscuridad—. Yo solo vine porque me dejaron una nota…

—Todas estas tonterías de notas y señales secretas —dijo la celadora—, ¿no son ya suficientemente improcedentes en un colegio? Ahora tengo que ir a buscar ayuda. No deberías moverte, Justina. Creo que tienes una conmoción. Quédate aquí mientras voy al colegio.

«Quédate aquí.» Eso era lo que Justina le había dicho a Dorothy. Qué tontería. ¿Qué otra cosa podía hacer? El mínimo trocito de cielo que podía ver a través de la ventana era de un negro azabache. Aún era noche cerrada.

—¡No nos deje aquí! —suplicó Dorothy.

—No seas ridícula. No hay nada que temer.

—¿Y el fantasma…? —siguió; evidentemente, había oído la historia de Grace Highbury.

—Bobadas y tonterías —contestó la celadora—. Os vais a quedar aquí quietas y yo iré a buscar a la señorita De Vere y a Hutchins. Hay que trasladaros a la enfermería, Justina. Te he traído un té de hierbas. —Y señaló con un gesto un termo con el estampado de una tela de tartán—. Toma, bebe. Regresaré enseguida.

Medio aturdida, Justina vio cómo la celadora cruzaba la estancia y pudo oír sus pasos bajando por las escaleras de madera. Luego oyó cómo giraba la llave en la cerradura.

Justina y Dorothy estaban ahora solas en la torre. Se encontraban en una sala redonda, completamente vacía, salvo por una única silla destartalada. Los muros eran altos y llegaban hasta las vigas, que estaban a unos seis metros por

encima de su cabeza. Arriba del todo faltaban algunos ladrillos y, tal y como pudo observar Justina, había un murciélago volando por allí y se colgaba boca abajo de una de las vigas. La única luz de la estancia procedía de la luna, que brillaba a través de esos huecos del tejado o se colaba por las ventanas saeteras.

Justina se tocó la cabeza. Sí, tenía un buen chichón ahí, debajo del pelo, en la parte de atrás de la cabeza. Recordó a Stella haciéndole la trenza, a Rose enfrentándose a ella en el dormitorio. Y luego, la torre y a Dorothy llamándola desde lo alto, en la ventana. Entonces, algo, o alguien la había golpeado en la cabeza.

—¿Qué pasó? —dijo—. ¿Cómo me golpeé en la cabeza?

—No lo sé —contestó Dorothy—. Estabas hablando conmigo y, de repente, te quedaste callada. Grité y grité, y luego vino la celadora. Ella te subió por las escaleras. Es increíblemente fuerte. Me quedé helada. Creí que estabas muerta. Pero la celadora te puso algo en la nariz y entonces empezaste a hablar.

—¿Cómo te quedaste encerrada aquí?

—Ya te lo dije. Recibí una nota. Decía que era tuya. La metieron por debajo de mi puerta ayer por la mañana. La nota decía que tenías una pista y que me reuniera contigo en la torre. Cuando llegué aquí, no había nadie, pero la puerta estaba abierta. Subí las escaleras y entonces oí que cerraban la puerta con llave.

—Vi tus señales —dijo Justina—. S. O. S. Socorro. Y por eso vine a buscarte.

—¿Qué? —preguntó extrañada Dorothy.

—La señal, el código Morse que enviaste por la ventana… S. O. S.… socorro…

—¿Qué Morse?

A Justina le corrió un escalofrío por la espalda. Si Dorothy no había enviado la señal, ¿entonces quién había sido? ¿Y por qué…? El pensamiento empezó a martillearle el cerebro haciendo desaparecer cualquier otra cuestión, ¿por qué aún seguían encerradas?

—Tenemos que salir de aquí —dijo Justina.

—La celadora ha ido a buscar a la señorita De Vere —replicó Dorothy.

—La señorita De Vere podría ser perfectamente la asesina —contestó Justina—. Tenemos que huir. Hutchins ha abierto algunos caminos. Podremos llegar al pueblo.

—Hutchins me da miedo —dijo Dorothy.

—Y a mí —admitió Justina—. Por eso es por lo que no podemos quedarnos aquí y esperar a que venga.

Se puso en pie. La cabeza le daba vueltas y parecía que la habitación se inclinaba y oscilaba. Puede que de verdad tuviera una conmoción. Se volvió a sentar y observó los termos que había en el suelo. Tal vez un poco de té de hierbas le sentara bien…

—¡Justina! —susurró Dorothy—. ¡Cuidado! Se oyen pisadas ahí fuera…

Justina escuchó con atención. Dorothy tenía razón. Alguien se estaba acercando a la torre, alguien con paso sigiloso y ligero. Se incorporó —con más precaución esta vez— y buscó la mano de Dorothy. Oyeron que una llave giraba en la cerradura y una voz ascendía por las escaleras. Una voz temblorosa, maravillosamente familiar.

Era Stella.

Entró de repente en la estancia: llevaba un abrigo encima del pijama y tenía una linterna en una mano y un juego de llaves en la otra.

—¡Stella! —exclamó Justina y corrió a abrazarla—. ¿Cómo has conseguido las llaves?

—Las he cogido del cuchitril de Hutchins —dijo Stella—. La celadora entró en el dormitorio justo después de que te fueras y se llevó a Rose. Como no volvía, pensé que debías de estar en peligro. Me escapé y cogí las llaves. Nora y Eva se han quedado vigilando en el dormitorio.

—¿Y por qué se llevó la celadora a Rose? —preguntó Justina—. ¿No debería haber ido a buscar a la señorita De Vere?

Había algo raro ahí —un patrón, diría Leslie Light—, pero Justina aún no era capaz de adivinarlo. De repente, oyó en su cabeza la voz de la celadora: «Todas esas tonterías sobre notas y señales secretas».

¿Cómo es que la celadora sabía lo de *las notas,* en plural, y las señales secretas procedentes de la torre? La celadora iba a llevarlas a la enfermería. A Helena la habían trasladado allí

también. Antes, a Mary también la habían llevado a la enfermería, cuando empezó a delirar tras la visita de la señorita Thomas. ¿Qué era lo que había dicho Dorothy? «Tenía fiebre y seguía diciendo aquellas cosas tan raras… que la niebla estaba bajando y no podía ver.»

—Stella —dijo Justina—, ¿cómo se llamaba la chica que se perdió en la niebla?

—¿Qué?

—Cuando disputamos el primer partido, me dijiste que la señorita Thomas había perdido a una niña durante una carrera por el campo cuando bajó la niebla. ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Dilys —respondió una voz en la escalera.

Stella se giró de inmediato. La celadora estaba allí, en el quicio de la puerta, tan tranquila como siempre, con su uniforme impecablemente almidonado.

—Se llamaba Dilys —repitió entrando en la estancia y cerrando la puerta—. Y era mi hija. Cuando bajó la niebla, se perdieron dos niñas… Dilys y Serena, la madre de Rose. La señorita Thomas fue a buscarlas, pero solo volvió con Serena. Y dejó abandonada a mi Dilys ahí fuera. La encontraron al día siguiente. Se había caído en una zanja y había muerto de hipotermia.

—¿Por eso mató usted a la señorita Thomas? —preguntó Justina.

—Sí —confirmó la celadora sonriendo con su dentadura atiborrada de sarro amarillento—. Siempre lo sospeché, pero no estaba segura. Yo aún no trabajaba en el colegio cuando Dilys murió, pero cuando quedó libre el puesto de celadora, enseguida me postulé. Quería descubrir qué había ocurrido realmente. Luego, cuando esa criada, Mary, se puso enferma, empezó a delirar sobre niñas que se pierden en la niebla. Recordé que Mary había estado clasificando antiguos informes y fui a verlos yo misma. Y lo encontré. El informe de la señorita Thomas admitiendo que cuando encontró a Serena, dejó de buscar. Y dejó que Dilys se muriera.

—Pero ¿por qué mató a Mary? ¡Ella no tenía ninguna culpa! —exclamó Justina confusa.

—¿Mary? —se extrañó la celadora—. Mary no era más que una criada estúpida. ¿Por qué iba yo a matar a Mary? Esa

chica murió de neumonía.

—¡Pero usted sí mató a la señorita Thomas! —exclamó Justina. Creyó que era muy importante dejar eso bien claro.

—Por supuesto que lo hice —afirmó la celadora con irritación. Stella dejó escapar una especie de lamento aterrorizado y Dorothy comenzó a sollozar, pero la celadora continuó hablando imperturbable, como si les estuviera contando un cuento para dormir—. Yo sabía que la señorita Thomas estaba chantajeando a la señorita De Vere: las había visto hablar a escondidas al anochecer. Una noche las seguí y escuché lo suficiente para comprenderlo todo. Así que fue lo más sencillo del mundo convencer a la señorita Thomas para que se reuniera conmigo en el gimnasio esa noche diciéndole que yo tenía cierta información que podría resultarle útil. Aceptó de inmediato. De verdad, era una persona repugnante. La vigilé mientras se abría paso entre la nieve… Pensé aplazarlo, pero no… Fue la cosa más sencilla del mundo: simplemente fui tras ella y le di un pequeño… *empujón*.

Justina frunció el ceño.

—¿A qué hora fue eso?

—Oh, no lo sé… quizá a las once. Mucho después de que os fuerais a la cama —dijo la celadora.

«Bueno, eso explica por qué no había huellas», pensó Justina. Habían transcurrido dos horas largas de nevada esa noche. Recordó de nuevo que había estado viendo nevar desde la habitación de Dorothy, sin saber que aquella mujer estaba tendida y muerta a la intemperie.

Eso también explicaba por qué había escuchado a la celadora hablando con monsieur Pierre en las escaleras del Torreón Norte alrededor de la medianoche aquel mismo día. Para entonces, la celadora ya había asesinado a la señorita Thomas. Justina notó un escalofrío.

La celadora seguía hablando con aquella voz tranquila y razonable.

—La señorita Thomas se detuvo junto a la piscina vacía y yo me acerqué sigilosamente por detrás y la golpeé en la cabeza con un palo de *lacrosse*. Pensé que, en cierto sentido, eso era lo más justo. Luego la empujé al fondo de la piscina. Eso también era muy justo. ¡Cuántas veces obligó a la pobre Dilys a nadar ahí! Serena siempre se libraba de nadar, de un

modo u otro.

—¿Y por eso mató a Helena? —preguntó Justina—. ¿Pensó que era Rose? ¿Quería vengarse de Serena?

—¡Muy bien…, sí! —contestó la celadora con una sonrisa, como si Justina hubiera sacado buena nota en un examen—. La vi en el pasillo que va al ático y me pareció que sin duda era Rose. Esa misma melena rubia, igual que su madre. Y llevaba también su vestido de ángel. ¡Menudo ángel! Las dos, Rose y Serena, se creerán que son la octava maravilla. Mi Dilys era una niña preciosa, pero nadie reparaba en ella al lado de Serena. Incluso la profesora de gimnasia se olvidó de ella una vez que hubo salvado a la niña de sus ojos.

—¿Cómo mató a Helena? —preguntó Justina incapaz de evitar que le temblara la voz.

—Le di un golpe en la cabeza —dijo la celadora—. Pensé que era Rose porque no llevaba el halo dorado. —Su voz sonó un poco irritada—. Simplemente se desmayó. Pensé que podía acabar con ella después, con un veneno.

Justina miró de reojo los termos. Gracias a Dios, no había bebido de ninguno de ellos.

—Entonces, ¿Helena está viva todavía? —preguntó.

—Oh, sí… —confirmó la celadora—. Está en la enfermería, un poco aturdida. Y ahora tengo que ocuparme de Rose. No va a andar pavoneándose por el colegio mucho tiempo más. —Y lució una de aquellas aterradoras sonrisas.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Justina—. ¿Por qué la has sacado del dormitorio?

—Ay, Dios mío, ¡la has matado también!, ¿no?

Dorothy comenzó a sollozar de nuevo.

—Todavía no —desveló la celadora—. La he puesto en hielo. Volveré a por vosotras tres. Y ahora dame esas llaves, Stella, gracias. —Le cogió las llaves y, una vez más, las chicas oyeron los pasos de la celadora bajando por las escaleras y el ruido de la puerta de la torre al cerrarse.

Justina se adelantó e intentó abrir la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Tenemos que salvar a Rose! ¡La celadora va a matarla!

Stella llegó para ayudarla, le dio una patada a la puerta de madera y varios puñetazos. Dorothy se unió a ellas, llorando

de frustración. Pero el viejo roble era insensible a sus esfuerzos. Los gritos de las muchachas resonaban en las paredes de piedra y ascendían hasta las vigas obligando a los murciélagos a volar y salir al cielo nocturno. Nadie acudió a auxiliarlas.

—Rose va a morir —dijo Stella desplomándose junto al muro de piedra.

—No podemos rendirnos ahora —protestó Justina—. Has estado genial, Stella… cogiendo las llaves de Hutchins, viniendo a rescatarnos. *Tenemos* que encontrar una manera de dar la voz de alarma. Si nos quedamos aquí, la celadora matará a Rose con toda seguridad. Y luego vendrá a por nosotras.

—La celadora nos vio aquella noche en el Torreón Norte —confirmó Dorothy—. Debió de pensar que sabíamos que había intentado matar a Helena.

—Por eso te engañó para que vinieras aquí —apuntó Justina examinando el caso detenidamente. La celadora debió de planear una estratagema para apartar a las dos muchachas de su camino, un plan que aprovechaba el carácter aventurero de Justina y su pasión por las notas secretas y las pistas. Justina rechinó los dientes por la frustración. ¿Cómo pudo dejar que la celadora la engañara de esa manera? No podían permitir que se saliera con la suya.

—Nora y Eva están esperando en el dormitorio —recordó —. ¿Qué van a hacer cuando vean que no volvemos?

—Irán a buscar a la señorita De Vere, supongo —contestó Stella, sentada todavía en el suelo, con aire derrotado.

—Si es que la celadora no las encuentra antes —dijo Dorothy.

Stella dejó escapar un lamento.

—¡Nos va a matar a todas!

—Eso no va a ocurrir mientras esté yo aquí —pronunció Justina—. Bueno, ¿qué hora es? ¿Alguna tiene reloj?

Pero tanto Justina como Stella estaban en pijama y Dorothy ni siquiera tenía reloj. Justina se acercó a la ventana. Todavía era de noche, pero creyó ver alguna claridad en la parte de las marismas. Estaba a punto de amanecer.

—Las ventanas son demasiado estrechas para escaparnos por ellas… —dijo—. Tenemos que gritar.

Las tres chillaron «socorro» tan fuerte como pudieron, pero los gritos rebotaban inútilmente en los muros interiores de piedra.

—No funciona… —lamentó Stella—. Ahí no hay nadie. Es noche cerrada.

—Tenemos que intentarlo —insistió Justina, pero el esfuerzo de gritar le había levantado un desagradable dolor de cabeza y tuvo que apoyarse en la pared para recobrarse.

Entonces pudo oír algo… Casi pudo sentir como si algo vibrara a través del muro de piedra.

Eran unas pisadas aplastando la nieve crujiente, avanzando hacia la torre.

—¡Es la celadora! —exclamó Dorothy aferrándose al brazo de Justina.

—No… —contestó Justina escuchando atentamente—. Esa manera de caminar es demasiado fuerte. Es un hombre.

Entonces oyeron una voz profunda que gritaba.

—¿Hay alguien ahí?

Era Hutchins. Las tres chicas corrieron hacia la ventana y comenzaron a gritar a la vez.

—¡Estamos encerradas!

—¡Ha sido la celadora!

—¡Rose está en peligro!

El hombre-para-todo del colegio se quedó plantado frente a la puerta, como una silueta negra recortada en la nieve. Llevaba una linterna en una mano y una pala en la otra.

—¿Qué está pasando aquí? —les gritó a las chicas—. ¡Alguien me ha robado las llaves!

—Fui yo —confesó Stella—. Sabía que Justina y Dorothy estaban atrapadas aquí y tenía que rescatarlas de alguna manera. Por favor, créanos…

Justina miró por la ventana al hombre. Recordó cómo había abierto el camino a través de la nieve hasta encontrar el cadáver de la señorita Thomas. A Justina le pareció que estaba conmocionado. ¿Y si estaba confabulado con la celadora? No tenían más remedio que confiar en él.

—Por favor —pidió Justina—. La celadora nos ha encerrado aquí. Fue ella la que mató a la señorita Thomas. Nos lo ha dicho. Y creemos que tiene encerrada a Rose en algún sitio.

—La celadora… —Dio la impresión de que Hutchins estaba dándole vueltas a la idea en la cabeza. Justina casi saltaba de impaciencia.

—¡Por eso te obligó a que abrieras un camino hasta la torre! —exclamó—. ¡Para poder encerrarnos aquí!

—También me mandó que abriera un camino hasta el cuarto nevero —dijo Hutchins.

—¡El cuarto nevero! —Justina se giró hacia Stella y Dorothy con la mirada aterrorizada—. La celadora dijo que estaba conservando a Rose en hielo. Seguro que quiere matarla de hipotermia, como murió Dilys. ¡Rose está encerrada en el cuarto nevero! ¡Tenemos que rescatarla!

—Pero ¿cómo va a sacarnos de aquí? —preguntó Dorothy —. La celadora se ha llevado sus llaves.

Entonces vieron que el hombre rebuscaba en el bolsillo y sacaba algo que brilló a la luz de la linterna.

—Suerte que tengo estas…

Unos instantes después, las chicas seguían los pasos del hombre por la nieve y regresaban a través del bosquecillo hasta los edificios del colegio. Estaba empezando a amanecer: rayos de luz brillante se colaban entre las ramas de los árboles y los pájaros empezaban a cantar en las ramas. «Por favor, Dios mío —empezó a rezar Justina—, que no lleguemos demasiado tarde…»

Las tres chicas iban de la mano corriendo. La nieve se estaba deshaciendo, pero el suelo aún estaba helado en algunas zonas. A veces, alguna de ellas estaba a punto de caerse, pero las otras la mantenían en pie. Hutchins marchaba en cabeza, un enorme bulto negro en la dudosa luz del amanecer. ¿Dónde estaría la celadora en ese momento?, se preguntaba Justina. ¿Habría encerrado también a Eva y a Nora en el dormitorio? ¿Las habría drogado para que durmieran o habría hecho algo incluso peor? ¿Y qué habría sido de Rose? Justina imaginó a Rose encerrada en el cuarto nevero, demasiado helada y aterrorizada como para gritar. Ay, la bella, la irritante, la arrogante Rose. «Por favor, por favor, que aún estemos a tiempo para salvarla…»

Al final llegaron a aquel edificio siniestro y sin ventanas, aislado en la parte de atrás del patio de cocinas.

—¡Rose! —chilló Justina en cuanto llegaron a las puertas

—. ¡Rose! ¿Estás ahí?

Todas permanecieron quietas y en silencio, escuchando atentamente. Hutchins rebuscó en sus bolsillos en busca de las llaves y desde el interior del cuarto nevero salió un quejido muy débil, como el de un gatito maullando.

—¡Abre la puerta! —suplicó Justina—. ¡Por favor!

—No tan deprisa —dijo otra voz.

Allí estaba la celadora, detrás de ellos.

—Vuelve a tu cuchitril, Hutchins —ordenó, con toda la autoridad de una profesora y de una supervisora—. Yo me encargo de estas niñas.

Justina miró al hombre, que observaba a la celadora de un manera extraña e inconmovible. Era probable que ni siquiera la estuviera escuchando. Pareció que dudaba. Justina recordó aquel día en el que Hutchins le había ofrecido un trago de su petaca cuando estuvieron abriendo una vía a través de la nieve. Le pareció que en aquel momento le caía bastante bien. La cabeza de Justina estaba empezando a hacer cosas raras y la vista se le llenó de puntos negros que danzaban sobre la nieve. Negro sobre blanco.

—¡Por favor! —empezó a gritar.

—¡Por favor! —pidió también Dorothy—. ¡Rose está encerrada ahí dentro! ¡Se va a morir de frío!

Hutchins se había girado para mirar a Justina. Muy lentamente, sin apartar los ojos de ella, sacó su llavero. Entonces, todo ocurrió muy deprisa. Una voz gritó:

—¡Alto ahí!

Y Justina se giró para ver a varias figuras que se acercaban corriendo hacia ellos. Una de aquellas figuras le resultaba muy familiar. Tan querida y familiar que empezó a llorar. Y entonces, para su vergüenza eterna, se desmayó.

Fue igual que la otra vez. Todo se fundió en negro, las luces, las formas, las voces… Solo que en esta ocasión, cuando abrió los ojos, vio a su padre sentado a los pies de la cama.

—Hola, Justina.

—¡Papá! —exclamó, e intentó hacer un esfuerzo para incorporarse.

—No te levantes. —Su padre la empujó delicadamente para que se recostara en las almohadas—. Creo que tienes una conmoción. El médico no tardará en llegar.

—¿Por qué estás aquí?

—Vine en cuanto recibí tu mensaje. Las carreteras ya empiezan a estar despejadas.

—Pero ¿quién te envió el mensaje? No pudiste recibir mi carta. Las líneas telefónicas estaban cortadas y no había correo.

—Lo hice yo —dijo otra voz. Justina no se había percatado de que la señorita De Vere estaba allí, oculta en las sombras del dormitorio.

Y, de repente, Justina entendió para qué eran aquellas cajas, las cajas en las que ponía «Equipos eléctricos».

—¡Estaba usted intentando enviar mensajes de radio! —exclamó Justina—. Para eso eran esos equipos. Vi las cajas en el almacén que hay debajo del Torreón Norte y a monsieur

Pierre y a usted llevándolos al sótano. Dorothy dijo que oía voces procedentes del Torreón Norte. Seguro que han estado intentando encontrar el lugar adecuado desde el que transmitir. Por eso estaban los dos ahí esa noche, la noche en que asesinaron a la señorita Thomas.

—Dios santo, Justina. Sí que has estado ocupada —observó su padre.

—Tu hija es una fisgona incorregible —dijo la señorita De Vere.

—Gracias —respondió el padre de Justina, aunque ella no estaba segura de que aquello se hubiera dicho como un elogio —. Sí —añadió dirigiéndose a Justina—. Cuando Dolores… cuando la señorita De Vere por fin pudo ponerse en contacto conmigo, vine de inmediato. Y me traje a un detective de Scotland Yard.

—¿De verdad? —Justina se incorporó otra vez—. ¿Puedo conocerlo?

—Más tarde —propuso su padre—. No es exactamente lo que tú te imaginas. En este momento tiene a Evelyn Webb en detención preventiva.

—¿Evelyn Webb? ¡Ah, la celadora! Al principio no sospeché de ella porque me parecía demasiado horrible. Pensé que un asesino debería tener más encanto. Por eso pensé que podría ser usted… —dijo mirando a la señorita De Vere.

—Gracias —contestó la directora educadamente.

—Pero luego reuní todas las piezas del puzle. La clave tenía que ser Mary. Cuando estaba en la enfermería, deliraba sobre la niebla y recordé algo que había dicho Stella, como un comentario sin importancia, sobre la chica que se había perdido en la niebla.

—Ningún comentario carece jamás de importancia — admitió Herbert Jones, jurista consejero de la reina.

—Debería haber prestado más atención cuando Rose hizo alusión a la hija de la celadora. Pero Rose estaba segurísima de que la celadora la adoraba. Y su madre también.

—Creo que la celadora al principio sí estaba encantada con Rose —reconoció la señorita De Vere—. Ni siquiera albergaba ninguna animadversión hacia Serena hasta que vio el informe sobre la carrera de campo a través y decidió que la señorita Thomas no había buscado lo suficiente a su hija.

—La señorita Thomas estaba chantajeándola a usted, ¿no? —preguntó Justina—. Por eso fue a la torre aquella noche.

—Sí —dijo la señorita De Vere—. Dejaré que tu padre te explique por qué. Tengo que ocuparme de mi colegio. Me temo que este asunto esté dando demasiado que hablar.

En opinión de Justina, eso era subestimar las cosas. Pensaba que las lenguas ya se habrían desatado y que a esas alturas los rumores y las habladurías correrían libremente y sin remedio por todo el colegio.

Cuando la directora se fue, se sorprendió al comprobar que su padre la abrazaba con todas sus fuerzas.

—Justina, he estado muy preocupado por ti.

—¿Por qué? —preguntó ella retorciéndose para escabullirse del abrazo de su padre—. Puedo cuidar de mí misma.

—Seguro que sí —afirmó el señor Jones—. Aunque parece que has tenido unas ayudantes muy competentes en Dorothy y Stella. Has hecho amigas…

Justina pensó en ese momento en el que había estado acurrucada en la cama de Dorothy o en Stella corriendo por la nieve para salvarlas, o en Eva y Nora diciendo que lamentarían mucho que abandonara el colegio. Incluso Rose se había apartado de la puerta esa noche para dejarla pasar. Recordó la guerra de bolas de nieve y las historias de miedo y los banquetes de golosinas a medianoche, y, a pesar de sí misma, se descubrió esbozando una sonrisa.

—Supongo que sí —dijo—. Aunque no estoy muy segura respecto a las profesoras.

—Todo lo contrario —expuso su padre—. La señorita De Vere te aprecia muchísimo. Ni siquiera pareció disgustarse por el hecho de que al principio la consideraras la villana de la historia. —El hombre sonreía.

—¿Y qué tal está Rose? —preguntó Justina—. ¿Se pondrá bien?

—Creo que sí. Estaba helada, desde luego, pero la señorita De Vere la envolvió en mantas y se la llevó a la salita de los profesores. Al parecer es el único sitio caliente del colegio…

—Eso es verdad —admitió Justina.

—Salvaste a Rose —dijo su padre—. Será tu amiga de por vida.

—Lo dudo. —Y entonces recordó qué era exactamente lo

que quería saber—: ¿Por qué estaba chantajeando la señorita Thomas a la señorita De Vere? ¿Era porque había descubierto que había asesinado a su marido?

Justina nunca pensó que su padre pudiera quedarse sin palabras, pero en ese momento solo se quedó mirándola, con los labios ligeramente abiertos, con el aire que él mismo había descrito en cierta ocasión: como un alelado.

—¿Cómo sabes tú…? —acabó diciendo al final.

—Vi el sobre en el que estaba la carta de chantaje dirigida a la señora de Guy Goddard —explicó Justina— y un poco después recordé aquel caso que habías llevado tú. Era un juicio por asesinato. *El pueblo y el rey contra Goddard*. Una esposa acusada de matar a su marido.

—¿Recordabas ese caso mío? —repitió su padre—. No sabía que estuvieras interesada en las leyes. Creía que lo único que te interesaban eran las historias de detectives.

—¡Por supuesto que me interesan tus casos! —exclamó Justina—. Soy tu hija. Y, además, soy una chica llamada Justina. ¿En qué otra cosa podría estar interesada?

Herbert Jones, consejero y abogado de la reina, sonrió y asintió como quien está realmente asombrado.

—Entonces, ¿de verdad la señorita De Vere asesinó a su marido? —preguntó.

Dio la impresión de que su padre quería pensárselo bien antes de contestar.

—No. Ella no lo mató. Se la declaró inocente y era inocente. Guy Goddard era un bestia que se emborrachaba y trataba a su mujer de un modo espantoso. Se cayó por unas escaleras cuando iba borracho. La señorita De Vere no tuvo nada que ver en eso. El jurado la absolvió por unanimidad.

—Pero la señorita Thomas seguía chantajeándola.

—Sí, porque aunque la señorita De Vere fuera inocente, los padres no querrían que sus hijas fueran a un colegio donde la directora hubiera sido acusada de asesinato. Por eso es por lo que Dolores recuperó su apellido de soltera.

—Pero a ti no te importó enviarme aquí —dijo Justina.

El señor Jones sonrió.

—Creo que la señorita De Vere es una mujer muy especial. Pensé que os llevaríais bien.

Justina pensó en la advertencia de la señorita De Vere

respecto a los internados y en cómo la directora podía parecer encantadora en un momento dado y, de repente, un segundo después, tener una mirada terrorífica, y recordó también la expresión de su rostro cuando la había desafiado.

—La señorita De Vere da bastante miedo a veces —admitió.

—Suele ocurrir con las mejores personas —dijo su padre—. Yo espero dar miedo a los fiscales en el tribunal. Y tú misma puedes resultar bastante terrible a veces, Justina.

—¿Ah, sí? —preguntó Justina encantada.

—Sí, por supuesto —respondió el señor Jones—. Eres una chica muy lista, Justina, y puedes aprender mucho de la señorita De Vere. Es una intelectual brillante. Igual que lo era tu madre. —Pareció entristecerse por un momento y Justina decidió cambiar de tema.

—Creí que tal vez la señorita De Vere estaba enamorada de monsieur Pierre —reconoció Justina—. Me parecía que siempre estaban juntos.

—No, él solo la estaba ayudando a poner en funcionamiento la radio por si volvíais a quedaros aislados otra vez, y hubo suerte —explicó el señor Jones—. Por lo que tengo entendido, había una estudiante de sexto que estaba enamoriscada del maestro de francés.

—¿Helena Bliss? —exclamó Justina—. ¿Por eso andaba siempre rondando por la noche? Por supuesto, debió de enterarse de que la señorita De Vere y monsieur Pierre solían encontrarse en el Torreón Norte para utilizar el equipo de radio. Por eso la vi allí aquella noche y otra vez… cuando la celadora intentó matarla.

—Sí —dijo el señor Jones—. Al parecer Helena estaba en el lugar y en el momento equivocados.

—Pero ¿se encuentra bien ya? —preguntó Justina.

—Eso parece —afirmó su padre—. El médico la ha examinado y lo único que tiene es un fuerte dolor de cabeza.

Así que Helena Bliss no tardaría en andar pavoneándose por todo el colegio con su halo celestial en la cabeza de nuevo. Aquella imagen, curiosamente, consiguió que Justina se sintiera contenta.

—¿Y la señorita De Vere sabía que la celadora había atacado a Helena? —preguntó.

—No —contestó el señor Jones—. Parece que Dolores… la

señorita De Vere… confiaba en la celadora absolutamente. Por eso dejó a Helena a su cuidado.

—Todas confiábamos en la celadora —admitió Justina—. Era horrible, pero confiábamos en ella. ¿Qué va a pasar ahora?

—La policía lo investigará todo —dijo Herbert Jones— y Evelyn Webb… la celadora, irá a juicio, a menos que se pruebe que está perturbada. Solo espero que el colegio pueda sobrevivir tras este escándalo.

—Bah, se olvidará en una semana. —Justina le quitó importancia—. Aquí lo que le interesa a todo el mundo es si las profesoras se tiñen el pelo o qué va a haber para cenar.

El asunto no se olvidó en una semana, pero, al final del trimestre, la gente había encontrado otros mil asuntos de los que hablar. Hubo una comida de Navidad, con galletas y caramelos, y algo que se suponía que era pavo. Hubo villancicos en la iglesia, con la señorita Evans tarareando delante del órgano, varios segundos por detrás de las niñas que cantaban. Se puso en escena la obra de Navidad en la que Helena representó el papel del arcángel Gabriel. Rose, aparentemente recuperada de su experiencia en el cuarto nevero, también representó su papel con seguridad. Justina fue perfectamente correcta en calidad de narradora y Stella, como María, consiguió poner cara de felicidad cuando dijo que estaba a punto de casarse con san José (Pamela Powers) y viajar a Belén para empadronarse.

Se rumoreó que algunas chicas no volverían a la escuela después de Navidad, pero, en general, la última mañana del trimestre se pasó entre intercambio de direcciones y lloriqueantes promesas de mantenerse en contacto.

—Volverán a verse en cuatro semanas —le dijo Justina a Stella cuando pasaron junto a dos amigas que lloraban abrazadas en el vestíbulo.

—Cuatro semanas es mucho tiempo —objetó Stella—. ¡Un mes entero! Tienes que escribirme todos los días, Justina, o acabaré deprimiéndome.

Ambas se echaron a reír, pero había una leve tensión entre ellas. El padre de Justina le había dicho que, si eso era lo que quería, podría dejar Highbury House y acudir a una escuela

normal en Londres.

—Ya he visto que cuidas muy bien de ti misma —le reconoció—. No tengo que preocuparme de que llegues a casa y no haya nadie si me tengo que quedar trabajando hasta tarde. Y, después de todo lo que ha pasado, probablemente no querrás volver a ver Highbury House ni en pintura, ¿no?

Una parte de Justina estaba completamente de acuerdo con él. Pensó en lo mucho que había deseado oírle decir que podría dejar el colegio cuando quisiera, que podía volver a casa, que confiaba en ella. Pensó en el hallazgo del cuerpo de Helena, en el momento en que se despertó para ver a la celadora inclinada sobre ella, con su horrible sonrisa. Sería muy feliz si pudiera no volver a pensar en todo eso de nuevo. Pero, por otra parte, allí estaba Dorothy, una verdadera amiga. Y Stella, que había ido a rescatarla cuando estaba en la torre. Y Eva y Nora y todas las chicas, en realidad. Incluso Rose, cuya actitud respecto a Justina no se había suavizado en absoluto cuando supo que Justina le había salvado la vida. Justina, más bien, la admiró por esa tenacidad.

En el dormitorio, las Lechuzas preparaban sus baúles.

—Voy a Nueva York al baile de fin de año —decía Rose—. Me voy a poner un vestido largo, plateado, con lentejuelas, y mamá dice que puedo llevar el pelo recogido.

—¿Recogido dónde? —preguntó Justina al entrar en la habitación.

Rose le lanzó una mirada fulminante.

—No lo entenderías. Probablemente pasarás todas las «vacas» leyendo.

Y eso era, efectivamente, lo que más o menos había planeado Justina. Ella y su padre iban a disfrutar de unas navidades tranquilas; leyendo, dando paseos por el parque, escuchando la radio. Iban a pasar el día de Navidad con Peter y sus padres, y puede que fuera a ver a Stella, porque vivía en Londres, pero, si no, se quedarían en casa, y Justina se dio cuenta de que eso era realmente lo que deseaba. Había decidido que iba a releer, otra vez, todos los libros de Leslie Light que había escrito su madre. Conocer a un detective de verdad, el inspector Porlock, de Scotland Yard, había modificado ligeramente su imagen de la policía. Siempre se les pintaba como unos personajes bastante estúpidos en las

novelas de misterio —era el detective aficionado el que siempre resolvía el crimen—, pero Porlock parecía saber exactamente lo que estaba haciendo y lo que sucedía, el trasfondo de la situación y lo que acontecía en la superficie. Era un hombre bajito, con unos ojos engañosamente amables, a quien no se le escapaba nada.

—Evelyn Webb debió de acabar odiando a todas las estudiantes —le había dicho a Justina— y detestaba particularmente las amistades entre alumnas.

Recordó que la celadora le había advertido que no se hiciera muy amiga de Stella. «No es bueno tener solo una amiga. Puede dejarte tirada cuando más la necesitas». La celadora debía de haber pensado que tanto Serena como la señorita Thomas habían dejado tirada y abandonada a Dilys. Justina incluso podría haber sentido cierta lástima por aquella mujer… si no hubiera intentado matarla a ella y a sus amigas.

El inspector Porlock también había elogiado el trabajo detectivesco de Justina.

—Muy aguda la idea de pensar en las huellas en la nieve —le había dicho—. Parece que tienes un don para este tipo de asuntos.

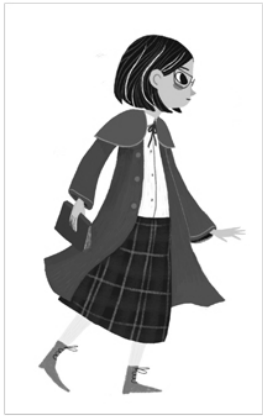
A lo mejor sí que era una detective, después de todo. Justina reflexionó sobre esa posibilidad mientras observaba cómo las Lechuzas arrojaban ropa, libros y alguna golosina suelta en sus baúles.

—He oído que no vas a volver después de Navidad, Justina —le soltó Rose interrumpiendo sus pensamientos. Parece que siempre estaba al tanto de los secretos de las demás—. ¿Vas a ir a alguna de esas vulgares escuelas normales?

—Oh, por favor, quédate con nosotras, Justina —pidió Eva —. ¡En primavera jugamos al críquet! Es genial.

«Mientras la nueva maestra de gimnasia no sea otra tirana que pierda a sus alumnas en la niebla…», pensó Justina. Observó los rostros que tenía delante. Eva, esperanzada. Nora, animosa. Rose, desdeñosa. Stella… intentando no mostrar lo mucho que le importaba.

—Supongo que me quedaré… —dijo Justina al final con una leve sonrisa—. El próximo trimestre no puede ser peor, después de todo.



Si eres una fan de los misterios como Justina Jones, no deberías perderte su próxima aventura.

¡MANTENTE INFORMADA en www.maeva.es!

MAEVA

Título original: *A Girl Called Justice*
© Elly Griffiths, 2019
© Nan Lawson, 2019
© Traducción: José C. Vales, 2022
© MAEVA EDICIONES, 2022
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

MAEVA defiende el *copyright* ©.
El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.
Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-19110-06-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias,
próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:
www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales